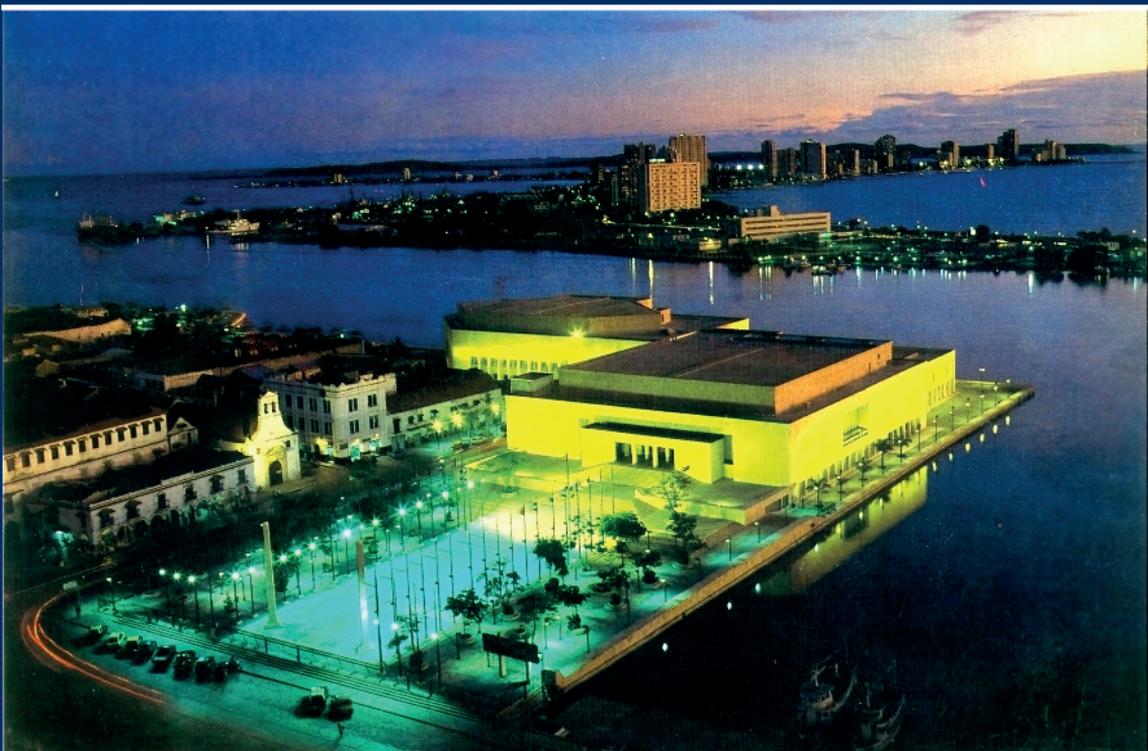


HISTORIA DEL CENTRO DE CONVENCIONES DE CARTAGENA GESTACIÓN Y NACIMIENTO



Getsemani

BREVE HISTORIA DEL MERCADO PÚBLICO

Bazurto

JOSÉ HENRIQUE RIZO POMBO

Historia del Centro de
Convenciones de Cartagena
Gestación y nacimiento

José Henrique Rizo Pombo



Cartagena, Colombia - 2012



HISTORIA DEL CENTRO DE CONVENCIONES DE CARTAGENA, GESTACIÓN Y NACIMIENTO.
Fundación Tecnológica Antonio de Arévalo - TECNAR
Cartagena de Indias, Colombia

Autor:

José Enrique Rizo Pombo

Asesora de Estilo:

Mireya Gómez Paz

ISBN:

978-958-57714-2-0

Diagramación e Impresión:

Alpha Editores
Centro, Cl. Estanco del Aguardiente, No. 5-36
Tels.: 57-5 664 3352 - 660 9438
E-mail: editorial@alpha.co
www.alpha.co
Cartagena de Indias, Bolívar, Colombia

La obra está amparada por las normas que protegen los derechos de propiedad intelectual.
Está prohibida su reproducción parcial o total.

Impreso en Colombia
2012

*A quien me ha acompañado en la aventura de mi vida,
Carmencita.*

A los tesoros que hemos encontrado,

*Mercedes Amelia y Daniele Henrique y Diana Elisa di Silvio,
José Henrique y Lina María, y José Henrique, Salvador
Eduardo y Alejandro.*

Santiago Luis y Blanca Cecilia, y Santiago Luis y Sebastián.

A mi hermana, Amelia Stella, que ha sido parte de mi vida.

A la memoria de mis padres.

PRESENTACIÓN

*De una plaza de mercado
a un Centro de Convenciones.*

Esta obra de José Henrique Rizo Pombo que hoy TECNAR se honra en presentar, es la historia de un sueño hecho realidad gracias “a la decisión de dos presidentes de Colombia y a la convicción, el empeño, las intensas gestiones y aún los sacrificios personales”, la confianza, el tesón y los esfuerzos tenaces del autor.

De lectura ágil y fluida, “muy fácil de digerir”, el documento nos cautiva desde la primera a la última página por la dinámica narrativa de eventos, anécdotas y detalles (de gente, fechas, años, meses, días, horas y minutos, a sol y sombra), todo esto acompañado de la chispa y el humor que caracterizan a José Henrique. El lector comienza y no lo suelta hasta que lo ha leído “de pe a pa”.

La Historia del Centro de Convenciones de Cartagena, su gestación y nacimiento, es historia patria de la ciudad heroica y de toda Colombia, cuyos protagonistas son figuras de talla presidencial, ministros, gobernadores, alcaldes, concejales, gerentes, secretarías, banqueros y empresarios, comerciantes, operarios, tenderos y puesteros, diseñadores y obreros, vendedores ambulantes, policías, trabajadoras sociales... todo un elenco de personajes a quienes Rizo Pombo agradece por su apoyo y valiosa colaboración. No olvida a sus asesores, amigos, familiares y, mucho menos, a “Carmencita, su mujer” -como lo anota él mismo en repetidas ocasiones-.

Por el trabajo de todos, liderado por José Henríque y su equipo de colaboradores, hoy los cartageneros, locales y foráneos disfrutamos de un moderno Centro de Convenciones, testimonio del siglo XX que contrasta con el pasado colonial y que parece emergiera de la bahía de las Ánimas al “corralito de piedra”.

¡Enhorabuena!

DIONISIO VÉLEZ WHITE

Rector

Fundación Tecnológica Antonio De Arévalo

TECNAR

AGRADECIMIENTOS

El esfuerzo de escribir esta historia podrá ser conocido gracias a la amplia y paciente generosidad de Dionisio Vélez White y a su encomiable labor, a través de TECNAR, su institución de educación superior, de elevar aún más la educación en Cartagena con la publicación de obras históricas y culturales. Mis más sinceros y profundos agradecimientos por la acogida que me han dado, lo que me permite sentirme tan honrado como si fuera un docente de TECNAR.

Debo agradecer también a Carmencita el permanente apoyo, sus luces y la guarda durante tantos años de importantes documentos testimoniales, a Santiago mi hijo su permanente disposición para ayudarme, al historiador Jadid Martínez y a Katiana Salas la ayuda en el escaneo de esos documentos, a Juliana López Bermúdez, gerente del Centro de Convenciones, y Moisés Álvarez Marín, director del Archivo Histórico de Cartagena, el auspicio que dieron a Jadid, a Juan Fernando Ramos y los colaboradores de Carinsa Jorge Agresott, Dian Carlos Romero y Tatiana Díaz, por sus cortas pero efectivas ayudas para entender los misterios del computador y a Hernán Truchón y Mariela Bolaños por su desvelo para que nada faltara.

Por último y no menos importante, a Mireya Gómez Paz, por su consejo, su ayuda como correctora de pruebas y su paciencia y sapiencia para revisar cambios y versiones.

EL AUTOR

PRELUDIO

Ya se ha dicho muchas veces que quien no conoce su historia está condenado a repetirla, pero resulta que la que más se conoce es la de un pasado lejano, ya inamovible y en circunstancias casi imposibles de volver a vivir para no caer en el error de repetirla. En cambio sí puede ocurrir con la más reciente, la que se ha ido formando en el lapso de nuestras vidas o muy poco antes. Es la que aún se puede repetir.

Un día me comentó Carmencita, mi mujer, en una de nuestras conversaciones hogareñas cotidianas, “la gente vive sin darse cuenta de que está haciendo historia”, lo que nos hizo pensar que, así como hacemos la historia, también la olvidamos y lo mucho que esto puede significar en una ciudad cuya historia trascendió sus murallas pero que también evoluciona hacia la postmodernidad produciendo aceleradamente nuevos hechos y generando cambios que en pocos años caen fácilmente en el olvido.

Por eso hay que dejar constancia de la historia que vivimos para que los historiadores del futuro no tengan que estar averiguando qué pasó y nadie mejor para contarla que los mismos protagonistas que no sólo tienen frescos los hechos sino que conocen la intimidad de las causas y las motivaciones. Muchas veces esas intimidades se mantienen secretas o poco divulgadas, lo que da lugar a elucubraciones, desinformación y equívocos sobre los verdaderos autores y responsables de los hechos y la razón de los cambios.

Debo reconocer como ingeniero consultor que soy y como servidor público que se preocupó por la planeación, que una obra de la importancia del Centro de Convenciones de Cartagena debió surgir tras la juiciosa maduración de una idea y un adecuado proceso de planeación, pero en realidad ha sido el producto de la convicción sobre la bondad de una idea, el empeño de proponerla y el haber logrado acceso a quienes toman las decisiones.

Estos pensamientos me hicieron dedicar a terminar lo que había iniciado para conmemorar los veinticinco años de la inauguración del Centro pero las obligaciones profesionales no me lo permitieron. Este año, cuando se cumplen los treinta, hice el esfuerzo para completarla y contar detalles sobre cómo se concretó realmente la construcción del Centro de Convenciones de Cartagena con las intimidades, anécdotas y peripecias, y con los dos hechos que lo hicieron posible, el traslado del viejo mercado público de Cartagena a Bazurto y el plan de desarrollo para el municipio con proyecciones hasta 1990.

Más de una vez se me ha pedido que escribiera ese relato. Para mí fue definitivo el entusiasmo de Juliana López Bermúdez, la dinámica gerente del Centro, en buena hora entregado por la Corporación de Centros de Convenciones y Exposiciones de Colombia en concesión desde 2010 al Grupo Heroica, que está conformado por prestantes colombianos. La intención era conmemorar los 30 años del Centro con una historia completa hasta nuestros días para publicarla con la celebración en abril de 2012 de la Sexta Cumbre de las Américas. Infortunadamente hubo una enorme dificultad para encontrar archivos que en

buena parte se perdieron o dañaron por una inundación de las bodegas del Centro de Convenciones de Bogotá adonde se habían llevado antes de entregar la concesión.

Decidí entonces escribir la primera parte, la de las gestiones que hicieron posible el Centro de Convenciones, la que viví y conocí íntimamente, la que he denominado de la gestación hasta el nacimiento. Afortunadamente conté, para poder hilvanarla, con numerosos documentos y correspondencia oficial y personal así como con recortes de periódicos y revistas locales y nacionales sobre noticias, comentarios, artículos, reportajes y fotografías, que han sido suministradas por la Fototeca Histórica de Cartagena salvo indicación en contrario, todo cuidadosamente clasificado, ordenado y conservado durante más de treinta y cinco años en un archivo que ha servido para recordar eventos, personas, fechas, anécdotas y detalles y como valioso respaldo testimonial para esta y otras historias de muchos años de servicio a Cartagena y Colombia que también merecen ser conocidas.

Mi idea inicial fue concentrar el relato en lo que tuviera relación directa con el Centro de Convenciones hasta llegar a su inauguración, pero con la aceptación que dio el BID a la invitación para realizar su asamblea en Cartagena, el traslado a Bazurto del mercado público y el plan de desarrollo pasaron de ser una necesidad propia de la ciudad a un compromiso que permitiera cumplir el que habían adquirido el país y la ciudad con el Banco, pues sin ellos el Centro de Convenciones no existiría.

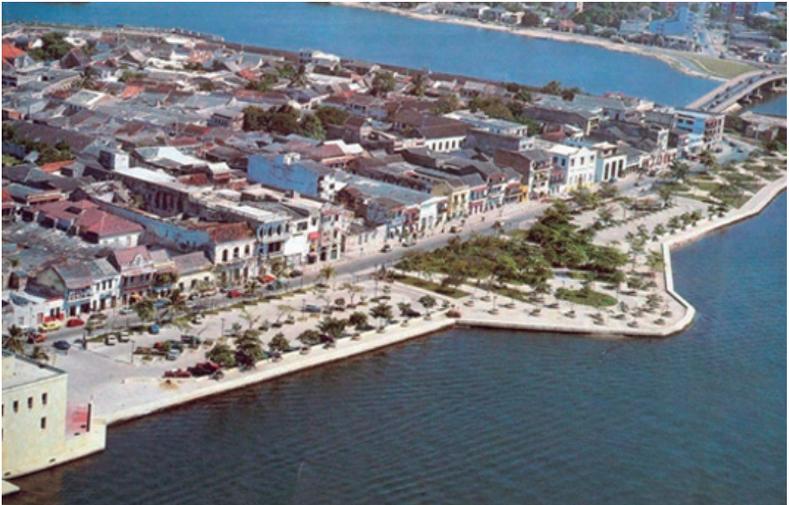
Por eso la importancia que se les da en esta historia que tiene como prolegómeno un resumen general para resaltar que, si bien el Centro lleva el nombre del presidente Julio César Turbay Ayala, lo que ha hecho que se piense que se debe solamente a él, la verdad es que él autorizó continuar el proceso que llevó a la inauguración del Centro para confirmar la decisión ya tomada por su antecesor, el presidente Alfonso López Michelsen, de autorizar la construcción y adquirir el compromiso con el BID para inaugurarlo, expedir los decretos para autorizar la financiación y la realización con Proexpo y otras entidades públicas y privadas y participar activamente en la constitución de la entidad que se creó especialmente para construirlo e iniciar su operación.

El Autor

**El Centro de Convenciones de Cartagena,
obra de dos presidentes.**



El Centro de Convenciones de Cartagena en todo su esplendor.



Parqueadero del Centro de Convenciones en El Arsenal.

El Centro de Convenciones de Cartagena, obra de dos presidentes.

El 24 de Julio de 1978, a las 11 de la mañana, en una sobria pero significativa ceremonia se puso la primera piedra del Centro de Convenciones de Cartagena.

Fue esa primera piedra el hito que demarcó, y al mismo tiempo enlazó, la efectiva intervención de dos presidentes para que el Centro de Convenciones se convirtiera en realidad: Alfonso López Michelsen y Julio César Turbay Ayala.

Sólo diez meses antes de ese 24 de julio, el 22 de mayo de 1977, el presidente López Michelsen había acogido la idea que le planteara el entonces gerente de las Empresas Públicas Municipales de Cartagena de construir un centro de convenciones y de invitar al Banco Interamericano de Desarrollo, BID, a inaugurarlo.

La estrategia de invitar al BID tenía el doble propósito de conseguir con el banco una posible financiación para el centro de convenciones y de crearle tanto al gobierno nacional como al banco el compromiso de construirlo.

El presidente López aceptó la propuesta y autorizó la invitación al BID y, mediante decreto, la construcción del Centro y su financiación con la participación de Proexpo y entidades públicas o privadas.

Ocho meses después de puesta la primera piedra, el 30 de marzo de 1979, el sucesor de Alfonso López,

el presidente Turbay Ayala le dio su espaldarazo a la construcción del Centro que, tres años más tarde, el 19 de marzo de 1982, inauguró en otra igualmente significativa ceremonia a la que siguió, pocos días después, la realización de la XXIII Asamblea de Gobernadores del BID.

Esa asamblea fue la respuesta a la invitación que el gerente de las Empresas le propuso al presidente López y que el Ministro de Hacienda, doctor Abdón Espinosa Valderrama, presentó como gobernador del BID por Colombia en la que se realizó en Guatemala a partir del 30 de mayo de 1977.

La rápida construcción del Centro se debió al dinamismo de Rafael Gama Quijano, que se interesó en la idea propuesta por el gerente de las Empresas, y sacó adelante el proyecto, primero como director de Proexpo en el gobierno de López Michelsen y luego como gerente del Banco de la República del presidente Turbay Ayala.

La instalación de la primera piedra se realizó el 24 de julio, día de la Armada Nacional, en agradecimiento por la gran ayuda que la Fuerza Naval del Atlántico, hoy del Caribe, significó para la organización, la logística y el orden en el traslado del viejo mercado público de Cartagena que, aunque construido y puesto en servicio en 1904, hizo parte del conjunto de obras que los cartageneros realizaron para celebrar, en 1911, los cien años de su declaración de independencia absoluta de España.

El mercado fue trasladado al sitio de Bazurto como parte culminante del proceso que se había iniciado en 1962 y había arrancado en firme en 1967 con importantes inversiones para adquirir los predios y preparar el terreno. En mayo de 1976, se había construido la parte sustancial de las obras del nuevo mercado y se contaba con una guía para un plan de mercados pero faltaba la decisión y los recursos para aplicarlo. Las circunstancias no eran favorables.

Sólo dos años después, en febrero de 1978, habría elecciones de congreso, asambleas y concejos municipales, el 4 de julio las presidenciales y en agosto habría cambio de gobierno nacional y, por consiguiente, de las administraciones departamentales y municipales, lo que implicaba riesgos de que la aplicación del plan se dilatara aún más.

Pero mientras tanto, la expansión del mercado público, su acelerado deterioro y el de su entorno y la creciente ocupación de las vías de acceso y de comunicación con el resto de la ciudad amenazaban el barrio de Getsemaní y aún el centro amurallado.

Había dos opciones. Continuar con el plan de mercados con el ritmo de los últimos años, lo que, con cambio de gobierno y de mandatarios nacionales y locales y, lógicamente de funcionarios de todos los niveles, bien podría significar otros diez años. La otra opción, era hacer el máximo esfuerzo para acelerar el proceso con el propósito de, al menos, asegurar la adopción oficial del proyecto antes del cambio de gobierno. Fue esta

última la opción que se escogió pero con dos previsiones que se consideraron imprescindibles: qué hacer con el espacio que dejaría el viejo mercado en un sitio tan importante para la ciudad y como prepararla para los grandes cambios que se iban a producir.

El Centro de Convenciones de Cartagena fue la solución para el espacio que quedaría en Getsemaní por el traslado del mercado a Bazurto, y el Plan de Desarrollo del Municipio de Cartagena 1978-1990 la respuesta para preparar la ciudad para los cambios que avendrían.

GESTACIÓN Y NACIMIENTO

EPISODIOS

El comienzo de una aventura.....	29
La posesión.....	31
La situación general de las Empresas y del mercado	33
El deterioro del mercado.....	36
Un plan general de acción.....	38
La escolita.....	39
Un plan con cinco acciones simultáneas.....	40
El acueducto y el alcantarillado.....	41
Los servicios varios.....	44
Gestiones financieras.....	47
Breve historia del mercado.....	48
La escogencia de Bazurto.....	53
El propósito de año nuevo para 1977.....	57
El arranque de 1977, los cartelitos de Igapé.....	59
Una emergencia imprevista.....	60
El plan de trabajo.....	62
Las comisiones y las plenarias de los miércoles.....	63
Las trabajadoras sociales.....	64
Las primeras gestiones para el Centro de Convenciones.....	66
La propuesta a la Corporación Nacional de Turismo.....	68
Los mercados de México.....	69
El BID y Cartagena.....	70
Dos días providenciales.....	71
El 22 de mayo, un día clave y una propuesta atrevida.....	73
Una semana crucial.....	75
El regreso de MinHacienda de Guatemala.....	82

La maqueta	84
La maqueta en Proexpo.....	86
Un almuerzo con maqueta	87
Expocosta 77.....	89
El decreto 1743.....	91
La maqueta ante el Honorable Concejo Municipal y ante el público.....	92
De gerente a alcalde	94
¡Con música!.....	96
Mis colaboradores en la alcaldía.....	97
Mis primeros tropezones.....	100
Las visitas del BID.....	102
Primeros pasos como alcalde.....	104
Unos cambios radicales que salvaron el traslado del mercado.....	106
El nuevo plan del traslado, las previsiones para Getsemaní y Bazurto.....	108
La cuidadosa preparación del sector de Bazurto.....	111
El nombre de Bazurto	118
Las gestiones para la central de abastos.....	120
Modus operandi para el traslado.....	122
La necesidad del plan de desarrollo.....	123
El aguinaldo del Concejo.....	125
La formulación del plan de desarrollo y la ampliación de las facultades.....	127
El coctel de la ANDI	132
La constitución de la Asociación Promotora en Bazurto	133
Hemos Cumplido.....	137
Otro almuerzo por el Centro de Convenciones.....	141
Se acaba 1977 pero sigue el propósito.....	142
Una carta amenazante y una visita tranquilizante.....	143

Ni un rasguño.....	145
Un día difícil.....	146
Un tropezón por un pañuelo.....	148
El cierre definitivo del viejo mercado público.....	150
Unas fotos irrepetibles y una noche de apuestas.....	152
La desratización.....	154
Al fin el traslado.....	156
La despedida de los carniceros.....	161
Ni el remolino chupa manchas.....	162
Y ahora, los vendedores callejeros.....	163
Algunas observaciones y aportes para el futuro de Bazurto.....	165
Las nuevas prioridades.....	172
El jurado para el diseño del Centro de Convenciones.....	174
El arranque de la APCIC.....	175
La OICI y el tour promocional por Centroamérica.....	177
La organización de la Asociación, el primer gerente.....	180
Primeras actividades de APCIC.....	181
El terreno.....	182
La demolición del viejo mercado.....	185
La gran plaza.....	188
La primera piedra.....	189
Relevos.....	193
El concurso arquitectónico.....	195
Cierre del concurso.....	198
La decisión del jurado.....	199
La localización del proyecto.....	201
Cambios en Proexpo y en APCIC.....	202
La crisis.....	205
La renuncia.....	207

La alarma	208
El respaldo del presidente Turbay.....	209
Haroldo Calvo, gerente de APCIC	209
Ajustes de última hora	211
Primeros pasos.....	213
Balance de una amistad por Cartagena	214
Reacciones y contrastes.....	217
19 de marzo de 1982.....	219
A guisa de coda y reconocimientos.....	222

El comienzo de una aventura

No llegué a imaginarme, cuando aquel jueves 29 de abril de 1976, caminaba a las once de la mañana de mi oficina de la calle de la Mantilla al palacio de La Proclamación a atender una insistente citación del gobernador Nicolás del Castillo Mathieu, que estaba a punto de entrar en una fascinante aventura ni que, al final, podría darle a él, a mis conciudadanos, a mi mujer y mis hijos y a mí mismo, un triple parte de victoria: había trasladado el mercado de Getsemaní a Bazurto, había formulado el Plan de Desarrollo de Cartagena hasta 1990 y había puesto la primera piedra y dejado aseguradas la construcción y la financiación del Centro de Convenciones de Cartagena.

Necesito que te hagas cargo de la gerencia de las Empresas Publicas. Más que una propuesta, ni siquiera una solicitud, fue la imperiosa exigencia con que el gobernador me sorprendió, tras el amable saludo con que me recibieron sus elegantes maneras de gran señor.

¿Yo, Nicolás?, fue lo que pude contestar casi alarmado, pues había decidido no cambiar mis planes de seguir ejerciendo mi ingeniería, en mi cómoda y espaciosa oficina de la calle de la Mantilla, con la compañía de ingeniería que había fundado tres años antes, el maravilloso grupo de ingenieros y colaboradores que había logrado reunir y el soporte tranquilizador e invaluable ayuda de Carmencita, mi mujer.

Todos esos planes quedaron momentáneamente como en una nebulosa ante la mezcla de orden perentoria y

angustiante súplica con que el gobernador me conminó a asumir la responsabilidad de manejar los siete servicios públicos que tenían a su cargo las formalmente denominadas Empresas Publicas Municipales de Cartagena. Tienes que aceptarme, y tiene que ser ya, fue la frase final antes de despedirme con un ¡Yo sé que tú eres muy capaz y la ciudad te lo agradecerá! con que intentó dormirme, a posteriori, la píldora que me acababa de hacer tragar.

El regreso a mi oficina estuvo enredado con la atropellada lista de lo que tenía que hacer para cumplirle, más que al gobernador, a Nicolás mi amigo, la promesa de posesionarme en diez días. Intentaba tranquilizarme pensando que podría seguir orientando el manejo de mi compañía y la actividad de mis ingenieros yendo todos los días desde las cinco de la tarde.

La idea no pasó de ser una especie de placebo mental. Lo cierto es que jamás volví ni pude reservar un minuto para enterarme si estaba funcionando y mucho menos, cómo. Lo que sí me confortaba era saber que estaba en buenas manos con los ingenieros, el estupendo equipo humano de administración y la invaluable ayuda de mi primo Rafael Eduardo de Pombo que generosamente se avino a cuidar que la organización siguiera funcionando y aún mejorara contando para ello con el vigilante apoyo de Carmencita, mi mujer. Y a buena fe que todos lo hicieron maravillosamente, lo que me permitió dedicarme por entero a lograr lo que había anunciado que realizaría al posesionarme primero como gerente de las Empresas Públicas y luego como alcalde de Cartagena.

Además de estos dos encargos, otras responsabilidades postergaron aún más el regreso a mi oficina de ingeniería en los años siguientes. Me tocó aceptar otro cometido también conminatorio, no sólo por quienes se apersonaron en crear la entidad que se constituiría especialmente para construir el Centro de Convenciones de Cartagena sino por mi propio interés en que la gestión que yo mismo había iniciado culminara exitosamente. Por esa razón, lo ejercí dedicándole el tiempo necesario, hasta dejar asegurada la construcción del Centro, en marzo de 1979.

Los resultados obtenidos por quienes quedaron a cargo de mi oficina y por mí en la gestión que se me había encomendado fueron el mejor motivo de la sonrisa que me acogió cuando regresé casi tres años después de aquella entrevista con el gobernador.

La posesión

A las siete de la mañana del jueves 6 de mayo, me hice presente en el despacho del alcalde de Cartagena, en ese entonces en las buenas manos de un viejo amigo, Ciro Castillo Cabarcas, para posesionarme como gerente de las Empresas Públicas. Me acompañaron en esa diligencia además del gobernador Nicolás del Castillo Mathieu y Miguel Botta Rosanía, secretario general de la alcaldía, algunos de mis compañeros de muchos años de la junta directiva de la Cámara de Comercio de Cartagena, entre quienes recuerdo a Antenor Barbosa Avendaño, Luis Sierra Sabalza y Ricardo Ibarra Bustamante y Augusto Martínez Martínez, el director de la Cámara. Estuvieron



Con Nicolás del Castillo, gobernador de Bolívar. De espaldas, Ciro Castillo Cabarcas, alcalde de Cartagena y Ramón del Castillo Restrepo. Foto de Álvaro Delgado.

también a amigos personales siempre pendientes de las cosas de Cartagena como, Ramiro Martínez Martínez y su hijo Javier Martínez Ibarra, Hans Gerdtz Martínez, Ramón del Castillo Restrepo y Ricardo Segovia Morales, miembros de la junta directiva de las Empresas, Jorge Benedetti González, primer gerente de las Empresas, Xavier Fernández Bustamante, ex gerente, Ivaro de la Vega Schemell y Óscar Gómez Caycedo, entre otros, así como el Secretario General de las Empresas, Julio Varela Escudero y los cuatro directores, Luis Bustamante del Valle, Raúl Quintero Lyons, Eduardo Yabrudy Eslait y Eduardo Merlano Domínguez.

Fue corta y sobria la firma del acta de posesión tras la bienvenida y los buenos deseos del alcalde. Agradecí con unas pocas palabras para enunciar lo que me proponía realizar, para lo que acudí a la experiencia que me había

dejado el haber sido director técnico de las Empresas para acompañar a sus gerentes, en 1964-65 a Antonio Paz Franco y en 1966-69 a Alberto Araújo Merlano.

Recibí, brindando con un buen tinto, los abrazos de rigor y los elogios por estar tan enterado de la situación que enfrentaría. Pocos minutos después, entraba al recién estrenado edificio de las Empresas, que yo mismo había ayudado a construir como socio de Rodrigo Puente & Cía. Ltda., y, saludando a todos y cada uno de los empleados, fui subiendo los cuatro pisos hasta llegar al de la gerencia donde me recibió la encantadora sonrisa de Hortensia de Ávila, la secretaria de muchos gerentes que se convirtió en mi gran apoyo.

La situación general de las Empresas y del mercado

En 1976, las Empresas Públicas Municipales de Cartagena, cuya historia se enmarca en el proceso de modernización de Cartagena durante el siglo XX, tenía a su cargo todos los servicios públicos de Cartagena salvo los de telefonía y de energía eléctrica: acueducto, alcantarillado, aseo, mantenimiento de parques y zonas verdes, conservación de vías, manejo del mercado público y del Cuerpo de Bomberos.

El servicio de teléfono lo prestaba desde sus comienzos la Compañía Telefónica de Cartagena. El de energía fue entregado por Alberto Araújo en 1968 a ICEL, Instituto Colombiano de Energía Eléctrica, a cambio de que éste se hiciera cargo de pagar al BID el préstamo recibido en 1961 para el ensanche del acueducto y el alcantarillado

con lo que mejoró notablemente la situación de cartera de las Empresas.

Una de mis primeras actuaciones como gerente de las Empresas, una vez recibí información general sobre el estado de la entidad y de cada uno de los servicios a su cargo, fue realizar una inspección personal del mercado en Getsemaní y del edificio de Bazurto con José Genes, administrador del mercado. Él me actualizó la información que yo había recibido como Director Técnico.

En 1976, el mercado público tenía unos 2.000 puesteros, 1.988 para ser más exactos, parte en el interior de su pabellón principal y el de carnes, y el resto en la parte exterior alrededor de los pabellones y a lo largo del espacio entre la calle del Arsenal y la bahía. Por el frente amenazaba con estrangular la vía que lo separaba del Camellón de los Mártires y, a lo largo del muelle de los Pegasos, se acercaba amenazantemente al centro amurallado.

Tanto dentro como fuera del pabellón principal del mercado, muchos de los puestos, originalmente destinados a víveres y abarrotes vendían cualquier otra cosa o se habían convertido en una diversidad de talleres. El segundo piso que se había adicionado en el ala occidental, era casi exclusivamente para ventas de zapatos.

En la parte posterior del pabellón principal se habían concentrado depósitos de tabaco en hoja traído de Ovejas. Allí, así como en el exterior, frente al pabellón de

granos, manos ágiles y expertas con mayoría femenina, enrollaban tabacos y puros así como las populares “calillas” que muchas personas, en particular las lavanderas de ropa fumaban aprisionándolas entre los dientes y con la candela dentro de la boca, que sacaban de cuando en cuando para botar la ceniza.

A lo largo de la calle del Arsenal, se alojaban mayoristas y depósitos de víveres, abarrotos y otras mercancías, y grandes depósitos de madera. Del lado del borde sobre la bahía, además de depósitos de carbón de leña y otras actividades algunas “*non sanctas*” y hasta algunas viviendas en la parte más cercana a El Reducto, había varias carpinterías de ribera para las canoas o goletas, como llamábamos a las embarcaciones de madera y vela que hacían intenso cabotaje entre Cartagena y el Sinú y Chocó y el archipiélago de San Andrés y Providencia y que atracaban en el muelle de la Bodeguita y el de los Pegasos.



Vista aérea general del mercado, Getsemaní con la calle Larga y el Arsenal y el Surgidero.

Por los cuatro costados del pabellón principal, la proliferación de ventas estacionarias y ambulantes

había invadido las vías. Por el frente avanzaba hacia el Camellón de los Mártires obstaculizando cada vez más el tráfico y ocupando espacios que aún se notaban libres frente al muelle de los Pegasos.

¡En fin, en 1976 el mercado se había salido de madre! Definitivamente había que tomar de inmediato una decisión para trasladarlo pero no a la topa tolondra. Consideré prudente conocer mejor cómo había sido todo el proceso del mercado público y sobre todo la manera cómo se había producido el deterioro con el propósito de impedir que la historia de Getsemaní se repitiera en Bazurto, como infortunadamente ocurrió a pesar de las medidas y decisiones tomadas.

Fue una interesante tarea investigativa que, con las gestiones para obtener la financiación indispensable para continuar con el proceso del mercado, ocupó el año 1976 y se fue complementando con la terminación de lo que faltaba en Bazurto y con los preparativos y la ejecución del traslado.

El deterioro del mercado

De la primera información del administrador José Genes que se completó con más datos provenientes del mismo y de otros funcionarios de las Empresas, logré apreciar mejor la real situación del mercado público.

En un proceso que venía ocurriendo desde hacía mucho tiempo, había una gran alteración en el registro de los adjudicatarios de todos los puestos, en especial en

los exteriores de los pabellones. Los titulares vendían, cedían o subarrendaban sus puestos, muchas veces sin autorización o a espaldas de los administradores.

Los cánones de arriendo estaban desactualizados por el rechazo de los que atendían las colmenas y los puestos. Lo grave era que mientras éstos, si algo pagaban, lo hacían con los desuetos valores oficiales, pero les entregaban directamente a los titulares sumas hasta diez veces superiores.

Ni para qué pensar en aplicar un reglamento para asignación de puestos y sus tarifas, y para horarios y normas de operación y de seguridad que hacía tiempo se había dejado de seguir.

La fijación de los cánones para los vendedores exteriores era prácticamente arbitraria por la gran variedad de tipo, tamaño, localización y estabilidad de los puestos y por la enorme dificultad de llevar un registro ordenado de puestos tan cambiantes. En consecuencia, había una enorme dificultad para el recaudo de los derechos de uso que, por las mismas circunstancias, había que realizar a diario. Por supuesto que estas irregularidades facilitaban que no todo lo que se recaudaba entrara a la caja de la administración del mercado.

Consecuencia de todo lo anterior, grandes pérdidas para las Empresas por los altos costos de mantenimiento y vigilancia y los muy bajos recaudos agravados por recurrentes pérdidas de lo recaudado.

En fin, congestión, desorden, desaseo, invasión creciente de áreas vecinas, todo complementado con secuelas como prostitución, proliferación de ratas, cucarachas y otras plagas, fuente de enfermedades y contaminación del espacio circundante y, sobre todo, del Surgidero, el recodo de la bahía conocido como “de las Ánimas”, al que se asomaban en la otra orilla el centro amurallado y la alcaldía de Cartagena desde cuando se instaló en el Palacio de la Aduana.

El mercado público de Getsemaní, por su localización, su función social, económica y urbana y su arquitectura, fue uno de los rasgos sobresalientes de la fisonomía de Cartagena durante tres cuartos del siglo XX. Cumplido su servicio vital por el inevitable cambio que exigía la evolución de la ciudad, tuvo que ceder su sitio a otro elemento de igual y, para muchos, mayor importancia para la vida urbana y el beneficio económico y social de Cartagena pero de muy diferente función, el Centro de Convenciones de Cartagena de Indias.

Un plan general de acción

Me hice entonces una composición de lugar. En primer lugar, todos los servicios necesitaban mucha atención y los domiciliarios estaban en proceso de ensanche o de transformación para atender los requerimientos del acelerado desarrollo urbano de Cartagena que había promovido el sistema UPAC, o Unidades de Poder Adquisitivo Constante, para financiar vivienda y, en particular, el “boom” hotelero que se había aprovechado para construir aparta-hoteles.

Los ensanches del acueducto y el alcantarillado exigían gestiones ante el Instituto Nacional de Fomento Municipal, Insfopal, para la aplicación de los créditos conocidos como BIRF II y BIRF III del Banco Mundial, ante la Junta Nacional de Tarifas para la actualización de estas, y para poder trasladar el mercado, faltaban gestiones para la financiación de Bazurto ante el Fondo Financiero de Desarrollo Urbano, FFDU, que administraba el Banco Central Hipotecario.

Por otro lado, el 7 de agosto de 1978, habría cambio de gobierno y, por lo tanto, de gobernador de Bolívar, de alcalde de Cartagena y muy probablemente de gerente de las Empresas.

En conclusión, había que actuar rápidamente pero en forma ordenada y eficiente. Además, contaba con excelentes colaboradores. Por último, todo ello debería realizarse en forma muy discreta para no generar falsas expectativas y, sobre todo, evitar el crecimiento del problema por aprovechadores que nunca faltan para beneficiarse de los cambios que sobrevendrían.

La escuelita

Para poder acometer eficiente y eficazmente estas acciones, comencé por reimplantar la “escuelita”, como llamábamos la reunión diaria de las siete de la mañana de la época de Alberto Araújo en su despacho de gerente de las Empresas, para revisar y planear las actividades de la entidad y la marcha de los proyectos. Además de él, asistíamos Alfonso Martínez Emiliani, como Director

Administrativo, Julio Rafael Lorduy Esquivia, más conocido como Julio Lorduy, como Director Financiero y yo como Director Técnico que me ocupaba de los aspectos técnicos de la operación de los servicios y también de dirigir lo relacionado con su planeación y con los estudios y diseños.

Nuestra nueva “escuelita” era ahora un poco más numerosa, con cuatro directores que eran Raúl Quintero Lyons, Director Operativo, Luis Bustamante del Valle, Director Administrativo, Eduardo Yabrudy Eslait, Director Financiero y Eduardo Merlano Domínguez, Director Técnico. Con frecuencia asistían Julio Varela Escudero, Secretario General de la Empresas y, ocasionalmente, otros altos funcionarios como los superintendentes de los servicios, Abed Soleimán Melais, del Acueducto, Ignacio Rivera Consuegra, del Alcantarillado, Harold Fortich Baena, de Servicios Varios (Aseo, Mercados, Conservación de Vías y Parques y Arborización), Rafael Salas Infante, Director de Interventorías, Hernando Sará Domínguez, Director de Planeación e Igapé, el inolvidable periodista Ignacio Amador de la Peña, que había sido por varios años secretario general de las Empresas que había sido contratado como asesor especial para atender la adquisición de predios necesarios en Bazurto.

Un plan con cinco acciones simultáneas

En 1976 ya se había hecho evidente la necesidad de complementar el plan de traslado del mercado con la búsqueda de una solución para el espacio que quedaría

vacío en Getsemaní y, con base en la experiencia que había adquirido en los dos períodos como Director Técnico, preveía la urgente necesidad de una guía de la expansión de la ciudad que sirviera de base y orientación para los ensanches de los servicios públicos.

De esta manera, hubo que redoblar esfuerzos para acometer, en el lapso que faltaba para agosto de 1978, cuatro acciones casi simultáneas y ligadas entre sí: la mejora del proyecto de Bazurto y la terminación de estas obras, el traslado del mercado, un plan de desarrollo urbano para preparar la ciudad y la consecución de financiación faltante para todas estas acciones.

Estas cuatro acciones, que eran imprescindibles por sí mismas, lo fueron también para la quinta acción que en ese momento se inició como complementaria y terminó por ser la justificación de todas: el Centro de Convenciones.

Pero hay más, el conjunto de efectos benéficos que se esperaban del Centro de Convenciones para Cartagena, era un acicate adicional que justificó plenamente los esfuerzos para mejorar los servicios públicos, la movilidad, la seguridad y la presentación de la ciudad, en fin, para prepararla para la intensidad y calidad del turismo individual y de congresos que vendría.

El acueducto y el alcantarillado

Un esfuerzo que demandó tiempo y atención fue el de llegar a un acuerdo definitivo con Álcalis de Colombia,

la entidad propietaria de la Planta de Soda sobre las diferencias que habían surgido por el convenio que había logrado Alberto Araújo en 1969 para adquirir el sistema de acueducto que había construido para su servicio como la solución más rápida a la mano para aumentar la capacidad de suministro que nuevamente estaba necesitando la ciudad. El pago convenido era en metros cúbicos de agua que las Empresas le suministrarían a la Planta de Soda a los valores del agua cruda de 1969. Las diferencias eran por la medición de los volúmenes de agua, las variaciones que se habían producido en el valor por insumos como la energía eléctrica, los intereses y la tasa de inflación y de cambio.

En mayo de 1976, gracias al plan BIRF II de financiación del Banco Mundial, estaba muy adelantada la construcción de la tubería para traer el agua cruda desde el sistema de la Planta a Cartagena y estaba abierta la licitación para el ensanche de la planta de tratamiento. Las Empresas contaban con buenos interventores y contratistas, con quienes me mantenía en contacto, pero a veces me tocaba intervenir para que el Banco Mundial diera su “no objeción”, que era su fórmula para aprobar, a las decisiones para adjudicar contratos de obras que Cartagena necesitaba con urgencia para salir de la nueva crisis de agua.

Así fue durante una de las visitas de la misión del Banco. Debían aprobar la adjudicación de la nueva planta de tratamiento cuyos documentos se les habían enviado completa y oportunamente con argumentos para justificar nuestra escogencia. Dudaban ante la insistente propuesta

de un sistema francés que no nos habían recomendado en Barranquilla. Organicé la última reunión antes de su regreso a Washington en el salón de juntas e invité a varios periodistas a que se reunieron discretamente en el salón contiguo de la gerencia. Una vez más le solicité a la misión dar su visto bueno. De nuevo arguyeron requerir más análisis y se aprestaron a retirarse. Les pedí entonces que, antes de hacerlo, les explicaran a los periodistas el porqué no se podían iniciar las obras que la ciudad entera reclamaba clamorosamente. No hubo necesidad. Dieron su visto bueno y se fueron. Los periodistas recibieron alborozados la buena noticia.

En noviembre de 1976 pusimos en servicio en Gambote la segunda de dos nuevas bombas Sulzer, que se habían comprado para reforzar las tres más pequeñas que se había instalado en 1968, para aprovechar al máximo la capacidad de suministro del acueducto a través de la nueva conducción de acero que duplicaba la de Lock Joint instalada en 1937, lo que nos dio un respiro para surtir la ciudad. Con esta adición, Gambote suministraría cerca del 80% del agua que consumía la ciudad y el 20% restante, el sistema de Conejos de la Planta de Soda que inicialmente sería prácticamente para consumo de la industria de Mamonal. Podíamos tener la tranquilidad de contar con agua para Cartagena pues estaban en marcha las obras de la nueva planta de tratamiento y las conducciones.

También intervine en las negociaciones que condujeron al programa BIRF III para realizar el plan maestro para los nuevos ensanches de acueducto y alcantarillado,

que se aprobó en 1989 y que luego se extendió para incorporar el emisario submarino del alcantarillado.

Hacia mayo de 1977, por primera vez se aplicó flúor al agua en Cartagena con equipos que suministró el ministerio de Salud Pública, gracias al ministro Haroldo Calvo Núñez y a la intervención de Jaime Trucco Lemaitre como Director del Servicio Seccional de Salud de Bolívar que me informó en marzo sobre la existencia de los equipos y montamos después de consultar y asesorarnos con la asesoría de la Facultad de Odontología de la Universidad de Cartagena, en especial el doctor Wolfrang Ripoll.

Los servicios varios

El servicio de parques y arborización se reorganizó con base en un censo completo de las 130 hectáreas de zonas verdes y parques de la ciudad y asignar responsabilidad individual para vigilancia, limpieza y las diferentes labores de jardinería repartidas entre las 45 personas que conformaban este servicio, para lo que fue muy útil la colaboración activa y con ejemplar dedicación de las señoras del Club de Jardinería, con su presidenta Josefina Chica de Méndez y sus entusiastas socias, entre ellas Elizabeth Noero de Lemaitre, Angelina Martínez de Chalela y Tania Borge de Lequerica.

Para complementar el cuidado de los parques y zonas verdes del sector histórico, se mejoró el vivero que las Empresas tenían en la loma del Marión, al lado de la planta de tratamiento del acueducto, y se adelantó una intensa labor de siembra en vías principales.

En cercanías del monumento a los alcatraces y la Tenaza de la avenida Santander se sembraron ciento veinticinco palmas de coco que llegaron a crecer porque cada año, en la época de las brisas fuertes del norte, aún después de mi retiro de las Empresas, insistía en que les pusieran mamparas para protegerlas. En el separador central de la avenida Pedro de Heredia intentamos crear un seto de mangle que no pudo medrar. Los dieciséis mil esquejes que se alcanzaron a sembrar fueron arrancados por los transeúntes. Algo quedó, sin embargo, frente al Liceo de Bolívar. Más duraron los trescientos dieciséis trupis, o trupillos, que escogimos por encontrar más de veinte características que los hace el árbol más apropiado para Cartagena, y sembramos en las zonas verdes de los andenes del tramo entre el sector de María Auxiliadora y “los cuatro vientos” de los que aún muchos siguen dando su agradable sombra así como los que logramos sembrar en varios parques.

Para mantener la ciudad “como una tacita de plata” acudimos a la generosa colaboración de los cartageneros y, muy especialmente las cartageneras y, entre ellas las que formaron las igualmente entusiastas y efectivas Inspectoras Cívicas que creamos como un voluntariado cívico que aún subsiste y que han sido una gran ayuda para la limpieza y el ornato de la ciudad, tanto en el centro como en los barrios. Ellas crearon y han seguido manteniendo el concurso de balcones. De las primeras fueron Leonor Bula, Rosa Emilia Salóm de Galindo y Graciela Rengifo de Martínez, que aún siguen sirviéndole a la ciudad.

Ellas en cierta labor siguieron la labor de dos líderes cívicas que, por muchos años, actuaron activamente por la ciudad, y me ayudaron mucho durante mis dos períodos de director técnico de las Empresas, pero con las que infortunadamente ya no podía contar y me hicieron mucha falta: doña Josefina Tono de Covo, presidente de la Junta Cívica Femenina, que murió ese año y doña Blanca Hincapié de Escobar, muy reclusa por razones de salud.

Para ayudar a las inspectoras cívicas a controlar el sector histórico y las vías circundantes exteriores como la Avenida Santander, donde a diario se arrojaban y acumulaban escombros y hasta basura, establecimos un sistema de vigilancia con personal de las Empresas al que dotamos de bicicletas para hacer recorridos permanentes.

Algo similar a lo de parques y arborización se hizo repartiendo, entre el personal disponible, la conservación de los 450 kilómetros de longitud total que en esa época tenían las vías de la ciudad. Así, también hubo capacidad para realizar mejoras muy especiales y fuera de las rutinarias.

También por primera vez en Cartagena y con ayuda de la Oficina Panamericana de la Salud se realizó un estudio general de basuras con ruteo eficiente de recolección y de barrido de vías, áreas públicas y playas. Se mejoró el relleno sanitario, y se adoptó un reglamento general de aseo y el cálculo de las tarifas. Además se importaron los repuestos necesarios para mantener en perfecto estado

las tres barredoras mecánicas de que disponíamos para las vías y zonas públicas pavimentadas.

En materia de seguridad se mejoraron los cuarteles del Cuerpo de Bomberos del Limbo y el Bosque y llegó una máquina con escalera de extensión y canastilla para rescate en edificios altos, que había adquirido el gerente Argemiro Bermúdez, que se complementó con un gran colchón de aire para escapes hasta de un sexto piso para lo que organizamos una demostración desde el cuarto piso del edificio Andian a la plaza de la Aduana por parte de la representante y vendedora, la inolvidable e intrépida ingeniera alemana María de Kraft. Y para las necesidades de todos los servicios, la reorganización y dotación del taller de vehículos y maquinaria, que ya había sido trasladado a las instalaciones de la antigua planta eléctrica de Manga, contigua al club de Pesca.

Gestiones financieras

Para organizar y mejorar la situación financiera de las Empresas, dimos el máximo impulso a un proyecto ya iniciado, la implantación de sistemas de computación con sus aplicaciones para todas sus necesidades lo que permitió modernizar y agilizar la facturación y el recaudo de los servicios y de los impuestos y contribuciones cuyo manejo les había sido entregado.

Además, logramos incrementar el pago de los servicios y los ingresos con una campaña diseñada por el publicista Gastón Calvo, que aún muchos recuerdan, con la

réplica de “De qué se queja, si usted no paga” a quienes criticaban la calidad de los servicios para no pagarlos.

Pero se requerían gestiones adicionales en busca de los recursos para implementar el plan de mercados incluyendo la central de abastos, la terminación de Bazurto y poder realizar el traslado del mercado. Por eso, durante el segundo semestre de 1976 realizamos intensas gestiones en el Departamento Nacional de Planeación, donde fue de gran ayuda Alfredo Solarte Lindo, hasta cuando exigieron que la localización se definiera con un plan de desarrollo cuya gestión debería estar a cargo de la administración municipal.

Concentramos entonces los esfuerzos en los numerosos trámites, permisos, documentos, llamadas telefónicas y entrevistas en Bogotá con María Cristina Rivera, directora del Fondo Financiero de Desarrollo Urbano, o FFDU, que actuaba como banco de segundo piso y con Mario Rivera, gerente del Banco Central Hipotecario que lo administraba, y otros funcionarios. En Cartagena, con las corporaciones financieras y bancos que pudieran servirnos como bancos de primer piso. Estas gestiones sólo dieron resultado en abril de 1977.

Breve historia del mercado

Una labor interesante y necesaria para poder actuar con propiedad en los problemas del mercado y las Empresas y acometer las soluciones, pero también para que se valorara aún más las razones de descartar lo que había sido el mercado para construir el centro de

convenciones, era conocer mejor lo que había sucedido y los criterios con que se habían tomado las decisiones hasta el momento. Ello me impulsó a investigar lo que se resume en esta breve reseña.

El mercado de Getsemaní, nunca ostentó este nombre, en Cartagena siempre fue simplemente el mercado público. Fue construido en 1904, como parte del conjunto de obras que los dirigentes y las señoras de Cartagena realizaron para celebrar, en 1911, los cien años de su independencia absoluta de España.

Fue diseñado por el arquitecto cartagenero Luis Felipe Jaspe en el sitio más accesible para el centro amurallado y la barriada de Getsemaní, y construido por el con otro gran cartagenero como maestro constructor, Joaquín Caballero, con recursos del departamento de Bolívar gestionados de sus gobernadores entre 1890 y 1904. Fue un bello y amplio edificio de estilo neoclásico, de planta rectangular, con una amplia área interior semi cubierta y grandes puertas de acceso en cada uno de los cuatro costados, con locales exteriores y un gran corredor techado a todo alrededor.

En poco tiempo el mercado se convirtió en lo que siempre ha debido ser, un calidoscopio de colores, olores y sabores, un animado y abigarrado centro de encuentro de los cartageneros y con los parientes y amigos de los pueblos vecinos que traían sus productos y portaban noticias y recados de ida y de venida, y años después, un atractivo adicional para el creciente flujo de turistas que visitaba la ciudad.

Con el crecimiento de la población el mercado rebasó su capacidad y exigió la adición de pabellones que se destinaron a carnes en 1920 y granos en 1925, pero el crecimiento se extendió, ya en forma desordenada a lo largo del borde de la bahía donde junto a la carpintería de ribera para construir y mantener las numerosas embarcaciones de madera, hubo talleres de toda clase y viviendas tuguriales, algunas de mala reputación. Al otro lado de la vieja calle del Arsenal ocupaban sus casonas depósitos de madera y de los negocios de los mayoristas. Al tiempo, en el pabellón principal, muchas ventas de víveres y abarrotes eran desplazadas por comercios de otro género y aún por talleres.. Poco a poco, fueron cambiando de manos los puestos y se fue dificultando el control y el manejo del mercado y el recaudo de los arriendos.

En 1956 el alcalde Rodrigo Méndez Lemaitre intentó corregir el desorden y el deterioro ordenando, mediante el decreto 136, desocupar los puestos que no fueran de víveres lo que generó protestas de la Unión de Pequeños Comerciantes y una demanda ante el Tribunal Contencioso Administrativo lo que impulsó al nuevo alcalde, Ernesto Carlos Martelo, a derogar el decreto.

En 1930 en el pabellón de granos, y en 1952 en el principal, se produjeron incendios de mediana importancia, y en 1962 otro devastador que arrasó el interior del pabellón principal, que fue reconstruido en 1963 por el arquitecto Jacobo Kuperman ya con techo completo. Hacia 1955 se había construido un segundo piso sobre el ala occidental que fue destinada casi exclusivamente a ventas y talleres de zapatos.



El mercado público recién puesto al servicio, entre 1905 y 1915.



El mercado en 1937,



en 1957,



En 1965, cubiertas provisionales en el ala desaparecida con la explosión.



¡y en 1976!

El 30 de octubre de 1965, la explosión de dinamita subrepticamente almacenada en uno de los locales del ala frontal derecha hizo desaparecer todo ese sector de la edificación que miraba hacia el Camellón de los Mártires. También desapareció, quedando solo el arco de la puerta principal, la gran portada neoclásica tras la cual se alojaban, en el segundo piso, las oficinas de administración del mercado. La explosión causó 52 muertos y numerosos heridos. Como director técnico en ese momento me tocó estar al frente de las labores de rescate de heridos y cadáveres y de la remoción de escombros que estuvieron a cargo del Cuerpo de Bomberos y de personal y equipo de las Empresas.

Desde 1960, el mercado ya no sólo ocupaba los tres pabellones sino el espacio a su alrededor en forma creciente que amenazaba con obstruir la gran calzada que los separaba del camellón de los Mártires como lo había ya hecho ya con las calles del Mercado y del Arsenal donde el tráfico estaba limitado al de los pocos vehículos de carga de los locales del área y de los mayoristas.

La escogencia de Bazurto

Esta situación, ya casi caótica, había comenzado a suscitar protestas, entre las que se destacaban las columnas periodísticas en *El Universal* que firmaba Gustavo Lemaitre Román como Panoptes al que le hacía eco don José Vicente Mogollón, el gestor y dueño de Mogollón & Cía.

Jorge Benedetti González, gerente de las Empresas Públicas, se apersonó del problema. Contrató al arquitecto bogotano Gabriel Andrade Lleras para que estudiara la situación y propusiera una solución. Andrade realizó serios estudios urbanísticos y sociales y propuso un nuevo mercado en el lote donde habían funcionado los talleres del ferrocarril a Calamar, en el barrio de El Espinal sobre el lago de Chambacú. La propuesta se presentó el 26 de septiembre de 1962 en la Cámara de Comercio y el 27 en las instalaciones de Fenalco, ante un selecto grupo de dirigentes cívicos y de comerciantes. Se suscitó un gran debate en el que participó un gran líder cívico, Ramón León y B., y en el que, lógicamente terciaron Panoptes y don Pepe Mogollón.



En su columna “Mirando por la Rendija” del 29 de septiembre de 1962 en El Universal, Panoptes demostró, con un mapa general de Cartagena y un círculo que abarcaba toda el área urbana cuyo centro era el sitio

de Bazurto, para indicar que ese debía ser el sitio para un nuevo mercado porque confluían las vías desde todos los sitios de la ciudad salvo las de los barrios que ya comenzaban a formarse hacia el norte, para los que incluyó un mercado más pequeño en el sector de Santa Rita.

Providencialmente, Gustavo Lemaitre Román fue nombrado alcalde de Cartagena en 1967. Con el invaluable apoyo de Alberto Araujo Merlano a quien nombró en la gerencia de las Empresas Públicas Municipales de Cartagena, Lemaitre inició de inmediato los preparativos para sacar el mercado de Getsemaní. Con diligencia confirmaron el sitio de Bazurto para el nuevo mercado, abrieron un concurso arquitectónico que ganaron los arquitectos Gastón Lemaitre y Manuel Delgado e iniciaron la construcción del mercado de Santa Rita.



Maqueta del proyecto de Lemaitre y Delgado.

Con el cambio de gobierno, Lemaitre entrega el 3 de septiembre de 1968 la alcaldía a Álvaro de Zubiría que mantiene a Alberto Araújo en la gerencia de las Empresas. En noviembre de 1970 inauguraron Santa Rita con el nombre de Pedro Antonio Salazar, S.J. muy recordado por su intensa labor apostólica en todo ese sector.

La construcción de Bazurto continuó con Alberto Araújo y con Orlando Vélez González, que lo había acompañado como Director Administrativo y lo sucedió en 1971, mediante un contrato de administración delegada que ganó Civilco. Las obras fueron administradas y dirigidas por el ingeniero Alfonso Martínez Emiliani, hasta concluir el proyecto original del edificio que fueron entregadas en julio de 1975. Faltaba el amueblamiento interior que se completó para 1976 así como la pavimentación de las vías de acceso y de los parqueaderos, aun pendientes de la adquisición de algunos predios aledaños.

En 1972, Xavier Fernández Bustamante, nuevo gerente de las Empresas, considera acertadamente que para la mudanza del mercado se debía contar con el manejo integral y técnico del sistema de suministro de víveres de la ciudad, y contrata con el Centro de Estudios e Investigaciones sobre Mercadeo Agropecuario, CEIMA, de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, el “Estudio del Mercadeo de Alimentos” de Cartagena que entregan en octubre de 1973. En julio de 1974 contrata la elaboración del “Programa de Implantación de un Nuevo Sistema de Mercadeo de Alimentos en Cartagena” que propone convertir a Bazurto en mercado sectorial con nuevo diseño de colmenas y puestos prefabricados y con otros mercados sectoriales, inicialmente Santa Rita y Blas de Lezo, creado por el Instituto de Crédito Territorial, ICT, para atender sus nuevas urbanizaciones.

El programa fue entregado en julio de 1975 al nuevo gerente, desde abril, Argemiro Bermúdez Villadiego que, como Director Financiero de las Empresas desde 1971,

había realizado una importante gestión de recursos para las Empresas y el mercado, entre ellos una solicitud de crédito por \$30 millones al Fondo Financiero de Desarrollo Urbano, FFDU, que administraba el Banco Central Hipotecario.

El propósito de año nuevo para 1977

Al finalizar el año de 1976, y como era tradicional en las Empresas, se organizó un almuerzo de despedida de labores el 28 de diciembre de 1976 en el Club de Pesca para la junta directiva y los altos funcionarios de las Empresas. Asistieron los miembros de junta Víctor Camacho, Francisco Camacho y Fernando Marrugo y los directores Lucho Bustamante, Eduardo Merlano, Eduardo Yabrudy y Raúl Quintero.

Al final del almuerzo expuse como propósito de año nuevo para las Empresas, realizar en 1977 el traslado del mercado de Getsemaní a Bazurto. Creo que el entusiasmo debido a los vinos y al buen informe de labores superó el escepticismo de algunos miembros de la junta, por lo que el alegre y ruidoso brindis de todos, fue por ese propósito. La idea había sido propuesta el día 23 por Luis Bustamante del Valle, director administrativo de las Empresas, durante la escuelita de ese día.

En la primera reunión de 1977 de la junta directiva de las Empresas, que se logró concretar para el primero de febrero, propuse preparar un proyecto para el lote que aún ocupaba el mercado para iniciar su construcción apenas se produjera el traslado y evitar así que se

regenerara el mercado como había ocurrido en Medellín con el de Guayaquil y en otros lugares, o que el área se deteriorara por falta de un proyecto apropiado a la importancia que le daban al sitio su extensión y su localización en el corazón del centro histórico de la ciudad.

La junta conceptuó que suficiente trabajo significaría la preparación y ejecución del traslado del mercado, que este era una gran responsabilidad que justificaba concentrar todos los esfuerzos para llevarlo a cabo y que eran más bien del resorte de la alcaldía las funciones y responsabilidades sobre qué hacer con el lote del mercado.

Yo acepté la decisión pero *in pectore* me propuse continuar las gestiones del nuevo proyecto en el lote del mercado con el fin de facilitarle la tarea a la alcaldía y asegurarme de que se adelantara adecuadamente para poder cumplirla a más tardar en agosto de 1978.

Pero tenía un escollo, no tendría autorización de la junta directiva y mucho menos presupuesto para realizar viajes y gestiones en Bogotá con ese propósito. Me tocó entonces programarlos aprovechando las diversas gestiones que había que adelantar en la capital, ante el Fondo Financiero de Desarrollo Urbano, FFDU que administraba el Banco Central Hipotecario para concretar la financiación de Bazurto, ante el INSFOPAL sobre la aplicación de los créditos BIRF II y III del Banco Mundial para los ensanches del acueducto y el alcantarillado, ante la Junta Nacional de Tarifas para la actualización

de las de estos servicios y aseo y, ante el Departamento Nacional de Planeación, para trámites relacionados con todas estas gestiones.

El arranque de 1977, los cartelitos de Igapé

El 5 de enero, apenas comenzado el año, hice una visita a Bazurto en compañía del secretario general y los cuatro directores y también de representantes de dos de las varias asociaciones de puesteros que se mantenían pendientes del tema del mercado, la UPC o Unión de Pequeños Comerciantes y Adovisa, una asociación de vendedores estacionarios. Fue el inicio de una intensa actividad que ocupaba buena parte de las escuelitas de casi todos los días y que prácticamente duró todo el año hasta cuando se realizó el traslado.

El 17 de enero de 1977, en parte para entusiasmar a los miembros escépticos de la junta directiva pero principalmente para ir socializando, como se dice ahora, la idea del traslado del mercado y, para precisar metas y asumir así un compromiso público, comenzamos a fijar en todos los buses urbanos pequeños carteles algo más largos que una placa de vehículo, de cartón azul claro, y con una leyenda bien visible en gruesas letras negras que decía: “1977, año del traslado del mercado de Getsemaní a Bazurto”. Igapé se encargó de mandar a confeccionar los cartelitos y a fijarlos en los sitios favoritos de los choferes para imágenes religiosas, rosarios, zapaticos de niño y otras curiosidades, como habíamos escogido, para que los vieran fácilmente los pasajeros al salir.

A los pocos días, el traslado era tema de conversación. Aunque un gran número lo consideraba imposible, una utopía, pero el número de vendedores callejeros en el mercado aumentó. Un nuevo censo ya dio cerca de 2.300 puesteros en total.

Una emergencia imprevista

No nos imaginamos que solo dos meses después de instalada la última bomba de Gambote, Cartagena se podría quedar sin agua por el inesperado descenso de caudal del río Magdalena. El nivel del río había quedado a ras con el lecho del canal del Dique en Calamar por lo que escasamente entraba agua que llegara a Gambote y Conejos, el sitio de captación del acueducto de Planta de Soda en el canal del Dique.

Pedí ayuda a Arnoldo Martínez Emiliani, Director Técnico de la Junta de Conservación del Canal del Dique, de la que yo era miembro, y decidimos sobrevolar el canal en el helicóptero del Ministerio de Obras que en ese momento estaba en Cartagena. En Calamar aterrizamos en el lecho del canal en medio de bongos varados y al lado de una pequeña corriente que con dificultad pasaba bajo un remolcador. Tenía muy pocos metros de ancho y unos 20 centímetros de profundidad. El caudal difícilmente llegaba a la dársena del acueducto en Gambote. En Conejos, el agua de la bahía subía por el canal comenzaba a salinizar la del canal y amenazaba con seguir hacia Gambote.



*Enero de 1977. Lecho del canal del Dique frente a Calamar.
Al fondo el puente de la Troncal de Occidente.*

La crisis era inminente. La ciudad se quedaba sin agua. En una reunión de emergencia en las oficinas de la Refinería con los gerentes de Mamonal, analizamos la situación y las medidas por tomar, y les anuncié que para el suministro del agua se daría prioridad absoluta a la población de Cartagena. La dirigencia de Mamonal ofreció su total respaldo y la reducción de sus operaciones. Con discreción, para no causar pánico, se promovió el ahorro del agua y el mantenimiento de reservas en las viviendas.

Para enfrentar la emergencia acudimos a la compañía que gerenciaba Willam Gil. En 48 horas trajo de Bogotá dos bombas agrícolas que se instalaron en un bongo en dos días. La entrada de la dársena de Gambote, se tapó con sacos rellenos de tierra a los que se adosó el bongo. Con

el trasiego del agua del canal y una cuadrilla permanente de personal para evitar que el dique de sacos colapsara se intentó mantener el nivel mínimo del agua en la dársena para que las bombas del acueducto pudieran succionar.

Solicité al ingeniero Alfonso Olarte de la firma Olap-Conscaribe, que había construido el acueducto de Planta de Soda, que alistara equipo para taponar rápidamente el canal aguas abajo de Gambote con un dique a través del lecho para represar el agua dulce que venía del río y cortar el paso al agua de mar. Decidimos ese sábado para actuar si los niveles en el río Magdalena seguían bajando. Cada seis horas, día y noche, se tomaban niveles del agua en Gambote.

El viernes víspera del día D llamé a Alfonso Olarte, que se había mantenido sobre aviso para actuar, y le grité: ¡Alfonso, suspende la operación, el río comenzó a subir! El nivel del agua en el río y el canal había comenzado a subir pero muy lentamente. Las dos bombas instaladas no fueron suficientes. Rápidamente se trajo y se montó una tercera. Tuvimos que mantener el trasiego durante casi un mes hasta que se regularizara la situación.

El plan de trabajo

Afortunadamente, desde enero habíamos previsto, además de lo que tratábamos en las escuelitas para atender el día a día de la marcha de las Empresas y de los servicios a su cargo, estructurar un plan de acción y un *modus operandi* que nos garantizara cumplir en 1977 con el propósito de año nuevo, como lo puse de

presente en la del 5 de enero. Ese día invité a los cuatro directores de las Empresas a realizar una detallada visita a las obras de Bazurto para tener una visión general de cómo organizar el mercado en su nuevo sitio.

Hasta ese momento, las obras de Bazurto exteriores al edificio habían avanzado muy lentamente al ritmo de los escasos recursos económicos. Elaboramos un plan de trabajo que realmente se reactivó hacia mayo con el recibo del préstamo del FFDU para completar lo faltante. Lo más urgente era legalizar los terrenos y acometer su adecuación, loteo y habilitación para locales comerciales, definir y construir los accesos y el sistema vial interno del nuevo mercado, habilitar las redes de servicios públicos, y redactar un nuevo reglamento que permitiera controlar las fallas que habían permitido el deterioro de Getsemaní.

Por supuesto que las escuelitas de finales de enero y hasta mediados de febrero se concentraron en la emergencia del acueducto.

Las comisiones y las plenarias de los miércoles

Con el fin de atender apropiada e integralmente las labores del plan de trabajo, creamos comisiones conformadas por personal de las Empresas, del municipio y, posteriormente, de otros organismos.

Raúl Quintero, Director Técnico, y Eduardo Merlano, Director Operativo, se encargaron de elaborar una lista detallada de obras por diseñar y las pendientes de ejecutar

o completar, en especial los accesos viales y peatonales, y definir los terrenos necesarios. Ellos dirigieron los aspectos técnicos de la contratación y recibo de los trabajos con el soporte para la interventoría de Rafael Salas, jefe de la división, con Noel Mena como ingeniero residente.

De las negociaciones y formalización de los terrenos se encargó Julio Varela, Secretario General, con el apoyo de Igapé.

De todo lo relacionado con la reglamentación estuvo a cargo Luis Bustamante del Valle, con sus colaboradores de la Dirección Administrativa y José Genes, el administrador del mercado. La consecución y trámite de los recursos, fue responsabilidad de Eduardo Yabrudy, Director Financiero.

Con el fin de revisar lo ejecutado en la semana e introducir modificaciones o mejoras y asegurar la coordinación e integración de todas las actividades, adoptamos un programa de reuniones con todas las comisiones todos los miércoles a partir de las tres de la tarde en el salón de juntas cuya organización y monitoreo encomendamos a Hernando Sará Domínguez, director de Planeación, con el soporte de Celso Santís, jefe de Organización y Métodos, y su compañero Hugo Gentile.

Las trabajadoras sociales

Uno de los temas, tan importante como los otros pero que tuvo un papel decisivo en la forma de realizar los preparativos para producir el traslado y para ejecutarlo

así como en los ajustes que se hicieron necesarios introducir en el plan originalmente trazado para poder conseguir el éxito final, fue el del trabajo social.

A comienzos de mayo escogimos los miembros de esta comisión. Por la experiencia que había adquirido en el proceso de traslado de las viviendas de Chambacú en 1965 y la que comenzaba a adquirir en la ejecución del plan de rehabilitación de la Zona Suroriental de Cartagena, y por su capacidad ejecutiva, designamos al ingeniero Edgardo Martínez Pareja, Director del Instituto de Crédito Territorial, ICT, como coordinador de la comisión. Otros dos miembros fueron Martha Barboza, trabajadora social de las Empresas, y Dellys Bustillo, del ICT.

Mi experiencia en INSFOPAL como interventor de las obras de acueducto y alcantarillado en diferentes poblaciones del Bolívar grande y de las campañas de educación sanitaria, el cuidado del agua y la responsabilidad en el pago de los servicios, y la adquirida en el manejo de los servicios de Cartagena como Director Técnico de las Empresas en dos ocasiones, me había enseñado a conocer, entender y valorar el modo de ser y de reaccionar de la gente, su idiosincrasia y la enorme importancia de tenerla en cuenta para el éxito de cualquier proyecto, en especial los de fuerte impacto social como sería el traslado del mercado.

Por eso, cuando el 10 de mayo me visitó Luz Amalia Trujillo Vélez, Decana de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad de Cartagena, a ofrecerme ayuda con las

estudiantes de último año, me apresuré a aceptarle. Eran dieciocho entusiastas universitarias que se organizaron bajo la experta dirección de Beatriz Bechara de Borge, que años después fue rectora de la Universidad.

Con Luz Amalia y Beatriz planeamos una estrategia en varias etapas. Una primera para conocer la realidad de la situación y de lo que pensaban sobre la misma todas las personas que trabajaban directa e indirectamente en el mercado y, algo adicional y quizás más importante, averiguar cómo y por qué se había producido el deterioro para estudiar formas de evitar que se reprodujera en Bazarto. La segunda etapa, que se traslapaba con la primera, para informar, motivar y organizar el traslado. De esta manera tendríamos muy en cuenta lo más importante de todo, la gente, la gente que se movía en y por el mercado y la gente de la ciudad.

Las primeras gestiones para el Centro de Convenciones

Ante el efecto de los cartelitos, decidí intentar, esperando que con mejor éxito, la propuesta que había hecho Alberto Araújo al Banco de la República de construir en el lote del mercado un nuevo edificio para sus dependencias con un auditorio para reuniones nacionales e internacionales por una suma que se destinaría a la construcción de Bazarto. Me lo recordó Alberto en una conversación que sostuvimos en noviembre. La propuesta la llevó en 1969, a nombre de Araújo, Alfonso Martínez Emiliani como Director Administrativo de las Empresas, al gerente Eduardo Arias Robledo. Su respuesta fue que al Banco no le interesaba construir un nuevo edificio en Cartagena.

Otro intento de un centro de convenciones para ser construido en la isla de Chambacú había sido promovido por el empresario del turismo Antonio Dáger Gerala a raíz del traslado de las viviendas que la ocupaban que había realizado Reynaldo Martínez Emiliani como Gerente en Cartagena del Instituto de Crédito Territorial entre 1969 y 1971. Dáger me propuso a mediados de 1977 que acogiera su idea pero ya no había posibilidades, estaban muy adelantadas mis propias gestiones con el presidente López, Proexpo y el BID.

Con mi amigo José Vicente Mogollón Vélez, en ese entonces Senador de la República, conseguí para el 20 de enero a las 11 de la mañana una cita con Germán Botero de los Ríos, el nuevo gerente del Banco. José Vicente me invitó a alojarme en su apartamento y me acompañó a la cita. Después de poner al doctor Botero en antecedentes sobre el problema del mercado, los avances de Bazurto, la inminencia del traslado, y las condiciones excepcionales del lote por su localización, extensión y forma, le planteé una idea parecida a la de 1969.

Su respuesta fue también muy parecida a la de Arias Robledo, al Banco no le interesaba construir un nuevo edificio y mucho menos un auditorio para reuniones internacionales. Pero me sugirió algo adicional, que hablara con Rafael Gama Quijano, director de Proexpo, organismo creado para promover las exportaciones colombianas y contaba con recursos además, como habíamos comentado en la reunión, los eventos internacionales implicaban exportación de servicios.

Al salir de la reunión, José Vicente me comentó que Proexpo se había concentrado en la exportación de productos y manufacturas y que difícilmente contaría con la ayuda de Gama, por lo que decidí regresar a Cartagena a buscar otras opciones.

La propuesta a la Corporación Nacional de Turismo

El 10 de febrero decidí volver a Bogotá a hablar con Raymundo Angulo Pizarro, a la sazón gerente de la Corporación Nacional de Turismo, para que al menos se acometiera el proyecto turístico que la Corporación había preparado para el espacio ocupado por el mercado una vez se trasladara.

Por haber participado en los estudios y diseños, que concluyeron en 1974, y que fueron realizados por Consulcar, yo conocía bien el proyecto que incluía una marina para el área más cercana al baluarte de El Reducto, y en el resto del área, a lo largo de la calle del Arsenal, y la ocupada por los pabellones del mercado, pequeños edificios para locales turísticos alternados con espacio público. Los del área del pabellón principal del mercado que hoy ocupan el Claustro y la Explanada del Centro de Convenciones, con instalaciones para embarcadero turístico con muelle longitudinal a lo largo del borde que mira hacia el Palacio de la Aduana.

Angulo me respondió que no podía comprometer recursos de la CNT sin disponer del terreno, que prefería esperar el traslado y me ofreció una estatua si lo lograba. Para mí ha seguido siendo una estatua virtual algo así como

una forma de valorar el esfuerzo que se necesitaría para el cambio en Getsemaní y la importancia que significaría para Cartagena.

Los mercados de México

Del 26 de febrero al 12 de marzo, para ilustrarme mejor sobre las posibilidades y alcances del programa de computación que desde 1968 habíamos comenzado a instalar en las Empresas siendo yo Director Técnico, la IBM, que tenía el contrato para implementarlo, me invitó junto con directivos de otros países de América Latina con proyectos similares, a “IBM Villa”, Centro Educacional para Ejecutivos en Cuernavaca, México. Uno de ellos con quien hice amistad, fue Jorge Pareja C., que años después fue Ministro del Petróleo en Ecuador.

Además de cumplir con el propósito del viaje, aproveché para visitar los mercados de Cuernavaca y de la ciudad de México y comprobé una cosa interesante: se parecían más, mucho más, al mercado público de Cartagena que a la concepción que le habían dado al de Bazurto las recomendaciones de CEIMA.

CEIMA o Centro de Estudios e Investigaciones sobre Mercadeo Agropecuario de la Universidad Jorge Tadeo Lozano fue la entidad que contrató en 1972 el entonces gerente de las Empresas, Xavier Fernández Bustamante, para realizar un estudio de la situación del mercado y proponer soluciones. Le encargó enseguida elaborar un plan de ejecución que fue entregado en 1975. El plan incluía, además del mercado principal, otros mercados

menores que denominó sectoriales aprovechando los que existían en Santa Rita y en Blas de Lezo, para posteriormente añadir uno en la Zona Suroriental, otro en el sector de Ceballos y los que requiriera el crecimiento de la ciudad.

El BID y Cartagena

El lunes 14 de marzo, a mi regreso de México encuentro en el despacho de la gerencia de las Empresas una carta del BID, el Banco Interamericano de Desarrollo. Era una invitación a asistir a la asamblea de gobernadores que se realizaría a fines de mayo en San Salvador. La invitación se debía a que Cartagena había recibido en 1961 el noveno crédito y segundo en Colombia otorgado por el recientemente creado Banco, sólo dos años antes. El primero en Colombia fue a Medellín.

El crédito había sido tramitado desde 1960 por Jorge Benedetti González, gerente de las entonces Empresas Públicas de Cartagena, y José Vicente Mogollón Zubiría, miembro de la Junta Administradora, con el apoyo técnico de Antonio Paz Franco, Director de la Sección Técnica. El Banco condicionó la entrega del crédito a la transformación de las Empresas en una entidad autónoma, descentralizada, con personería jurídica y patrimonio propios y que, además, mantuviera la composición de su junta directiva durante la vigencia del préstamo.

En cumplimiento de lo anterior, y gracias a la gestión del alcalde de Cartagena, Ricardo Segovia Morales,

el concejo municipal dio vida a las Empresas Públicas Municipales de Cartagena mediante el acuerdo número 12 del 4 de abril de 1961. Su primer gerente fue Jorge Benedetti González. El segundo, en 1964, Antonio Paz Franco, que me llamó a Bogotá, donde tenía mi oficina de ingeniería, para que fuera su Director Técnico.

La invitación del BID me hizo recordar la llamada a Washington que había hecho en octubre para felicitar a mi amigo Luis Fernando Jaramillo por su nombramiento como Subgerente Administrativo del Banco.

Dos días providenciales

El 15 de abril fue un día especial. Con la correspondencia de las cinco de la tarde, Hortensia me entregó Noticias del BID, una publicación mensual tamaño carta que daba cuenta de las actividades del Banco y que, esta vez, traía algo muy interesante, la información sobre el préstamo de 24.5 millones de dólares que el Banco había otorgado a Panamá para un centro de convenciones y restaurar el viejo Panamá, parte importante de la primera fundación de la ciudad.

Era la primera vez que yo conocía el término de “centro de convenciones” y apreciar su importancia. De inmediato llamé a Luis Fernando Jaramillo. Me recomendó contactar a Augusto Ramírez Ocampo que era Director del BID por Colombia. Le escribí contándole del programa del mercado, del deteriorado barrio de Getsemaní y de la aspiración de contar con un préstamo a las Empresas, que yo estimaba de diez

millones de dólares, que se destinaría a construir un centro de convenciones para Cartagena y a restaurar el barrio de Getsemaní donde se emplazaría el centro en reemplazo del mercado.

Al comienzo de esa tarde, a las dos pm, se había formalizado la autenticación de firmas del contrato de préstamo de 12.6 millones de pesos suscrito el día anterior en mi despacho. Al fin, lo había concedido el FFDU con el Banco del Comercio como intermediario después de casi un año de solicitado.

El 4 de mayo llega una nueva carta del BID, esta vez para informar que, por problemas de orden público en El Salvador, la asamblea de gobernadores, que comenzaría el 30 de mayo, se trasladaba a la ciudad de Guatemala. También llega la respuesta positiva de Ramírez Ocampo con un entusiasta “querido José Enrique, cuenta con nosotros, ¡tenemos ciudad!”. Me recomendaba conseguir el aval de la Nación.

¡No había tiempo que perder, había que aprovechar el interés de Augusto Ramírez y las posibilidades de su ayuda por su posición en el Banco, así como la de Luis Fernando Jaramillo!

De inmediato avisé a los miembros de la Junta Directiva y les pedí autorización para las gestiones por el centro de convenciones sin dejar de atender el proceso del mercado. Todos se mostraron muy complacidos. Ramón del Castillo me recordó que Carlos su hermano era el Secretario General del presidente López.

Llamé también a contarle a mi primo Augusto de Pombo Pareja, gobernador de Bolívar. Me comentó que quería hacerle una atención privada al presidente y estaba en espera de convenir fecha, pero que mantuviera el secreto.

Decidí entonces esperar en forzado y cumplido silencio pues ni siquiera a Carmencita, mi señora, le había contado en lo que andaba. Me sirvió para cavilar sobre la mejor estrategia para informarle al presidente y pedirle apoyo, pero el tiempo pasaba y se acercaba en forma angustiante el 30 de mayo, una excelente oportunidad para ambientar el crédito a que aspiraba del BID.

El 22 de mayo, un día clave y una propuesta atrevida

Al fin, el viernes 20 me informa personalmente el gobernador que el presidente López le había aceptado un almuerzo en su casa, pero muy privado, para el domingo 22 de mayo, apenas una semana antes de la asamblea del BID en Guatemala.

Hacia las cuatro de la tarde me senté al lado del doctor López y aproveché que estábamos solos para decirle: Presidente, le propongo que en la asamblea de gobernadores del BID que se celebrará en Guatemala el 30 de mayo, se invite a celebrar la de 1980 en Cartagena. ¿Dónde?, me preguntó. En el centro de convenciones que vamos a construir donde está el mercado, respondí, y rápidamente le conté del cruce de cartas con Augusto Ramírez Ocampo. ¿Tú estás loco?, me replicó, eso es tema de relaciones exteriores que se debe tramitar con antelación, y ya no hay tiempo.

Debió ser con una mirada suplicante, pero con gran determinación, que le dije: Presidente, no me diga que sí, pero tampoco me diga que no. Por favor, déjeme actuar. Me devolvió en silencio una mirada de esos ojos azules en los que me pareció vislumbrar una chispa de entendimiento. Lo que sucedió después me lo confirmó.

El presidente López nunca dejó de recordar esta propuesta. La mencionaba en las conversaciones y en la correspondencia personal que mantuvimos Carmencita y yo con él hasta el final de sus días. Lo hizo en el discurso que improvisó cuando protocolizamos la constitución de la asociación que construiría el Centro de Convenciones y se lo recordó a Stephen J. Randall, el autor de su biografía *“Alfonso López Michelsen, Su Vida y su Obra”*, que lo relata en la página 414 de la versión en español:

“Ya fuera que se buscara mejorar la productividad de la agricultura en el país, o la ventaja competitiva de los exportadores industriales, el presidente López Michelsen asumía un esquema evolutivo de gobierno, enfoque que incluso se hacía evidente en las iniciativas concretas de la administración, como la de promover el turismo en una de las más espléndidas ciudades de la región caribe: Cartagena. La idea había partido del alcalde de la ciudad, José Henrique Rizo Pombo, pero pudo llevarse a cabo gracias al presidente, al director de Proexpo, Rafael Gama Quijano, y al ministro de Desarrollo Económico, Diego Moreno Jaramillo; se desplazó entonces el mercado a Bzurto para dar lugar a la construcción del Centro de Convenciones y, el 19 (sic) de julio de 1978, el arzobispo de Cartagena bendijo la primera piedra, en un acto que contó con la asistencia del presidente y otros funcionarios del gobierno.”

Una semana crucial

En camino de regreso a casa le conté a Carmencita que compartió exultante mi alborozo y me ayudó a esbozar la agenda de lo que debería acometer enseguida.

Tempranito, el lunes 23, le pedí a Hortensia que me consiguiera dos llamadas a Bogotá. Una a Carlos del Castillo Restrepo, Secretario General de la Presidencia de la República, para pedirle me ayudara a conseguir cita con Abdón Espinosa Valderrama, ministro de Hacienda que era uno de los dos gobernadores del BID por Colombia, y otra a Eduardo Soto Pombo, gerente general del Banco de Colombia, para conseguirla con el otro gobernador, Germán Botero de los Ríos, gerente del Banco de la República y con Rafael Gama Quijano con quien decidí hablar a pesar de las advertencias de José Vicente Mogollón. Ambos cumplieron su cometido. Carlos me comentó que pudo lograr la cita con el doctor Espinosa para el viernes 27 a la una de la tarde, dos horas antes de salir para el aeropuerto hacia Guatemala. Eduardo no la pudo conseguir con el doctor Botero de los Ríos pero sí con el doctor Gama para el jueves por la mañana.

El martes 24, le pedí a Eduardo Ferrer González, director de la seccional de ANDI en Cartagena, algunos folletos que había editado con información sobre Cartagena para repartirlos entre los gobernadores del Banco. Me entregó cincuenta. Al día siguiente por la noche, viajé a Bogotá.

A las ocho de la mañana del jueves 26 me fui para la Corporación Nacional de Turismo con el propósito de pedirle a Raymundo Angulo Pizarro, su gerente, unos bellos libros sobre Cartagena que él había publicado en noviembre del año anterior con fotografías urbanas y de las actividades económicas de la ciudad y con textos de Eduardo Lemaitre, Nicolás del Castillo Mathieu, y Sergio Espinosa Posada. Raymundo Angulo no estaba, pero sí su asistente, Raquel Fernández, cariñosamente “la Raca”, esposa de Daniel Hernández García. Tras varias averiguaciones y visitas a la bodega, logró que me vendieran diez ejemplares que pagué enseguida de mi bolsillo.

Apenas tuve tiempo de encontrarme con Eduardo Soto para ir a las diez de la mañana adonde Rafael Gama. Nos recibió muy amablemente. Eduardo me presentó. Le conté de mis gestiones con el BID y de su interés en otorgarle un crédito a las Empresas Públicas, que yo estimaba de diez millones de dólares, para construir un centro de convenciones y restaurar el vecino barrio de Getsemaní, pero con un buen aval.

Le mostré las fotos del mercado en el libro de la Corporación. Estas fotos ya no aparecen en la edición corregida que se publicó en octubre de 1977. En la foto final, con una bella panorámica aérea de la bahía de las Ánimas, parte de Getsemaní y el mercado, le indiqué lo que se despejaría después del traslado del mercado a Bazurto y el sitio donde se construiría un centro de convenciones y le propuse que Proexpo nos diera el aval puesto que se trataba de un proyecto que promovería la exportación de servicios a convencionalistas y turistas provenientes del extranjero.



Portada del libro "Cartagena de Indias" de la CNT, noviembre de 1976. Panorámica del Centro y el mercado.

Gama escuchó atentamente y nos pidió unos minutos para consultar con su asesor jurídico y los economistas. Después de dos o tres llamadas telefónicas, una de ellas a Ramiro Sanín Posada, su asesor económico, regresó para decirme que no podrían darnos el aval. Debí preocuparse cuando me vio la cara de desilusión y tristeza porque se apresuró a decirme: más bien Proexpo te otorga el crédito. Fue explosiva mi expresión de alegría y efusivo el abrazo de agradecimiento que les di a él y a Soto.

Medio recobrada la ecuanimidad, me dice Gama: Pero necesito que la decisión la apruebe la Junta Directiva y para conseguirlo es mejor que la propuesta la haga el presidente. Le conté que no había podido conseguir cita con Botero de los Ríos y su respuesta del 20 de enero. Me explicó que el gerente del Banco de la República era el representante legal de Proexpo y que el presidente de la junta era el Ministro de Desarrollo Económico, el doctor Diego Moreno Jaramillo. Le pedí de inmediato que me consiguiera una cita con él. La consiguió para esa tarde a las tres.

Ya para despedirnos, le pregunté a Gama cómo se realizaría el proyecto y nos explicó que los recursos podrían provenir de los intereses producidos por los depósitos de la tasa del 5% sobre el valor de las importaciones del país que en ese momento eran del orden de 250 millones de pesos anuales y estaba creciendo geométricamente y que, como le sugirieron los abogados, se podría crear una entidad mixta que se encargaría de la ejecución. Comentamos que esa entidad podría estar conformada por Proexpo, la Corporación Nacional de Turismo, Avianca y organismos del sector privado. Eduardo sugirió la Asociación Bancaria y ANIF y yo a Cotelco y otras agremiaciones del sector turístico.

A las tres en punto estaba yo entrando al despacho del Ministro con mi libro de la Corporación bajo el brazo. Me estaba esperando. Fue una hora larga de entusiasta explicación por mi parte y de mucha atención y preguntas claves del Ministro. Mostrándole la foto del área del mercado, le expliqué los planes de traslado del mercado y le hablé de la posibilidad de hacer en ese sitio un centro de convenciones y arreglar el barrio de Getsemaní, como en Panamá, de lo que significaría para la economía colombiana la exportación de servicios y de mis gestiones preliminares con el BID. El Ministro se despidió diciéndome: Doctor Rizo, muy interesante su propuesta, pero necesito una maqueta y un estudio de factibilidad, ¿cuándo me los trae? Deme un mes, Ministro, le dije sin pensarlo dos veces.

Volé para donde Gama y le propuse: Yo me encargo de la maqueta y tú del estudio, tú cuentas con economistas

que pueden hacerlo. Así quedamos, pero quedamos también en aprovechar la mañana del viernes para visitar algunas de las entidades que se vincularían al proyecto. Sólo se consiguió cita con el presidente de la Asociación Bancaria que era Eduardo Arias Robledo, el gerente del Banco de la República de 1969.

El viernes, a las diez y media, llegamos Rafael y yo. Nos recibió su presidente, en compañía de Andrés Delgado Mallarino, Vicepresidente Administrativo. más tarde llegó Eduardo Wiesner, Vicepresidente Financiero. Con el consabido libro de la CNT, yo les expliqué el plan del mercado de Cartagena y la idea del centro de convenciones. Gama les planteó la importancia de la vinculación de la Asociación al proyecto. Eduardo Arias nos oyó muy atentamente. Recordó que como gerente del Banco de la República no había aceptado en 1969 la propuesta de Alberto Araújo de construir en nuevo edificio del banco con un auditorio en el sitio del mercado y arguyó que la Asociación, aunque estaba constituida por entidades financieras, no disponía de recursos. Yo comente que una respuesta parecida había recibido en enero de Germán Botero de los Ríos y reiteré la importancia del proyecto para Cartagena y Colombia. Mallarino estuvo siempre entusiasta. En contraste, Wiesner se mostró muy escéptico. No se imaginó, ni yo tampoco, que sólo cinco años después sería, como Ministro de Hacienda, el anfitrión de la asamblea de gobernadores del BID que inauguraría el Centro de Convenciones. Convinimos en continuar explorando la vinculación de la entidad al proyecto.

Apenas tuve tiempo de ir al hotel a buscar los libros de la CNT y los folletos de la ANDI sobre Cartagena y antes de la una de la tarde me presenté ante la secretaria del Ministro de Hacienda. En la agenda estaba registrada mi cita pero el Ministro había ido a la peluquería, la secretaria no sabía a qué hora regresaría, y a las tres de la tarde tendría que prepararse para viajar. No estuvo dispuesta a llamarlo para avisarle de mi llegada. Intenté tranquilizarme sentado en la recepción y revisando el libro y los folletos.

A la una y media llegó el Ministro. Me hizo seguir enseguida. Escuchó atentamente mi historia y mis argumentos mientras firmaba papeles. Por el mucho peso sólo me recibió cinco de los diez ejemplares del libro de la Corporación y diez de los cincuenta folletos de la ANDI y con una mirada que yo interpreté como de entendimiento, me dijo: Veremos lo que puedo hacer. Para mí fue suficiente. Tuve la certeza de que lo haría. El Ministro salió para su casa y yo para el aeropuerto.

Realmente satisfecho, regresé esa tarde del viernes 27 a Cartagena. También viajó Rafael Gama con Gilma, su señora. Por la noche comimos Carmencita y yo con ellos. Conté detalles de lo sucedido esa tarde y comenzamos a soñar y a esbozar un plan de actividades.

Sobre nuestro primer encuentro, me escribió Rafael Gama en una de sus comunicaciones:

“Mil gracias por tu gentileza de enviarme copia de la carta dirigida al Director del Diario El Universal a la cual por encontrarla muy completa, no tengo ninguna observación.

Permíteme sólo recordar, que fuiste tu la primera persona que me presenta en Bogotá, el Proyecto del Centro de Convenciones en compañía de Eduardo Soto Pombo con argumentos tan convincentes que desde ese momento desplegué toda la actividad necesaria para que en breve termino se hiciera realidad esta magnífica obra, que tantos beneficios ha traído para el País y para esa noble Ciudad de Cartagena de la cual he recibido tantos gestos de nobleza y generosidad. Indudablemente fuiste tu el principal promotor de tan importante iniciativa. Recuerdo la frase del Presidente López de que después de las murallas, Cartagena podría determinarse como “antes y después del Centro de Convenciones”.

También viene a mi memoria que varios críticos de aquella época, la mayoría de buena fe, entre ellos un ilustre hombre público se opusieron a la obra, argumentando entre otras razones que PROEXPO estaba desviando recursos que eran exclusivamente para promover las exportaciones. Me permití replicar, que con esa y otras obras semejantes emprendidas por PROEXPO, se propiciaría la exportación de servicios, lo cual se ha corroborado durante este cuarto de siglo. Estoy de acuerdo contigo: Qué sería hoy de Cartagena, sin el Centro de Convenciones”.

El regreso de MinHacienda de Guatemala

El jueves 2 de junio hubo graduación en la Escuela Naval de Cadetes. Después de la ceremonia, tan lucida como siempre, se realizó una cena en los jardines.

Esa tarde, a las cinco, regresaba de Guatemala el ministro Espinosa Valderrama. Fui a recibirlo y entré a esperarlo al pie de la escalerilla del avión que lo transportó directamente vía San Andrés. Fue el primero en salir junto con su señora, doña Irma Fernswarth.

Al llegar al final de la escalerilla me dice con mirada de entendimiento: Doctor Rizo, ¡misión cumplida! No pude evitar el efusivo abrazo que le di y el beso que me atreví a darle a doña Irma. En el camino al hotel los invité a acompañarnos a la graduación de cadetes, a lo que accedieron. El doctor Espinosa me comentó que la aceptación había sido en principio y condicionada a una nueva decisión en una próxima asamblea de acuerdo con el avance del proyecto del centro de convenciones. Era apenas lógico.

Del hotel los llevé a la Escuela Naval. Cuando llegamos, ya había comenzado la cena. Habían dispuesto cerca de la piscina una mesa para el presidente y quienes le acompañábamos. Después de los saludos y de acomodarnos en los puestos, me acerqué a comentarle alborozado al presidente el resultado de la invitación. Con una mirada de picardía me dice como en un secreto entre los dos: ¡Si yo siempre te apoyé!

Estábamos en la mesa, Alfonso López Michelsen, Presidente de Colombia, y Cecilia Caballero de López, Augusto de Pombo Pareja, Gobernador de Bolívar, y Marcela Piedrahita de Pombo, Abdón Espinoza Valderrama, Ministro de Hacienda, e Irma Fenwarth de Espinosa, Fidel Borge Escobar, Alcalde de Cartagena, y Alicia Stevenson de Borge, Ramón del Castillo Restrepo y Mayito Trucco de Del Castillo, y José Enrique Rizo Pombo, Gerente de Empresas Públicas Municipales de Cartagena, y Carmencita Delgado de Rizo.

En carta de años después, el doctor Espinosa Valderrama recordaría: *“Le he agradecido vivamente su interesantísima carta de fecha 7 de noviembre con tan valiosos recuerdos de las gestiones adelantadas por Ud., primero como Gerente de las Empresas Públicas de Cartagena y luego como Alcalde, para la construcción del imponente y funcional Centro de Convenciones en el sitio privilegiado que ocupaba el mercado público.*

Con mucho gusto atendí sus insinuaciones para que su inauguración estuviera solemnizada por la reunión de la Asamblea General del BID, aprovechando mi asistencia como Ministro de Hacienda a la que se celebró en Guatemala. Después, por invitación de Rafael Gama, tuve la oportunidad de seguir los progresos de la portentosa obra.

Sea esta la ocasión de felicitar a Ud. por sus desvelos de entonces, ahora cuando se aproxima su trigésimo aniversario y se recordaran los pasos que llevaron a su feliz realización.”

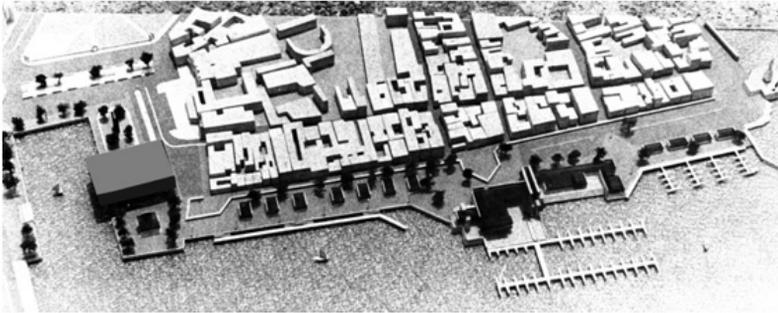
La maqueta

El lunes 4 de julio, después de mi regreso de la semana crucial en Bogotá, llamé temprano a Rafael Cepeda Torres, amigo personal y arquitecto fundador y socio principal de la firma constructora Cívilco Ltda., para hablarle de la maqueta. Por sus compromisos, sólo me pudo visitar el jueves a las 10.30 de la mañana. Le conté de mis gestiones con el BID y mi compromiso con Gama y, sobre todo, con el Ministro de Desarrollo, y le advertí que en el presupuesto de las Empresas no tenía rubro para una maqueta. Era el 2 de junio.

Le di a Rafael mi concepto sobre el proyecto de un centro de convenciones en el lote del mercado: debería ser un testimonio de los cartageneros del siglo XX, no tratar de imitar el estilo colonial, dejar despejado todo el espacio de la plaza que quedaría con el traslado del mercado, mantener despejada la visual desde las calles Larga y Arsenal hacia el Centro, como se conoce en Cartagena el centro amurallado y no sobrepasar la altura de las edificaciones de Getsemaní. Rafael estuvo totalmente de acuerdo y simplemente me dijo: Dentro de un mes hablamos.

Exactamente un mes y cuatro días después, el 6 de julio, me llama Rafael. Te tengo una sorpresa, me dijo, está en Bogotá. Esa misma noche viajamos y a la mañana siguiente fuimos al apartamento del arquitecto Alex Barón en Residencias Tequendama. Nos esperaba, y sobre zancos estaba una gran caja de madera, de metro y medio de largo, un metro de ancho y unos 35 centímetros de alto.

Alex alza la tapa que estaba fijada con bisagras y aparece una maqueta espectacular que reproducía con pequeños bloques blancos a escala los edificios de Getsemaní desde la calle de la Media Luna hasta la bahía de la Ánimas y desde el baluarte del Reducto, aún con el monumento a la Virgen, hasta mostrar la fachada del Palacio de la Aduana sobre la muralla.



La maqueta promocional. Foto de Jorge Delgado, Revista Diners, mayo de 1980.

En el sitio del mercado, un bloque de planta rectangular enmarcado entre la calle Larga y el Arsenal y soportado por cuatro robustas columnas alejadas de las fachadas que lo elevaban sobre la gran plaza que aún ocupaba el mercado público. El bloque cubría el espacio desde cerca del borde del agua y las edificaciones entre las dos calles pero con una separación adecuada. En la cubierta plana, que quedaba a la altura del tejado de la iglesia de la Tercera Orden, se disimulaba un helipuerto. Las cuatro fachadas eran lisas, de vidrio que reflejaba las edificaciones circunvecinas incluyendo la muralla y la Alcaldía. La maqueta se basaba en el proyecto de 1974 de la CNT para el Arsenal. Por eso mostraba los testigos de los baluartes y de la muralla y la marina con sus instalaciones.

El azul del agua de la bahía contrastaba con el resto de la maqueta que tenía una cubierta transparente de plexiglás resistente.

La maqueta en Proexpo

Superada la emoción, decidí llevarle la maqueta a Rafael Gama. Las oficinas de Proexpo quedaban en el edificio Internacional, a poca distancia del Hotel Tequendama pero del otro lado de la carrera 13. La maqueta era pesada pero insistí llevarla. Convencí a Rafael Cepeda y Alex Barón y con la ayuda de dos botones y yo pudimos bajarla por el ascensor de carga hasta la acera de la carrera 13 y estar listos para atravesar lo más rápido posible cuando cambiara el semáforo. Seguimos por la acera occidental de la carrera 13 hasta la calle 28, entre la mirada extrañada de los transeúntes, para bajar hasta el edificio, en la carrera 13A. Lógicamente los porteros no nos dejaron subir sino cuando llamaron directamente a la dirección de Proexpo a pedir autorización y yo expliqué a la secretaria de qué se trataba. Afortunadamente, los ascensores eran suficientemente grandes y cupimos cargadores y maqueta para llegar al piso 18 y llevarla directamente al salón de juntas, donde ya nos esperaba Rafael Gama. Eran casi las doce del día.

Su reacción ante la agradable sorpresa, además de felicitarnos a los arquitectos y a mí, fue dar instrucciones de inmediato para mostrarla esa misma tarde y ordenar invitaciones telefónicas. A las tres presentamos la maqueta a Diego Moreno, Raymundo Angulo, Eduardo Arias, que llegó acompañado de Andrés Delgado, Eduardo Soto y

altos funcionarios de Proexpo. Realmente impresionados, todos coincidieron con Rafael y conmigo en lo atractivo que resultaba un centro de convenciones en ese sitio de Cartagena y lo importante que era para la imagen y la economía del país.

Al final de la reunión en Proexpo, comenté que yo quería mostrarle la maqueta al presidente López. Alguien me contó que él viajaría a Cartagena el viernes a una graduación de cadetes navales. Para mí era más fácil y significativo mostrársela allá que en Bogotá. Le pedí entonces a Gama que me mandara la maqueta a Cartagena y que por favor me comunicaran con mi señora. más tarde, Rafael Cepeda y yo regresamos a Cartagena.

Un almuerzo con maqueta

La alegría de Carmencita cuando brevemente le conté todo lo ocurrido fue tan grande, que fácilmente aceptó encargarse de organizar un evento que yo prefería que fuera muy privado pues la decisión aún no estaba oficializada y por respeto a la decisión de mi junta directiva de concentrar la actividad en el proyecto del mercado. Convinimos en un almuerzo en nuestra casa de Turbaco, por ser un sitio alejado de Cartagena y fácil de controlar para efectos de privacidad y seguridad para el presidente.

Para el domingo 10 de julio organizó un almuerzo muy informal y muy privado para el doctor López y la “niña Ceci” como llamábamos cariñosamente a doña

Cecilia Caballero de López. Fueron invitados también, la comitiva presidencial con los ministros de Gobierno, Alfredo Araújo Grau, y de Guerra, General Abraham Varón Valencia, y altos mandos militares nacionales. De Cartagena asistieron con sus señoras el gobernador Augusto de Pombo, el alcalde Fidel Borge, el hoy Almirante Guillermo Uribe Peláez, comandante de la Fuerza Naval del Atlántico, después del Caribe, y amigos del presidente y nuestros, varios de ellos aficionados a la música que por ratos amenizaron la tarde con sus voces y sus guitarras, Orlando Lecompte, Javier Martínez, Ligia y Julita Revollo, esposas de Joaquín y Germán Gómez Pombo y Margarita Pombo Zubiría, gran pianista, cantante y compositora que se sentó al piano entre dos de la tarde y las once de la noche a acompañar a los invitados, entre ellos, el propio presidente.

Nunca nos imaginamos Carmencita y yo que la maqueta se convertiría en plato principal de más de un almuerzo, como se verá más adelante en esta historia.

Pasadas las cinco de la tarde me avisa el Jefe de la Casa Militar que el presidente debía regresar a Cartagena para viajar a Bogotá. Se había trasladado desde la Base Naval en helicóptero que aterrizó en la cercana finca El Balcón de don Rafael del Castillo, el padre de Ramón y Carlos. Afortunadamente, ya habíamos almorzado.

Acompañé al presidente a salir y lo llevé hasta una mesa en el gran prado del antejardín de la casa en la que había puesto la maqueta tapada con un mantel. Nos acercamos y con un movimiento teatral, como el de un mago,

quito el mantel. El presidente mira entre asombrado e interesado y pregunta, ¿Y eso qué es? Ese es el centro de convenciones que usted y yo vamos a construir en Cartagena, le respondo. ¿Y cuánto cuesta?, pregunta de nuevo. Sin vacilar y recordando que la tasa de cambio era de algo menos de cuarenta pesos por dólar, le respondo con una gran firmeza: ¡Cuatrocientos millones de pesos! ¿Y cuánto se demora?, pregunta ahora. Con la misma firmeza le digo: ¡Dos años, presidente! Me mira y me dice ¡Eso lo hacemos! Mientras le doy un emocionado abrazo le respondo con los ojos llorosos: ¡Eso es lo que quería oír, presidente!

Por supuesto que, con los que quedaron, el almuerzo se volvió fiesta que se prolongó hasta las once de la noche.

Expocosta 77

El lunes me llevé la maqueta para la sala de juntas de las Empresas y cité a la junta directiva para las ocho de la mañana del doce de julio. Relaté las gestiones desde cuando la junta me recomendó dedicar todos los esfuerzos al traslado del mercado, hasta ponerles de presente la maqueta como resultado, explicarles el proyecto y rematar con la información sobre la decisión presidencial de construir el centro de convenciones. Sobra describir la sorpresa, el asombro y la complacencia de la junta que, además de profusas felicitaciones, me ofreció su respaldo.

Esa tarde invité a todo el personal de las Empresas que laboraba en el edificio a mostrarles lo que venía dentro

de la extraña caja que algunos habían visto subir el día anterior, a contarles como había conseguido la maqueta, explicarles el proyecto y a pedirles su colaboración en cuidarla, pues me proponía mantenerla exhibida por un buen tiempo en el vestíbulo de entrada al edificio para que pudieran verla todas las personas que fueran a las Empresas a pagar sus servicios o a cualquier otra diligencia.

Alguno me recordó que la ANDI había organizado en el Coliseo Cubierto de la Base Naval, una feria exposición industrial durante el mes de julio que denominó Expocosta 77. Era un escenario más que apropiado para presentar a propios y extraños un proyecto de exportación de servicios y promoción de Cartagena como el del centro de convenciones. Pedí un cupo a Eduardo Ferrer. Todo estaba vendido y ocupado desde el comienzo del mes. Le recordé que tenía relación con los folletos que me había regalado en mayo para invitar al BID. Se ingenió para despejar un área en un rincón pero suficientemente visible y protegida de accidentes. Se puso la maqueta en un mesón con un gran cartelón azul que repetía la leyenda de los cartelitos de los buses: ¡1977, año del traslado del mercado de Getsemaní a Bazurto! Y otro con explicaciones sobre la maqueta y la propuesta del centro de convenciones en la gran plaza sobre la bahía de las Ánimas.

El último día de la feria, vino de Bogotá el ministro Diego Moreno Jaramillo. Al entrar, me saludó diciéndome: Doctor Rizo, le traigo un regalo, y se dispuso a decir las palabras de clausura rodeada de público y de los

más importantes periodistas de Cartagena. Finalizó su corto discurso leyendo el decreto número 1743 que el presidente López y él habían firmado en Bogotá el martes, que hizo posible construir el Centro de Convenciones, “por el cual se autoriza la creación de una asociación sin ánimo de lucro para construir un centro internacional de reuniones y remodelar el sector del mercado público de Cartagena”.

Mientras los asistentes se deshacían en efusivos aplausos, no pude reprimir el impulso de saltar hasta el centro del ruedo y estamparle al ministro un beso en la incipiente calva. Era el domingo 31 de julio de 1977.

El decreto 1743

El decreto 1743 del 26 de julio de 1977 constaba de tres partes importantes:

La primera, “autoriza la creación de una asociación sin ánimo de lucro para construir un centro internacional de reuniones y remodelar el sector del mercado público de Cartagena”.

La segunda autoriza a Proexpo, a la Corporación Nacional de Turismo y a la Corporación Financiera Popular a constituir con otras entidades públicas o privadas la Asociación Promotora del Centro Internacional de Cartagena, y, la tercera, autoriza que las entidades de la asociación que estuvieran interesadas en construir obras en Getsemaní las contraten con la Asociación sufragándolas mediante entrega de abonos anticipados,

aclarando que las obras quedarían de propiedad de la entidad interesada.

En resumen, el decreto autorizaba a entidades oficiales a constituir con entidades del sector privado, la Asociación Promotora del Centro Internacional de Cartagena de Indias como entidad sin ánimos de lucro y de derecho privado. Las entidades interesadas en construir obras en Getsemaní, estaban autorizadas a contratarlas con la Asociación, pagándolas con anticipos y a conservar su derecho de propiedad. Esto fue lo que hizo Proexpo y luego entregó a la Corporación de Centros de Convenciones de Colombia que, a su vez, lo dio, en buena hora, en concesión al Grupo Heróica.

Este fue el mecanismo que posibilitó agilizar la construcción y dotación de una obra tan compleja y que resultó tan completa como el Centro de Convenciones de Cartagena y poder inaugurarla sólo tres años después de haber sido iniciados en firme los trabajos.

La maqueta ante el Honorable Concejo Municipal y ante el público

Ya con el espaldarazo del decreto 1743, era fundamental informar y motivar a los concejales de manera que tuvieran suficientes elementos de juicio para apoyar y aprobar las actividades y decisiones del ejecutivo municipal para la gestión del centro de convenciones.

Aunque yo mantenía excelentes relaciones con los concejales Víctor Camacho, Fernando Marrugo y

Francisco Camacho, que eran miembros de la junta directiva de las Empresas, busqué el apoyo de los líderes conservadores Joaquín Franco Burgos y Raúl Guerrero Porras y, por intermedio de Luis Bustamante, de los líderes liberales, Marún Gossain, su gran amigo, y Carlos Facio-Lince para, invitar o convencer a los demás a respaldar las gestiones que se habían adelantado.

Resultado, los diecinueve Honorables Concejales de Cartagena asistieron a las seis y media de la tarde al salón del Club de Profesionales adonde se había llevado la maqueta para presentársela con una detallada explicación de lo que podría ser el centro de convenciones y la remodelación de la zona ocupada por el mercado. Lógicamente, todo dependería del éxito en el traslado, para lo que pedí su apoyo.

Fueron realmente muchas y variadas las inquietudes que manifestaron todos los concejales sobre lo que le ocurriría al barrio de Getsemaní y a los barrios alrededor de Bazurto con el traslado del mercado. De las anotaciones que hice esa noche, fue surgiendo la necesidad de preparar todo un plan de acción urbana para las dos zonas. A la larga, el plan se incluyó en un plan general de desarrollo urbano en el que tuvimos muy en cuenta los aspectos socio-culturales y socio-económicos para preparar la ciudad para los grandes cambios que sobrevendrían y tener también respuesta a la inquietud que ya había tenido como Director Técnico, y ahora como gerente, de contar con un plan de desarrollo urbano sobre el cual prospectar y orientar los ensanches del acueducto, el alcantarillado y los demás servicios

públicos de una ciudad que ya había comenzado a acelerar su crecimiento.

Mi presentación fue apropiada y clara, a juzgar por el visto bueno que dieron a todo el proceso preparatorio del traslado, así como a variaciones importantes que hubo necesidad de adoptar en el camino. Sobre el plan de desarrollo y, en general, sobre las gestiones como gerente de las Empresas y, posteriormente, como alcalde de la ciudad, bien valió la pena la reunión de esa tarde del 3 de agosto con el Concejo.

Ahora sí podía poner la maqueta a exposición permanente al público y qué mejor sitio que el acceso al edificio de las Empresas Públicas en La Matuna. Allí permaneció hasta un mes antes del cierre del concurso arquitectónico para diseñar el Centro de Convenciones cuando se les devolvió a sus autores, Rafael Cepeda, Alex Barón y Giovanni Macchi.

De gerente a alcalde

A mediados de agosto, el presidente López decide nombrar a Haroldo Calvo Núñez, su ministro de Salud Pública, como nuevo gobernador de Bolívar, que se posesiona el 26. Esa misma tarde firmó el decreto No. 818 con el cual me nombró alcalde de Cartagena.

Pocos días antes de su posesión me había llamado muy privadamente el doctor Calvo a ofrecerme la alcaldía. Siempre he tenido la sensación de que lo hizo por un “guiño” del presidente López. A su vez, el gobernador

me sugirió que nombrara de gerente de las Empresas a Eduardo Piñeres Vergara a quien yo bien conocía y apreciaba. Por supuesto que de inmediato acepté ambos guiños. Iba a tener la autoridad para que el traslado del mercado se produjera y realizar lo que le tocara al municipio para construir el Centro de Convenciones y contar con un excelente apoyo de Eduardo y todos los estamentos de las Empresas, su junta directiva, los directores y el personal en general.



Durante la última reunión como gerente con la junta directiva de las Empresas informé de mi nombramiento y presenté renuncia formal del cargo. Recibí un reconocimiento inesperado:

una placa de agradecimiento “por los servicios prestados en forma dinámica y eficiente”. Después supe que había sido por propuesta de Ricardo Segovia y Ramón del Castillo que la junta aprobó en pleno.

Mi posesión fue a las cinco de la tarde del lunes 5 de septiembre en el salón Martínez Martelo de la alcaldía ante la titular del Juzgado Primero Municipal del Circuito, la doctora Yolanda de Hernández que me acompañó en la mesa de honor con el gobernador Haroldo Calvo Núñez y su señora Amelia Stevenson de Calvo, el alcalde saliente Ricardo Barrios Villarreal, encargado de la alcaldía por renuncia del titular Fidel Borge Escobar dos meses antes, y su señora Prince Martínez de Barrios, y Carmencita, mi señora. El 15 de septiembre le di posesión a Eduardo Piñeres.



*En la mesa, Amelia de Calvo, el gobernador Haroldo Calvo Núñez, Carmencita de Rizo, el nuevo alcalde, Yolanda de Hernández, Juez Primero Municipal del Circuito, Ricardo Barrios Villarreal, alcalde saliente. De pie: Bruno Hernández, Tesorero Municipal, Santiago Rizo Delgado, José Enrique Rizo Delgado.
Foto de Álvaro Delgado.*

¡Con música!

Como había sido tradicional en Cartagena, después de su posesión el gobernador se trasladó a su despacho seguido de invitados especiales, aspirantes a cargos, periodistas y curiosos a firmar los primeros decretos de nombramiento de sus secretarios de despacho y del alcalde de Cartagena.

Ya se había regado la voz de que el alcalde sería yo y mientras un grupo numeroso esperaba en el gran corredor externo con balcones sobre la Plaza de la Proclamación, se me acerca, micrófono en mano, Carlos Mouthon, de RCN Radio, que me pregunta sorpresivamente: Alcalde, ¿como piensa usted trasladar el mercado?, ¡Con música!, saltó Carmencita mi mujer que estaba a mi lado ¡Con música!, repetí yo de inmediato con toda firmeza.

Y así fue. Con música de papayera en Getsemaní y en Bazarro se realizó el traslado dando un ejemplo nacional, en medio de una gran alegría y sin el menor problema de orden público.

Mis colaboradores en la alcaldía

Desde finales de los años 1960, el alcalde de Cartagena sólo tenía un secretario general que dirigía las labores administrativas y coordinaba las dependencias operativas, y dos secretarías más, la de Hacienda y la de Planeación. Fue una medida que adoptó para los municipios el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo, que dio mucha importancia a la planeación, y para el efecto fortaleció la Oficina de Organización y Métodos de la presidencia de la república que dirigía el abogado Pedro Pablo Morcillo y que replicó en los municipios y sus entidades descentralizadas como las Empresas Públicas Municipales de Cartagena.

Mis primeros nombramientos, la misma tarde de mi posesión, fueron el del abogado Hernando Sierra Peña como Secretario General, que fue mi gran soporte administrativo y para manejo político, en especial para las frecuentes solicitudes por nombramientos y reemplazos de los Concejales, y de otros dos grandes amigos y excelentes profesionales, el arquitecto Óscar Gómez Caycedo, Director de la Oficina de Valorización y el ingeniero Francisco González Tatis, Jefe de la Oficina de Planeación.

En mi caso, aprovechando su experiencia política, le pedí a Hernando Sierra se encargara también de las

muchas veces intensas y difíciles relaciones con los políticos y los concejales en lo relativo a nombramientos de personal y yo reservarme para las relacionadas con mis dos grandes planes: el mercado y el Centro de Convenciones.

Salvo los anteriores nombramientos, mantuve en sus puestos a todo el personal. De todos guardo grato recuerdo y agradecimiento por su dedicación y su ayuda y, en nombre de todos ellos, me referiré sólo a los que fueron mis directos colaboradores.

Un gran soporte para mí fueron las tres excelentes secretarías que encontré, Zoila Margarita Cabrales de Sarabia, Maruja Castillejo de Bustillo y María Padrón Martínez, que se ocupaba principalmente del teléfono y la agenda de citas. Ellas para mí eran Chola, o Cholita, Marujita y Mayo. Otros dos grandes soportes fueron Juan Vélez Racero, a quien todos conocían como Juancho Vélez, jefe de la oficina jurídica, así como Josefina Pretelt de Urzola en las Relaciones Públicas, Reynaldo Burgos, en el Departamento Financiero y Bruno Hernandez en el manejo de la Tesorería. Otros tres inolvidables colaboradores fueron los eficientes y contrastantes ujieres que ayudaban a guiar y atender visitantes y a llevar mensajes, Rigoberto Valbuena, alto y magro, y Aguaslimpias, Daniel Murillo Aguaslimpias, bajito y regordete, y Lucho del Real Torres, amigo de la infancia, que tuvo a su cargo el manejo del enorme Lincoln negro que encontré y mantuve a pesar de uno que otro detalle.

Con todo lo eficientes y ágiles que eran, Chola y Maruja tenían a veces que quedarse por la noche para evacuar el trabajo. A veces recurrían a María Padrón. Según ellas, nunca les había pasado antes. La causa, quizás, era evitar pérdidas de tiempo o, quizás también, por mi descubrimiento de las mini grabadoras de mano desde cuando estuve en la gerencia de las Empresas, en las que yo registraba los detalles por corregir o problemas en las vías y el tránsito o en los servicios públicos, en especial el acueducto y el aseo y barrido de calles, que observaba durante mis recorridos y diariamente en mis traslados entre casa y alcaldía, así como órdenes o instrucciones para atender solicitudes así como memorandos, cartas, y hasta decretos, que se me venían a la mente. Apenas llegaba al despacho, las entregaba las grabadoras a Chola y Marujita para que transcribieran lo dictado y los enviaran a los responsables. En las Empresas se las daba a Hortensia.

Juancho Vélez, sin ser abogado titulado, era la conciencia jurídica y la memoria de la alcaldía. Tras casi treinta años había ascendido a la posición que tenía. Hombre de pocas palabras y trabajador incansable, se limitaba a traer el documento o el proyecto de disposición que se le había pedido y lo ponía en el escritorio limitándose a decir: ¡Aquí tiene!

Fue una gran ayuda para mí, pero creo que yo también lo fui para él. La inusitada expedición de decretos que requeríamos para preparar Getsemaní y Bazurto y también toda Cartagena para los cambios que se producían exigían precisión y brevedad en la redacción.

Yo mismo redactaba muchos cuando se trataba de asuntos en los que necesitaba mucha claridad, se los entregaba a Juancho diciéndole: ¡Quítale lo ilegal!

La vigilancia de Edmon Félix, como Contralor del municipio y de Judith Camargo de Borré y César Arrieta Vásquez como Personeros, fueron importantes ayudas para la marcha del municipio y el buen manejo de todo lo relacionado con el cierre del viejo mercado, la realización del traslado, la organización en Bazurto y la demolición de los edificios en Getsemaní.

Mis primeros tropezones

El primer día en el despacho, después de recorrer todas las dependencias y saludar a los funcionarios que ya estaban presentes, (y tomar nota de los ausentes), me senté en mi escritorio. Examiné los cajones vacíos. No había nada. Tampoco en las dos papeleras, las de entrada y salida de documentos. El escritorio estaba listo para su nuevo ocupante. Sólo hubo un cambio, en vez de la silla empresarial que había, hice traer de las Empresas, a donde lo había llevado de mi oficina a la que después volvió, el mecedor momposino al que le había mandado cortar los balancines e instalar un soporte de silla ejecutiva que permitiera mecer y rodar, para lo que fue necesario instalar una gran lámina de plástico resistente sobre el embaldosado de barro que tenía la alcaldía.

Cuando me paré de la silla para pedirle a Chola que me hiciera traer el mecedor, me tropecé con la gran

figura tamaño natural, con armadura anacrónica, porque era más bien medieval, y supongo que para ambientar el despacho haciendo guardia junto al escritorio. La figura sostenía, con las dos manos enguantadas sobre la empuñadura, una enorme espada en punta contra el suelo. Con el tropezón la figura se tambaleó y la espada se soltó. Instintivamente la sostuve y repuse la empuñadura bajo las manos mientras miraba exclamaba repetidas veces mirando a la visera: perdón, perdón perdón. Por supuesto que, en medio de risas, el guardia salió con su espada para otro lado antes de la llegada del mecedor.

Otro percance, más que tropezón, fue una semana después, que me rompí cuatro costillas por toser mientras hacía un esfuerzo en casa de mi mamá adonde iba a almorzar diariamente por la lejanía de Turbaco. Duré un mes con el tórax fuertemente forrado y, para facilitar el examen del médico y las curaciones diarias sin tener que quitarme la camisa, tomé la decisión, que ya había comenzado a acariciar, de usar guayabera como atuendo Diario aprovechando para ello las de variado diseño y manga larga que había comprado en México, en el pequeño taller de una familia maya en la avenida Insurgentes muy cerca del monumento a la Revolución, que conocí durante el viaje como Director Técnico en 1968. Posteriormente les compré por correo varias hasta cuando dejaron de hacerlas de algodón o lino.

Los tropezones posteriores, aunque mucho más complejos e importantes, tuvieron también una adecuada solución.

Las visitas del BID

El viernes 16 de septiembre me anuncian una inesperada y muy bienvenida visita. Nadie menos que Jorge Hazera, Secretario General del BID, que había venido a Cartagena con su señora, Bárbara, acompañados de Augusto Ramírez Ocampo y Armando Kruge, ambos miembros del directorio del Banco por Colombia y Perú y, si no recuerdo mal, también por Bolivia. Venían a participar en una reunión regional de gobernadores del Banco Mundial y aprovecharon para que Hazera y Kruge conocieran Cartagena y hablaran conmigo sobre el proyecto del Centro de Convenciones.

Les expliqué lo adelantado hasta el momento en los preparativos para trasladar el mercado al nuevo sitio de Bazurto con lo que quedaría despejada el área donde se podría construir el centro de convenciones. Les hice ver que, ya como alcalde, tendría la autoridad para asegurar que el mercado se trasladaría y quedaría disponible el sitio para el centro de convenciones. Les conté también que ya estaba abierto el concurso arquitectónico para su diseño.



Visita de Jorge Hazera, secretario general del BID, 16 de septiembre de 1977. Foto de Álvaro Delgado.

Aunque ya lo había hecho por carta, le agradecí a Augusto su generoso ofrecimiento y a todos su interés por el proyecto. Los invité a trasladarnos a las Empresas Públicas a ver la maqueta. No podían ir porque tenían otros compromisos pero me aceptaron la invitación a comer. Esa noche hablamos largo de la historia del BID en Colombia y Cartagena y las grandes perspectivas que se nos abrían.

Al día siguiente tuvimos otro encuentro en un coctel que se ofreció en las instalaciones del SENA de la plaza de la Aduana, para los gobernadores del Banco Mundial donde pudimos vernos con el ministro Espinosa Valderrama y con Germán Botero, gerente del Banco de la República, como gobernadores por Colombia.

Un año después, el 13 de noviembre de 1978 volvió Jorge Hazera a Cartagena. Vino expresamente a conocer los avances del proyecto para presentar un informe en la asamblea de gobernadores que se llevaría a cabo en mayo de 1979 en Montego Bay, donde se confirmaría la asamblea en Cartagena para 1981. Le mostré el área ya despejada en el sitio del mercado y le conté que el 13 de diciembre se adjudicaría el diseño del centro de convenciones y del interés del señor Glazer de realizar allí el Concurso de Miss Universo.

Con la ayuda de Josefina Delvalle de la CNT le reuní información hotelera, facilidades de acceso a la ciudad, medios de transporte externo y local, sistema de telecomunicaciones y de seguridad y demás información de interés turístico. Me dijo que el BID requiere de un

auditorio de sólo 600 personas pero con excelentes oficinas, comunicaciones y sistema de traducción simultánea. Me invitó a Montego Bay para observar la organización y la realización de la asamblea y me ofreció enviar los requisitos del BID para sus reuniones.

Primeros pasos como alcalde

Mi paso a la alcaldía, más que un cambio de actividades y responsabilidades, significó el cambio en la posición desde la cual ejercerlas. Ahora no sólo era el presidente de la Junta Directiva de las Empresas, tenía no sólo la posibilidad de mando como primera autoridad para asegurarme de que las cosas marcharan en particular las del traslado del mercado y la consecución del centro de convenciones. Y algo también muy importante: era la máxima autoridad de policía para garantizar la seguridad que se requeriría para que ambos transcurrieran sin problemas.

Pero era consciente de que faltaba ya sólo un año para el cambio de gobierno y por ende de gobernadores y alcaldes y no podía perder tiempo. Había además una potencial fuente de interferencias: las elecciones del 26 de febrero para cuerpos colegiados. Bien conocía las demoras y los errores que se producen en la administración pública, de manera que decidí actuar con criterio gerencial y dedicar especial atención a lo del mercado y el centro de convenciones pero vigilando todo lo demás.

Convine con Hernando Sierra, el Secretario General de la alcaldía, en que él se ocuparía en atender a los

políticos y concejales y solucionarles los cambios de personal subalterno frecuentemente solicitados por ellos los que, lógicamente, serían autorizados por mí, mientras yo me dedicaba a gerenciar la ciudad. Así se me facilitó mantener excelentes relaciones con el concejo y los concejales a pesar de restricciones u objeciones que personalmente aplicaba para gastos y viajes innecesarios y de negarme a aceptar nombramientos y traslados que favorecerían en las elecciones de febrero a quienes los solicitaban.

Cambié los nombramientos de Óscar Gómez y Francisco González para que éste se encargara de la Oficina de Valorización y Óscar de la de Planeación. Ambos eran idóneos para dirigir el funcionamiento normal de ambas dependencias, pero en pocos días se hizo evidente que era más apropiada la preparación del ingeniero González para los cálculos y la precisión que iba requerir el riego de valorización y el recaudo para la carretera a Mamonal, que era parte importantes del proyecto de la Zona Franca que dirigía Héctor Trujillo Vélez con financiación del Banco Mundial.

Por su parte, Óscar Gómez, por su preparación como arquitecto urbanista, su experiencia en la gerencia del ICT con sus grandes planes de vivienda ejecutados en Cartagena y como consultor en planeación urbana, era la persona indicada para encargarse de la incidencia del traslado del mercado en los aspectos urbanos.

Como presidente de la junta directiva de las Empresas, propuse la creación del Departamento de Mercados

dentro de la Superintendencia de Servicios Varios, a cuyo frente se encontraba el ingeniero Haroldo Fortich Baena, y nombrar al coronel retirado Orlando Arévalo Castillo, su primer director. Así fue aprobado.

Adopté una política de puertas abiertas para las diferentes asociaciones de pequeños comerciantes, puesteros y vendedores callejeros, fijos y ambulantes que, cada vez con más frecuencia, pedían información o presentaban reclamos y objeciones.

Le pedí especial apoyo al comandante de la Policía de Cartagena, para guardar el orden público y, en especial, para evitar la proliferación de vendedores en las calles y en el mercado y le sugerí una fórmula para aprovechar mejor los agentes de que disponía en las zonas críticas del Centro y Getsemaní: destacar un agente en esquinas cada dos manzanas para vigilar dos tramos de calles en las cuatro direcciones. No siempre se aplicó.

Unos cambios radicales que salvaron el traslado del mercado

En los cambios que se requirieron para realizar el traslado del mercado, fue fundamental el papel de las trabajadoras sociales. A comienzos de junio se les había dado una inducción general sobre el mercado y el plan del traslado de acuerdo con las etapas convenidas y con la estrategia de no mencionarlo inicialmente sino en averiguar los conceptos y opiniones de los puesteros y del público sobre la situación de los dos mercados menores y el de Getsemaní para tener un panorama

general y poder ajustar la forma de promover y realizar el traslado.

El gran cambio sobrevino cuando las trabajadoras sociales se me acercan preocupadas en la reunión general de seguimiento del 14 de septiembre a decirme en voz baja, como para que los demás no se enteraran, que la inmensa mayoría de los puesteros se negaban a separarse en los tres mercados. Aducían que el traslado se tenía presente entre los puesteros como algo que tarde o temprano debería ocurrir pero veían remoto, pues desde el 31 de julio de 1975 habían concluido las obras del edificio de Bazurto y no había pasado nada.

Además, conocían el escaso éxito que había tenido el mercado de Santa Rita y las limitaciones de espacio y acceso del existente en Blas de Lezo. Muchos recordaban el viejo mercadito del Prado, que languideció hasta obligar a las Empresas a cerrarlo y organizar allí los talleres para sus vehículos y equipos. En el sector de Olaya Herrera se había formado espontáneamente y de manera muy informal un grupo de vendedores de víveres, incluyendo carne de res, en condiciones inapropiadas y que difícilmente podía ser el comienzo de un mercado sectorial.

La negativa se basaba, no en el traslado a Bazurto sino en separarse, con el argumento de que a los que se fueran para Santa Rita o Blas de Lezo les iría mal., incluso muchos pretendían quedarse en Getsemaní. Fue entonces cuando les mandé a decir a través de

las trabajadoras sociales y les dije personalmente a los presidentes de las diversas asociaciones: ¡Se van todos juntos, pero se me van!

El nuevo plan del traslado, las previsiones para Getsemaní y Bazarro

Esta decisión no se tomó a la ligera. Ya como alcalde y con la ayuda de Óscar Gómez como director de Planeación, revisamos la situación con el gerente y los directores de las Empresas. Confirmamos lo que se venía revelando, el proyecto era mucho más complejo que el aparentemente simple de realizar una mudanza. Además, había pasado mucho tiempo desde cuando se comenzó a pensar en serio en trasladar el mercado en los años 1960, se había consolidado la idea de Bazarro y se habían realizado cuantiosas inversiones en tiempo, esfuerzos y recursos económicos para el nuevo mercado.

Sabíamos también que la Cartagena de 1977 era muy diferente de la de 1962 cuando Lemaitre publicó el plano del área urbana con Bazarro como punto central y esgrimió sus argumentos que se basaban en el crecimiento de la ciudad y en el concepto de facilitar por distancia y por la confluencia de vías y la cercanía del agua el acceso para transporte de productos y de las personas. El estudio de CEIMA, de 1972 a 74, demostró que sólo el 6% de los víveres llegaban a Getsemaní por agua y el resto por carretera, 50% por la de La Cordialidad y 50% por la que viene por Turbaco desde el interior del país.

La ventaja del acceso vial desde cualquier sitio de la ciudad seguía siendo válida en 1977 pero el crecimiento previsible de los años futuros, con la expansión urbana, el desarrollo económico y la inmigración de población inducidos por el “boom” de la construcción, aumentaría el tráfico vehicular. El crecimiento previsible de los años venideros, ameritaba revisar lo que se había previsto para Bazurto a la luz de la experiencia de Getsemaní. Afortunadamente, tanto Óscar como yo, habíamos participado activamente en los estudios de 1974 para el plan vial de la ciudad que alcanzó a ejecutar, junto con muchos otros estudios importantes para el país y para Cartagena, la firma de consultoría multidisciplinaria Yo tenía la convicción de que sin una posición firme sobre la decisión de traslado que ya era bien conocida en la ciudad, había grave riesgo de que se volviera a demorar y se perdieran los grandes esfuerzos y los recursos ya invertidos. Además, una decisión pospuesta o débilmente sostenida, aumentaba el riesgo de que se aprovecharan las elecciones de febrero para afectar o cancelar el traslado y faltaba un año escaso para el cambio de gobierno nacional y de la administración municipal.

Era imperativo realizar el traslado pero también lograrlo con el menor traumatismo para todo lo relacionado con el área del nuevo mercado y para toda la ciudad, y sin afectar los suministros a la población y, como quedó anotado, al mismo tiempo era imperativo tener en cuenta la experiencia de Getsemaní para no repetirla en Bazurto y programar todo para que se cumpliera antes de la fecha impostergable del 7 de agosto de 1978.

Tomé una decisión: mantener la fecha del traslado preestablecida del 3 de diciembre y redoblar esfuerzos para lograrlo. Afortunadamente contaba ahora con el apoyo de Eduardo Piñeres en la gerencia de las Empresas y de mis colaboradores de la alcaldía.

Además, le pedí al comandante de la Fuerza Naval del Atlántico, el contralmirante Guillermo Uribe Peláez, que nos ayudara a las Empresas y a mí a programar, organizar y ejecutar el traslado para tener en cuenta la preparación de las Fuerzas Armadas para la logística que se requiere para la movilización másiva de grandes grupos humanos con la organización y el cuidado que sólo dan la disciplina y el orden de la Armada. Las Empresas se responsabilizarían de destinar el personal y el equipo de cargue y transporte necesarios para la mudanza. La respuesta del almirante Uribe fue entusiasta y tranquilizante.

Comenzamos por revisar nuevamente y hacer un ajuste al plan CEIMA. Se iniciarían de inmediato las gestiones para la central de abastos y se decidió acometer la adecuación de los mercados de Santa Rita y Blas de Lezo una vez realizado el traslado de todos los puesteros de Getsemaní. Estos se dividieron en dos grandes grupos, los de víveres y abarrotes para el edificio y sus áreas cubiertas diseñados por Manuel Delgado y Gastón Lemaitre, los demás comercios y los talleres a locales que se habilitarían cerca pero fuera del lote del edificio.

En el nuevo censo que se realizó para el efecto se encontró que los 1500 puesteros de víveres y abarrotes

cabían en las áreas cubiertas del edificio. Los locales necesarios para los demás requerían ocupar incluso un área del barrio Chino para lo que fue necesario adquirir nuevos predios. Pero se encontró un buen número de puestos y comercios que no encajaban en ninguno de los dos grupos.

Para estos comercios encontramos una solución. El antiguo teatro Granada, situado en el Píe de la Popa, no muy lejos de Bazurto, había cerrado y estaba disponible. Cupieron casi todos. Le cambiamos el nombre por Mercado Turístico de Cartagena. Por otra parte, los propietarios del pasaje Leclerc, el edificio con el pasadizo entre las calles Larga y del Arsenal a media cuadra del viejo mercado, lo adecuaron para ese tipo de comercios. De esta manera quedaron instituidos los que se han conocido como Sanandresitos por alusión al tipo de comercio que permitía el régimen especial que tenía la isla de San Andrés.

Más de un alcalde me llamó después a preguntarme las bases jurídicas para crear también Sanandresitos. En cierta forma, y sin proponérselo, habíamos creado algo así como una jurisprudencia especial basada en las normas legales y la conveniencia.

La cuidadosa preparación del sector de Bazurto

Fue intenso y arduo el trabajo que realizó el equipo conjunto de la alcaldía y las Empresas con la Armada Nacional, para cubrir el complejo de temas que era necesario definir teniendo en cuenta la experiencia de

Getsemaní y las nuevas condiciones de la ciudad y tratando de mantener la esencia del plan CEIMA.

Para la preparación de Bazurto y del traslado reestructuramos las comisiones de acuerdo con los temas asignados y teniendo en cuenta el estado de las obras entregadas por Civilco en 1975.



Bazurto en 1975. Foto de Jorge Delgado, Revista Diners, mayo de 1980.

Comenzamos por establecer dos grandes divisiones dentro del plan: por una parte Bazurto y el traslado del mercado y por otra, la central de abastos. La primera seguiría a cargo del equipo humano con el sistema de trabajo que venía desde comienzos de año. De la central de abastos, que se comenta más adelante, me encargaría directamente yo con la ayuda de Óscar Gómez, Francisco González y Eduardo Piñeres.

Una comisión se encargó de todo lo relacionado con la delimitación de áreas para la organización de la zona

de Bazurto con el área para el mercado propiamente dicho de acuerdo con el diseño de Lemaitre y Delgado, áreas fuera del mercado y en la zona aledaña, parte de ella en el Barrio Chino, para los comercios que no fueran de víveres y abarrotes y, en los lados opuestos de las avenidas Pedro Heredia y Crisanto Luque, áreas para comercios de productos que no son de compra habitual en el mercado con el propósito de evitar la necesidad del cruce de las vías a los compradores de Bazurto. La tesis fue que quien va al mercado para comprar víveres y abarrotes no aprovecha para comprar muebles o un automóvil o artículos que no son para la canasta familiar. Prohibidos los comercios “turísticos” que se concentran en el antiguo Teatro Granada y el pasaje Leclerc. Clara delimitación del barrio Martínez Martelo y de la parte que se conserva residencial del Barrio Chino.

Otra se ocupó de las medidas de protección para el barrio Martínez Martelo y del área del mercado con la creación, en el límite entre ambos, de una inspección especial de policía, lo que fue autorizado por el concejo municipal en acuerdo No. 11 del 14 de febrero de 1978. Al lado se construyó una guardería infantil para los hijos de los puesteros. Para el mercado se dispuso una valla perimetral por el límite del área, con tramos transparentes de malla eslabonada y tramos con muros para publicidad de ambos lados. Dentro de la valla, un espacio para parqueo de vehículos con vigilancia y control. En la valla se insertaron estratégicamente puertas de acceso y una gran puerta para vehículos de carga, en el área para entrada de productos.

Con otra comisión pusimos especial atención al delicado tema vial y de transporte. El sistema vial interno de Bazarto comenzaba por una entrada directa desde la Avenida Pedro de Heredia hacia la entrada general principal del mercado, para seguir por fuera de la valla y rodear todo el mercado incluyendo el tramo sobre la ciénaga de La Quinta, que posteriormente hizo parte de la avenida Jacob Delvalle popularmente conocida como “del Lago”, y empalmar con la transversal 23 que conectaba directamente con la avenida Crisanto Luque y era el límite entre el mercado y el barrio Martínez Martelo. Para los diseños se tuvieron en cuenta paraderos de buses, parqueaderos cerrados para taxis y vehículos de puesteros y compradores, estacionamiento en la plazoleta de descarga para los vehículos de transporte de productos y paraderos especiales para los buses intermunicipales.

Todas estas precauciones de carácter urbanístico y vial, quedaron plasmadas en decretos para poder trabajar en la organización y la consolidación del mercado en el sitio de Bazarto, como se muestra en el plano que se inserta, mientras se completaba el plan de desarrollo al que finalmente se incorporaron.



Plan de Desarrollo 1978-1990, área de influencia de Bazarto.

La comisión de vías y transporte estuvo coordinada por Eduardo Merlano y se conformó con el director de planeación municipal, Óscar Gómez Caycedo, el director de tránsito Fabio Rueda Gómez, el coronel Orlando Arévalo, los empresarios de transporte público Pedro Pereira y Cecilio Montero, y el ingeniero Noel Mena Córdoba. Con ellos se diseñaron rutas de buses directas de los diferentes barrios a Bazurto y rutas directas al centro unas sin parar en Bazurto y otras parando. Para ello hicimos múltiples pruebas en las que todos nos montábamos en buses para recorrer las posibles rutas. Los resultados del trabajo de esta comisión se plasmaron en los decretos que se hicieron efectivos el 26 de enero de 1978 para el traslado, el número 24 por el cual se modificó el sentido de tránsito en la ciudad y el número 25 con el nuevo sistema de rutas de transporte urbano.

La organización interna del edificio estuvo a cargo de una cuarta comisión con Orlando Arévalo, Celso Santís, el jefe de Organización y Métodos de las Empresas, varios presidentes de las diversas asociaciones de puesteros y comercios que existían y las trabajadoras sociales. La comisión respetó el proyecto original en cuanto a la distribución general de los puestos y las áreas de circulación y se basó en el proyecto original con una zonificación por tipo de productos como la del mercado de Getsemaní. Los puestos que había recomendad CEIMA, y que no les habían gustado a los puesteros, estaban armados con unos paralelepípedos prefabricados de concreto. Decidimos entonces reemplazarlos por puestos “a la cartagenera” con las características y forma de uso de los puestos y colmenas de Getsemaní.

Para lograrlo, autorizamos al gerente de las Empresas a adquirir a fines de septiembre los materiales necesarios. Se comisionó entonces al ingeniero Noel Mena Córdoba, el interventor de las obras de Bazurto desde enero de 1972, para viajar urgentemente a Bogotá a adquirir, en una reconocida ladrillera, 602.000 ladrillos tolete que costaron \$402.000.



*Interior de Bazurto.
Puestos con prefabricados de
CEIMA. Foto de Álvaro Delgado.*

*Estrenando Bazurto, el
mercado mas funcional del
mundo: revista Cromos
N° 3133 de 1 de febrero de
1978. Con los puestos "a la
cartagenera".*



Especial cuidado se puso en un nuevo reglamento de administración y operación que quedó a cargo de la quinta comisión coordinada por Luis Bustamante del Valle en la que participaron Julio Varela, Orlando Arévalo y Celso Santís con importante participación de las trabajadoras sociales, El reglamento, uno general para los mercados e individuales para Bazurto y los otros dos mercados, incluía la zonificación por especialidades para expendio, almacenamiento, cuartos fríos, el tamaño, las

especificaciones, la distribución y el uso de los puestos y colmenas, los horarios de funcionamiento para la administración, los puesteros y el público, las normas de seguridad y de aseo y el sistema de vigilancia y control.

Igual cuidado se dio al régimen de asignación de puestos, y los procedimientos para cesiones y traspasos, con una contratación basada en derecho de uso y tarifas según tipo y localización de los puestos y colmenas y con clara forma de pago. El reglamento incluyó un sistema sancionatorio por incumplimiento en los términos del contrato de uso y del reglamento, y por morosidad en los pagos de los derechos.

Con estas dos últimas comisiones, orientadas por los oficiales de la Armada Nacional y con la ayuda de oficiales de la policía, se diseñó un sistema especial de registro de los puesteros de Getsemaní según su especialidad, con sus preferencias en la zonificación de Bazurto. La asignación inicial del puesto sería exclusivamente por sorteo. Con el fin de incentivar el traslado y la participación en el sorteo, se ofreció no cobrar derecho de uso durante seis meses a los que se mudaran el primer día, con reducción de un mes por cada día que se atrasaran en la mudanza. El primer día se mudó el 40% los puestos de víveres y abarrotes. Al siguiente fin de semana se habían mudado todos.

Los demás comercios, comenzando por los más pequeños como los del Sindicato de Vendedores Ambulantes liderados por su presidente José Cabarcas, se fueron mudando a medida que quedaban listos los

locales que se habían diseñado en el exterior de la valla de cerramiento del mercado. Los que comerciaban en víveres y abarrotes tuvieron su cupo en puestos distribuidos ordenadamente en el gran espacio fuera del edificio pero dentro de la valla.

Otros, como los agrupados en la Unión de Pequeños Comerciantes dirigidos por Rafael León Pereira, presidente, y Santiago Osta, vicepresidente, y los mercaderes de coco y plátano que traían en goletas, fueron muy exigentes y pusieron muchos obstáculos para mudarse. Para ayudarlos a decidirse, comenzamos la demolición del pabellón principal de Getsemaní dejando en pie las paredes de los que aún permanecían. La noche del 18 de julio de 1978 cayó el último muro, el del lado de la bahía de las Ánimas.

El nombre de Bazurto

El nombre de Bazurto se le dio originalmente en la época republicana al caño que separa la isla de Manga de tierra firme y que en la colonia se conoció como caño de Gracia. Desde los años 1960, cuando el nombre de Bazurto pasó al terreno donde se construyó el nuevo mercado probablemente a raíz de la campaña de Panoptes en El Universal, el caño se denominó de la Quinta y, más recientemente, de las Quintas por un error del IGAC, el Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Según el historiador Donaldo Bossa Herazo en su Nomenclator Cartagenero, el nombre original era Basurto probablemente por el del propietario de un

terreno de la isla de Manga frente al gran playón sobre la ciénaga de La Quinta, donde quedó el mercado entre los barrios Chino y Martínez Martelo, que se conoció como de Gavalo y de Gabala por un ocupante también durante la colonia.



*Playón de Gavalo en 1964, construcciones en área de Bazurto entre los barrios Martínez Martelo y Chino, salvo el área cercana a la ciénaga de La Quinta.
Foto de Jiri Pitro M.*

El playón se formó, al igual que todos los de Cartagena, como terrenos de aluvión con material arrastrados por las lluvias a lo largo de siglos del suelo de La Popa y otras partes altas y, como deben haber sido todos, era un baldío que la nación que le cedió al municipio de Cartagena con base en la ley Tocaima, lo que permitió construir el barrio Martínez Martelo y el mercado de Bazurto, y también dio pie para las invasión que luego se convirtió en el barrio Chino.

En las Empresas se había decidido ponerle al nuevo mercado el nombre de su promotor y gestor Gustavo Lemaitre Román, que murió en mayo de 1970. A mi me pareció que por sus condiciones personales e intelectuales, por su sensibilidad para la cultura y el

arte, su nombre era más apropiado para una biblioteca o una edificación más relacionada con el cultivo del humanismo que para un mercado donde también se aporta al bienestar de la humanidad pero de una manera diferente. Consulté con su hijo Gustavo que prefería no cambiar el nombre y con el historiador Eduardo Lemaitre, su hermano, que estuvo totalmente de acuerdo conmigo. El mercado quedó con su nombre de Bazurto y con zeta como se había popularizado.

Las gestiones para la central de abastos

Para iniciar las gestiones de la central de abastos tuvimos que actualizar la información que contenía el plan CEIMA. Nos enteramos de que el gobierno nacional adelantaba un gran plan nacional de sistemas de abastos que manejaba el Departamento Nacional de Planeación. Hice contacto con el doctor Álvaro Silva, a quien le explicamos el plan y las aspiraciones de Cartagena.

En un proceso que duró muchos días y múltiples comunicaciones telefónicas me explicó que el gobierno ya había adoptado un plan con grandes centrales regionales y que para la costa atlántica, (que aún no se conocía como región Caribe), la central quedaría en Barranquilla.

De nada valieron mis argumentos de que igual podría quedar en Cartagena donde teníamos la ventaja de los suministros por mar y el fácil acceso al río Magdalena por el Canal del Dique y habíamos tenido la iniciativa

de organizar una central de abastos que era parte importante del plan de traslado del mercado que llevaba varios años de estar adelantándose y contábamos con los estudios y el plan de CEIMA.

La única solución que me daba Silva era organizar una central de suministros para el área de influencia inmediata de Cartagena y que a la larga dependería de la central de Barranquilla. Además, me dio una serie de indicaciones sobre lo que debía constituir una central de abastos o de suministros cuya diferencia era el radio de acción que en la central de Barranquilla era todo el país para el acopio de productos y la región para los abastos.

Llegamos a una especie de transacción teniendo en cuenta la demora que podía tomar la central de Barranquilla. Me ofreció respaldo del DNP con algunas condiciones y advertencias. Las centrales de abasto no son organizaciones oficiales. Son el resultado de asociaciones del sector público y privado.

No son simples centros comerciales de mayorista. Deben contar con cadenas comerciales desde los productores hasta los mayoristas con facilidades de transporte y sistema de frío para los productos perecederos. Las centrales de abasto deben garantizar la libre competencia a suministradores y la venta de productos a cualquier minorista y a grandes compradores. El control de precios debe producirse por la libre competencia de mercado para evitar controles oficiales de precios, fuente de corrupción.

Deben localizarse con fácil acceso desde las vías nacionales y en áreas alejadas del perímetro urbano pero se debe prever que tarde o temprano generará desarrollo urbano aledaño. Por sus características, no deberían ser para compradores sin carro y de pocas cantidades. Para estos se pueden complementar con un mercado minorista cercano.

La tarea no era fácil pero logramos interesar gremios, mayoristas y supermercados en crear una Promotora para la Construcción de la Central de Abastos de Cartagena. Se registraron Eduardo Ferrer González y Jorge Ochoa Covo de ANDI, Freddy López Vergara de Fenalco, Edgardo de la Cruz de Acopi, Jorge Vélez Pareja de Fundecar, Ricardo Martínez del Sipur, Javier Porto Lagonterie de Frigocosta, Víctor Nates de Supermercados Nates, Florencio Mercado de Supertienda Olímpica, Manuel Rodríguez de Supermercado Carulla. Alcanzaron a firmar un acta de intención el 28 de julio de 1978 Eduardo Ferrer, Javier Porto, Víctor Nates, Florencio Mercado, Ricardo Martínez, Edgardo de la Cruz y el alcalde, José Henrique Rizo Pombo.

Modus operandi para el traslado

En reuniones en mi despacho con Óscar Gómez, el gerente, los directores y el secretario general de las Empresas, el coronel Orlando Arévalo y los comandantes de la Fuerza Naval del Atlántico, FNA, y de la Policía, adoptamos un sistema de comunicación, de transmisión de órdenes e información y de controlar

el avance del proceso en estrecha coordinación con el que se llevaba en las reuniones generales de los miércoles.

Con base en eso, se elaboró un plan que se plasmó en lo que, en términos castrenses, se denomina una directiva general que era la guía sobre qué hacer y como hacerlo con identificación de los responsables de cada actividad. Con base en este plan general, se elaboraban directivas para cada día.

El comandante de la FNA designó dos oficiales de enlace, el Capitán de Fragata Pablo Galindo y el Teniente de Navío José Urrego. Ambos se presentaban diariamente a las siete de la mañana a la alcaldía, me informaban de los avances e incidencias del día anterior y procedíamos a revisar y actualizar la directiva del día y, si era del caso, introducíamos ajustes o adiciones con los que actualizábamos la directiva general para el traslado que elaboramos durante las primeras reuniones en mi despacho.

En las reuniones generales de los miércoles a las tres de la tarde en las Empresas, a las que seguí asistiendo, hacíamos seguimiento del cumplimiento de las directivas con todas las comisiones y se adoptaban los grandes ajustes y modificaciones a la directiva general.

La necesidad del plan de desarrollo

Todos esos cambios y las implicaciones que tenía el concentrar en Bazaruto la actividad del mercado, pusieron de bulto la conveniencia de reglamentar el área así como

la de Getsemaní, directamente afectadas por el traslado del mercado, y también preparar la ciudad para las nuevas situaciones que se iban a presentar. Esta evidencia se sumaba a la necesidad que había encontrado cuando había ejercido la dirección técnica de las Empresas de contar con una guía sobre la expansión de la ciudad para poder planear y programar los ensanches de los servicios que la población pedía a diario.

El plan regulador que había elaborado en 1948 el arquitecto planificador José María González Concha por contrato con el departamento de Bolívar, había sido rebasado por el crecimiento de la ciudad, que fue mayor que el previsto.. En 1965, la Corporación Nacional de Turismo, CNT, preparó con la firma consultora Arthur D. Little de Estados Unidos, un plan que fue más bien orientado al desarrollo turístico. En 1974 el alcalde León Trujillo Vélez había contratado la calificada firma consultora Compañía de Estudios Urbanos para actualizar y completar el plan de 1965, pero no se alcanzó a adelantar significativamente por dificultades en los pagos a los contratistas debido a los cambios de alcaldes y de directores de planeación del municipio.

Logramos que de este último trabajo se nos entregara en octubre el material informativo que se había compilado y estaba almacenado en las oficinas de la CNT. Según cálculos con Óscar Gómez, que había conocido el trabajo adelantado por los contratistas, y los de sus colaboradores de planeación, con la información que debía contener el material podrían bastar unos cuatro meses para completar la actualización del plan de desarrollo.

Una opción para lograrlo era intentar actualizar el contrato de los consultores pero habría que negociarlo con ellos y subsistía el problema económico. Consultamos con un común amigo, el arquitecto planificador Alberto Fullea Fontalvo que en esos momentos estaba dirigiendo el SIPUR o Sipur, el Sistema Integrado de Planeación Urbana y Regional de la costa Caribe y que había conocido el trabajo de la CNT.

Convinimos en que podríamos formular el plan en cuatro meses y con un gran ahorro económico si lo acometíamos directamente y con amplia participación comunitaria con lo que sentaríamos un precedente en Colombia contando para ello con las buenas relaciones con el concejo, las experiencias positivas de colaboración que habíamos recibido de los cartageneros y el apoyo que nos ofreció Fullea para contratar a través del SIPUR los especialistas que se necesitaran.

Decidimos entonces solicitar al concejo que diera facultades extraordinarias al alcalde para formular directamente el plan de desarrollo de Cartagena con atribuciones suficientes para realizar los contratos que fueren necesarios. Así lo solicité en la instalación de las sesiones de noviembre del concejo y les expliqué durante el almuerzo que posteriormente ofrecí en el Club Naval.

El aguinaldo del Concejo

El 26 de diciembre se me presenta para sanción el acuerdo aprobado por el Honorable Concejo Municipal que otorgaba facultades extraordinarias al alcalde

para formular el plan de desarrollo de Cartagena. En noviembre habían alcanzado a aprobarlo en segundo debate, pero faltaba definir el *modus operandi* para la formulación del plan de manera que el concejo tuviera más participación en el proceso.

Cité entonces a reuniones extraordinarias para diciembre y el día ocho ofrecí un almuerzo, también en mi casa de Turbaco al que me acompañó Óscar Gómez. Asistieron el presidente del concejo Raúl Guerrero Porras, el vicepresidente Yamil Guerra, y los líderes de ambos partidos Joaquín Franco Burgos, Víctor Camacho, Carlos Facio Lince, Fernando Marrugo, Olegario Barbosa, Javier Caballero y Ricardo Miranda.

En la reunión convinimos un *modus operandi* con los siguientes pasos. La oficina de Planeación elaboraría una lista de los múltiples temas por tratar. A cada uno de esos temas se le nombraría un monitor y se abrirían a debate público y, al final, una reunión colectiva de conclusiones. El monitor organizaría las conclusiones y con el visto bueno del director de Planeación se redactaría un proyecto de decreto para ser sometido a aprobación de la Junta Municipal de Planeación en la que tenían asiento varios concejales. El proyecto aprobado sería sancionado por el alcalde, para vigencia inmediata. De esta manera se preveían y se atendían en seguida los aspectos más relevantes mientras avanzaban los procesos del mercado y el centro de convenciones, pero al mismo tiempo se compilaría los decretos para incorporarlos al plan de desarrollo.

Mi gran ayuda para el éxito en la invitación y la aprobación del acuerdo, el número 32 del 26 de diciembre de 1977, fue Joaquín Franco Burgos, el Mono Franco, ese gran cartagenero que con su lema “Hechos y no palabras” vivió en función de servirle a su ciudad durante su larga vida política y como congresista y concejal, y consiguió importantes obras que son un testimonio perenne de su capacidad de convocatoria y de gestión.

La formulación del plan de desarrollo y la ampliación de las facultades

Para comenzar la tarea esbozada con el Concejo durante el almuerzo, realicé en los primeros días de enero una amplia convocatoria de entidades y funcionarios públicos y privados tanto nacionales como locales. La respuesta fue extraordinaria. Logramos asignar labores específicas y responsabilidades sobre los múltiples temas a 65 profesionales aportados por 35 entidades oficiales y privadas. Fue de gran ayuda para Óscar Gómez y para mí Alberto Fullea al frente del SIPUR para organizarlos locativa y operativamente y contratar a los especialistas que faltaran. No fueron muchos. De esta manera, el costo total del plan fue mucho menor. Un especialista muy importante fue un experto en tránsito de Cali donde, con campaña liderada por la Cámara de Comercio de esa ciudad, se logró transformar el transporte colectivo y disciplinar a los conductores de buses a respetar las paradas y al público a hacer cola.

Pero cuando Gómez y Fullea, con la gente de planeación y los monitores de los diferentes temas, examinaron

en detalle el material recibido de los consultores contratados en 1974, se dieron cuenta de que el avance había sido menos del esperado, y estimaron que, contando con el gran equipo de trabajo que ya teníamos, sólo se necesitarían dos meses más. Con base en esta conclusión solicité entonces la ampliación de las facultades extraordinarias. Una vez más, el concejo, consciente de la importancia de poder completar el plan, dio rápida aprobación a la solicitud.

El 14 de febrero recibí el nuevo acuerdo, el número 9 de ese año, que amplió las facultades hasta el 26 de julio. Recibí también el Acuerdo número 11 que crea la Inspección de Policía de Bazarzo, una medida que habíamos propuesto como necesaria para preservar el orden en el sector y que demostró ser muy útil.

Se trabajó muy intensamente siguiendo el procedimiento que habíamos convenido con el concejo. Cada semana se realizaba un taller abierto al público para discutir los diferentes temas. Fue una gran experiencia percibir el interés de los numerosos asistentes cuyas intervenciones y propuestas se anotaban y era ordenadas por el personal de Planeación bajo la dirección de Óscar Gómez, con las que luego se redactaban los textos que se presentaban para discusión y ajuste y aprobación de la Junta de Planeación. Las reuniones con la Junta se realizaban casi todas las semanas y usualmente duraban desde las 3 de la tarde hasta altas horas de la noche. En los seis meses transcurridos entre enero y julio, la Junta realizó 19 reuniones, más que todas las que había realizado desde que había sido conformada hacía varios años.

Con base en el acuerdo 32 de 1977 dicté el 20 de enero, dos días antes del traslado, el decreto No. 19 de 1978 que ordenaba el cierre del mercado público y daba autorización a los negocios que no eran de víveres ni abarrotes para permanecer en Getsemaní hasta marzo mientras se mudaban para Bazurto u otros sitios apropiados. El jueves 26 salieron los decretos 24 y 25 sobre modificación del sentido del tránsito en la ciudad y el nuevo sistema de rutas de transporte urbano y, el 9 de febrero, el decreto 46 que reglamentó los comercios que quedarán en Getsemaní que se complementó con el decreto 113 del 26 de abril con normas urbanas para Getsemaní, ya sin el mercado. El 16 de febrero, con el decreto 53 se reglamentaron las venta ambulantes lo que permitió despejar totalmente las vías y las áreas públicas del centro y la Matuna, incluyendo el parque del Centenario. Todas las medidas anteriores, y muchas otras que hubo necesidad de producir mientras se completaba el plan de desarrollo, fueron incorporadas al cuerpo del plan.



El 10 de agosto, y ante unos 300 cartageneros presenté personalmente, en compañía de Óscar Gómez, Alberto Fullada, los funcionarios de Planeación y un buen número de los profesionales del equipo de trabajo, el Plan de Desarrollo del Municipio de Cartagena 1978-1990, en el salón Martínez Martelo de la alcaldía. El Plan, contenido en el decreto 184 de ese año con 1785 artículos y plan de inversiones con profusión de planos, incluía, además, el más completo código de construcción preparado por una comisión de ingenieros dirigida por Rafael Ricaurte Herrera y, por primera vez en el país, un reglamento de instalaciones eléctricas, de gas y de ascensores y transporte vertical, y un código de aseo urbano elaborado por ingenieros de las Empresas Públicas con la coordinación de Haroldo Fortich y el gran aporte de la Oficina Panamericana de la Salud, OPS, y su experto el ingeniero peruano Guido Acurio y en el cual participé activamente.



Presentación del plan. De pie, Raúl Guerrero Porras, presidente del Concejo. Sentados, Alcalde, Rafael Ricaurte Herrera, Alberto Fullada, oyendo la explicación de Óscar Gómez Caycedo. Foto de Álvaro Delgado.

El plan con los códigos fue editado en cuatro volúmenes gracias a generosa contribución de Araújo y Segovia por decisión de Alberto Araújo y Ricardo Segovia. La edición se realizó en Talleres Mogollón dirigida por Antonio Sanfeliú.

Cuando el plan se aprobó, a fines de julio de 1978 se había previsto que el centro de convenciones quedaría dentro de las cinco hectáreas de los terrenos que habían sido del mercado pero sin las precisiones que comenzaron a definirse con el cierre del concurso arquitectónico que fue cinco meses más tarde y se concretaron con los diseños definitivos un año después. El plan era adecuar el barrio para interactuar apropiadamente con el centro de convenciones manteniendo su condición tradicional.

Para eso se previó propiciar usos y actividades turísticos en el área del mercado y el sector del Arsenal para concentrar la actividad comercial en las calles Larga y Media Luna y vías perimetrales del barrio y revitalizar su interior de barrio para uso residencial. El uso turístico del Arsenal se inició con la construcción del Centro de Convenciones pero no se ha mantenido en cierta forma por el impedimento del acceso a la bahía debido al cerramiento, por razones de seguridad, del área destinada al parqueadero. Sería deseable que, con la transformación espontánea que se ha producido en el barrio con la proliferación de hoteles y sitios de esparcimiento de variado tamaño, estilos y calidades se beneficie el barrio sin perder su amable estilo tradicional residencial.

El coctel de la ANDI

Desde julio, aún antes de promulgado el decreto 1743, se había promovido con la Asociación Bancaria que participara en la Asociación Promotora del Centro Internacional, por ser entidad privada y porque realizaba sus asambleas anuales en Cartagena. Eduardo Arias nos respondió que los miembros de la entidad tenían recursos pero la asociación no, y ofreció programar reuniones futuras en el Centro de Convenciones.

Mediante intensas gestiones se logró interesar a importantes entidades públicas y privadas que se mencionan en el acta de constitución de la asociación, como se verá más adelante, pero faltaba algo fundamental: suscribir y protocolizar el documento, y estaba volviéndose difícil definir la fecha y el sitio para llevarlo a cabo.

A fines de octubre realizó la ANDI su asamblea anual, como siempre en Cartagena, y el 28 la clausuró con un coctel en el Club Naval al que asistió el presidente López para imponerle la Medalla al Mérito Industrial a Enrique Zurek, gerente de Indufrial.

Aproveché la ocasión para contarle cómo iban los avances para el Centro de Convenciones y el traslado del mercado y pedirle que fijara fecha para suscribir el acta de constitución de la Asociación en Cartagena. Escogió el 21 de diciembre y me prometió que estaría presente.

La constitución de la Asociación Promotora en Bazaruto

Exactamente un mes y un día antes del traslado, a las cinco de la tarde del 21 de diciembre de 1977, se realizó en el vestíbulo del mercado de Bazaruto la firma del acta de constitución de la Asociación Promotora del Centro Internacional de Cartagena, también conocida por la sigla APCIC.



Entran a Bazaruto el presidente Alfonso López Michelsen y el gobernador de Bolívar Haroldo Calvo Núñez, en compañía de doña Cecilia Caballero de López y doña Amelia de Calvo. Foto de Álvaro Delgado.



Mesa de honor con Diego Moreno Jaramillo, ministro de Desarrollo Económico, Haroldo Calvo Núñez, gobernador de Bolívar, Alfonso López Michelsen, presidente de la república, doña Cecilia de López, Alfredo Araújo Grau, ministro de Gobierno, el alcalde de Cartagena y Rafael Gama Quijano, director de Proexpo. Foto de Álvaro Delgado.

El acta fue suscrita “en presencia del señor Presidente de la República, doctor Alfonso López Michelsen, del señor Ministro de Desarrollo Económico, doctor Diego Moreno Jaramillo, del señor Gobernador del Departamento de Bolívar, doctor Haroldo Calvo Núñez y del señor Alcalde de la ciudad, doctor José Henrique Rizo Pombo”, que firmaron como testigos de excepción.

La suscribieron por Germán Botero de los Ríos, como gerente del Banco de la República y representante legal del Fondo de Promoción de Exportaciones, Proexpo; Rafael Gama Quijano, Director General de Proexpo; Raymundo Angulo Pizarro, Gerente de la Corporación Nacional de Turismo; Carlos Mario Londoño Mejía, Gerente de la Corporación Financiera Popular; Eduardo Piñeres Vergara, Gerente de las Empresas Públicas

Municipales de Cartagena; Álvaro Cala Hederich, primer suplente del presidente de Avianca, y Germán Gómez Pombo, en representación de Álvaro Jaramillo Vengoechea, presidente de la Corporación Financiera del Norte. Poco después, la firmó el doctor Ernesto Samper Pizano, presidente de ANIF, que no pudo estar presente el 21 en Bazaruto. En ese mismo acto se designó Secretario *ad hoc* a Guillermo Arévalo Amador y se definió la junta directiva con seis principales y suplentes personales.

La primera junta quedó conformada por los miembros principales Diego Moreno Jaramillo, Rafael Gama Quijano, Raymundo Angulo Pizarro, Luis Bustamante del Valle, Carlos Mario Londoño del sector oficial y del sector privado, Ernesto Samper Pizano. Los suplentes fueron Rafael Espinosa Gray, Gilberto Ramírez, Josefina Delvalle, Eduardo Merlano Domínguez; Mario Betancourt y Álvaro Jaramillo Vengoechea. Como revisor fiscal se nombró a Carlos J. Galindo.

Quise organizar el acto en el vestíbulo de un edificio que jamás volvería a verse igual, recién pintado, limpio y listo para recibir el mercado, para demostrar como la constancia y la fuerza de la convicción lograban convertir en realidad algo que había sido una idea, y como un homenaje de agradecimiento para el presidente Alfonso López que desde un comienzo creyó en mi propuesta y confió sin dudas en que lograría mis propósitos: trasladar el mercado y conseguir el Centro de Convenciones.



*Firman como testigos de excepción el presidente López y el alcalde con la atenta mirada de doña Cecilia de López y Rafael Gama.
Fotos de Álvaro Delgado.*



Firma del ministro de Desarrollo en presencia de Germán Botero de los Ríos, gerente del Banco de la República, el gobernador Calvo Núñez y el presidente López.

Así lo dije en las cortas palabras que pronuncié después de la firma del documento. Luego habló Rafael Gama para reiterar el interés de Proexpo y agradecer el apoyo del presidente López y del ministro Moreno Jaramillo.

Eran ya casi las seis de la tarde y la luz del ocaso pintaba de dorado el blanco convento de La Popa. El presidente López se pone de pie, alza los ojos hacia La Popa y desde la mesa de honor improvisa un emotivo discurso que se inspira en el verso del gran poeta Guillermo Valencia, “hay un instante del crepúsculo en que las cosas brillan más...”. y cuyo texto, transcrito en el periódico el Nuevo Siglo con el título de Hemos Cumplido, es el siguiente:

Hemos Cumplido

“Algunos de los que me escuchan, tal vez muy pocos, recordarán un hermoso verso del poeta Guillermo Valencia que nos enseñaban en la escuela como un ejemplo de la poesía castellana. Es aquel verso que dice: ‘hay un instante del crepúsculo en que las cosas brillan más’.

Es una verdad de la naturaleza que se pone de manifiesto en meses como este, en la ciudad de Cartagena, cuando todas los monumentos históricos y la misma naturaleza brillan con especial resplandor a la hora del crepúsculo. Pero también, y no en sentido figurado tratándose de los gobiernos que hacen obras sólidas, sí que pudiera decirse que hay un momento del crepúsculo en que las cosas brillan más.

Yo digo que en las palabras pronunciadas, tanto por el señor Alcalde de Cartagena como por el señor director de Proexpo, no hay cifras insignificantes ni cifras fáciles de olvidar: aquellas que señalan en el crepúsculo de su administración como este Gobierno no se redujo a realizar la tarea de relumbrón, a iluminar con luces de mercurio ciertas avenidas, a pavimentar calzadas, obras todas muy meritorias y que embellecen a muchas ciudades, sino que fuimos a cosas tan hondas como la promoción de exportaciones, el robustecimiento de Proexpo.

En cuanto a obras sociales, difícilmente existe en todo el territorio nacional algo comparable al reacondicionamiento de la Zona Suroriental de Cartagena. Es una inversión vecina a los 500 millones de pesos, que va a redimir la zona más tugurial del país. Como la obra de Chambacú, modificaron, en su tiempo, totalmente, y seguirán modificando con las inversiones del Instituto de Crédito Territorial, todo el paisaje y el ambiente de Cartagena.

Se dice que a veces manifiesto una preferencia por determinadas regiones del país, concretamente por la Costa Atlántica. Ello no es así. El afecto no me hace perder la cabeza. Si hoy estamos firmando el contrato por medio del cual, con el concurso del sector privado, el Gobierno proyecta el más grande centro de exposición de la industria nacional y un auditorio capaz de albergar al Banco Interamericano de Desarrollo, que escogió como sede a Cartagena precisamente en razón de esta promesa, yo me digo para mis adentros que hace

apenas dos semanas hicimos en Buenaventura una ceremonia semejante, por medio de la cual aspiramos a que esa ventana colombiana sobre el Pacífico, con una inversión de 3 mil millones de pesos, sea digna exponente de la pujanza, de la riqueza, del desarrollo de nuestra nacionalidad, como lo es Cartagena.

Quiero rendir aquí especial testimonio de admiración y de gratitud a todos aquellos que han participado en este ambicioso proyecto del auditorio en el muelle de los Pegasos, sobre el cual yo mismo me mostraba escéptico la primera vez que José Enrique Rizo me habló de pedir como sede de la reunión del Banco Interamericano de Desarrollo, la ciudad de Cartagena.

Me asaltaban las dudas tradicionales en nuestra mentalidad colombiana: no vamos a tener tiempo, no vamos a tener recursos, vamos a pedirlo cuando probablemente ya otros países estén en turno. Pero con esa voluntad callada y discreta que ustedes le conocen al señor Alcalde, vino un día y me dijo que había conseguido para Colombia la sede de la reunión del Banco Interamericano y que no sólo íbamos a hacer la sala de conferencias, sino a capacitar a la ciudad en todos sus aspectos para que recobrará este carácter de ciudad, centro de gravedad de la América Latina, que se había ido perdiendo en el curso de los años.

Para, quien entonces era gerente de las Empresas Públicas Municipales y hoy es Alcalde, va mi testimonio de reconocimiento tanto como para los colaboradores que han permitido la realización de todas estas obras.

Ellas demuestran, entre otras cosas, algo que yo repetía constantemente en el curso de mis campañas: que en los costeños se podía confiar.

La capacidad administrativa, la capacidad laboral de los cartageneros, unos como diseñadores y otros como obreros, con que se construyeron estos monumentos que todavía son la admiración y el estupor del mundo, no han desaparecido. Los cartageneros de 1977 son capaces de hacer obras como la Zona Franca de Cartagena, como este auditorio que se proyecta, como estos desarrollos que vemos por toda la ciudad que parecía dormida y aletargada y que demuestran que, por igual la clase dirigente y la clase trabajadora de Cartagena, sigue siendo la misma que asombró al mundo.”

No alcanzaba a terminar el doctor López, cuando Carmencita, que estaba sentada entre los invitados especiales, saltó y, por encima de la mesa, le estampa un sonoro beso. Ambos se sonrojaron entre un atronador aplauso. Así lo recordó el presidente López en un párrafo de una de sus cartas: *“Alcancé a darle a conocer a María Carmenza el simpático texto, con el recuerdo de aquellas jornadas inolvidables. Leí también, en El Universal, el escrito de José Enrique, que me trajo a la memoria muchos recuerdos. Entre otros, el beso en público, que en aquellas épocas no se practicaba ni en público ni en privado”*. María Carmenza Arenas era consejera de la presidencia y había sido gobernadora de Norte de Santander.

Otro almuerzo por el Centro de Convenciones

Al día siguiente, 22 de diciembre, nuevamente en mi casa de Turbaco, pero esta vez compartidos los gastos con Ramón del Castillo y Augusto Pombo, que quisieron participar en la atención al presidente así como al gobernador Calvo Núñez, festejamos la suscripción del acta de constitución de la APCIC.

Los invitados eran los mismos del almuerzo de julio pero adicionados con los que habían participado en el acto de la tarde anterior. Una vez más, el presidente y la niña Ceci tuvieron su helipuerto improvisado en El Balcón.

Aproveché un momento de esa tarde para agradecerle al presidente López su gran apoyo y sus bella palabras en Bazurto pero, sobre todo, su inmensa confianza teniendo en cuenta que el mercado aún estaba en Getsemaní.

Mientras hablábamos, se me acerca Carmencita preocupada porque no veía a varios de los invitados, entre ellos, los ministros. Nos extrañó que no se hubieran despedido. Los encontramos todos apeñuscados sobre las camas de mis hijos frente al televisor que habíamos escondido en su cuarto con otros muebles para despejar el resto de la casa. Era la final de la copa de fútbol de 1977, entre el Junior, que quedó campeón, y el Deportivo Cali.



La niña Ceci, acompañada del almirante José Alfonso Díaz, Jaime Trucco Lemaitre, almirante Rafael Grau Araújo, Stefano Leonardo, el alcalde, Javier Martínez Ibarra, capitán de navío Guillermo Uribe Peláez, Alfredo Mogollón Zubiria, capitán de navío Hernando Salas, Rafael Espinosa Grey.

Se acaba 1977 pero sigue el propósito

El 27 de diciembre organicé el almuerzo de despedida de año de la junta directiva, esta vez en el salón de juntas de las Empresas. Durante el almuerzo reiteramos el propósito de realizar el traslado. Yo había accedido a posponerlo para el seis de enero ante las súplicas de los vendedores del mercado de no realizarlo el tres de diciembre, última fecha prevista, para no dañarles las ventas de navidad.

La noche de año nuevo la pasé con mi familia en isla Pirata y en compañía del doctor López y la niña Ceci, invitados por Ramón del Castillo y Mayito, como ya era tradición desde 1970, cuando me mudé con mi familia a la casa de Turbaco. Esta vez, y desde que era presidente,

el doctor López se alojó en la casa que, con diseño del arquitecto cartagenero Hernán Piñeres de la Espriella se había construido especialmente para la presidencia en la isla de la Marina.

Aproveché para agradecerle de corazón su apoyo y la confianza que había depositado en mí hasta el punto de haber suscrito el acta de constitución de APCIC en Bazurto con plena conciencia de que, si no se trasladaba, tanto él como yo quedaríamos muy mal ante la opinión pública.

Le informé plenamente de todas las gestiones realizadas, las decisiones tomadas y las ayudas recibidas, en especial de la Armada, y le aseguré que por encima de mi cabeza haría el traslado en enero, aún a sabiendas de que estaríamos en finales de la campaña electoral para elegir, sólo un mes después, el 26 de febrero, todos los cuerpos colegiados: Senado, Cámara, Asambleas y Concejos.

Una carta amenazante y una visita tranquilizante

El primero de enero de 1978 tuve que venirme madrugado de las islas a Cartagena para inaugurar las sesiones del concejo. Logré hacerlo con un discurso improvisado y sobreponiéndome a los efectos de la celebración de año nuevo, agradeciéndoles una vez más las autorizaciones para el plan de desarrollo así como su apoyo, y haciendo énfasis en la importancia de su colaboración individual y como cuerpo, para el éxito en el traslado del mercado y las gestiones que fueran necesarias para el centro de convenciones.

Al día siguiente, lo primero que encuentro en mi despacho es una carta suscrita por los presidentes de todas las confederaciones sindicales nacionales. Me conminaban a no realizar el traslado del mercado contra la voluntad de los puesteros y vendedores, y amenazaban con un paro nacional si lo hacía.

En el momento en que termino de leerla, me anuncian la visita de la Consejera Presidencial, María Carmenza Arenas. En el instante en que entra, volteo la carta y me apresto a saludarla. Venía comisionada expresamente por el presidente para averiguar como iban las cosas para el traslado del mercado y, en especial, si no había riesgos de que se alterara el orden público.

Yo tenía conciencia del gran paro laboral del 11 de septiembre anterior, pero tampoco me quería arriesgar a una negativa o a tener que posponer el traslado. Con toda tranquilidad le dije a María Carmenza que todo iba bien y la invité a cerciorarse por sus propios ojos. Guardé la carta en un cajón y nos fuimos a pie hasta el mercado. Lo recorrimos por fuera y por dentro. Pudo observar el apeñuscamiento de los puestos y los vendedores callejeros y el desorden de los puestos internos, pero también apreciar el abigarrado atractivo del mercado y, sobre todo, la alegre jovialidad general con que nos recibían.

Se fue convencida de poder darle un parte positivo al presidente. Y así fue, durante el traslado no hubo el menor problema.

Ni un rasguño

Casualmente ese fin de año estuvo en las islas con su familia el ministro de Obras Públicas de los cuatro años del presidente López, Humberto Salcedo Collantes. Con él tuvimos varias oportunidades de hablar sobre el canal del Dique y el estudio del ensanche que se adelantaba en esos momentos, sobre el futuro del puerto con el plan de desarrollo de Cartagena que íbamos a formular para el que coincidimos en que el terminal debía salir de Manga hacia Mamonal, sobre el estudio del grupo NACO de consultores holandeses para la relocalización del aeropuerto y sobre la nueva vía por el mar que ya comenzaba desde Barranquilla hacia Cartagena. Cuando le pregunté hasta donde llegaría lo contratado me contestó con su acostumbrada sorna y en son de chanza, hasta mi finca, pero me prometió que pronto comenzarían las gestiones para el tramo inicial desde Cartagena, como en efecto ocurrió.

Un tema de discusión con Salcedo Collantes fue el traslado del mercado. El argüía que antes del cambio de gobierno trasladaría el de Barranquilla, para sanear el sector de Barranquillita y el vecino caño de la Ahuyama y no me creía que en Cartagena estábamos a punto de hacerlo o sería con serios problemas. Hicimos una amistosa apuesta. El lunes 30 de enero, cuando sólo quedaban en el mercado público los que no vendían víveres ni abarrotes, me di el gusto de enviarle un marconigrama que decía: Mercado trasladado con música ni un rasguño. Nunca me lo contestó.

Y a propósito de música, por esos días comentó en su habitual columna deportiva de El Espectador el médico Fidel Mendoza Carrasquilla, que yo me había ganado la alcaldía y el respaldo del presidente López en las islas con una guitarra al hombro.

Un día difícil

El lunes 2 de enero me piden del comando de la Fuerza Naval del Atlántico una reunión sobre el traslado del mercado. La cito para el día siguiente a las 7:30 de la mañana en el salón de juntas de las Empresas con los coordinadores de todas las comisiones. Después del saludo y de explicar el origen de la reunión, me pide la palabra el Capitán de Navío Hernando Salas, comandante encargado de la Fuerza Naval del Atlántico durante las vacaciones del titular, el Contralmirante Guillermo Uribe.

Informa que el día anterior había ordenado una inspección de Bazurto y llegado a la conclusión de que el traslado no podía realizarse el día seis. Pregunto los motivos y dice que falta una gran cantidad de detalles. Aduzco que todos son fáciles de solucionar y que el traslado debe realizarse como se había previsto.

El comandante se pone en pie y dice que el mercado no se puede trasladar sino con todo debidamente terminado. Que de otra manera, la Armada Nacional no se hace responsable del traslado. De inmediato me pongo también de pie y con un fuerte palmetazo en la mesa le replico, ¡Comandante, la Armada

queda relegada de la responsabilidad! Y agrego con un golpe en el pecho, ¡La responsabilidad la asumo yo!

Intervino Eduardo Piñeres para calmar los ánimos y propuso que dirimiéramos el asunto con el gobernador. Ambos aceptamos y lo llamó para explicarle. Nos dio cita para esa tarde a las dos en punto.

A esa hora estuvimos todos. El gobernador nos explicó la ausencia de Eduardo Piñeres. Lo había comisionado para que rindiera un informe sobre la verdadera situación. A los pocos minutos anuncia la secretaria la llegada de Piñeres. Me apresuro a abrirle personalmente la puerta y me asomo para recibirlo dispuesto a decirle que si el informe era negativo lo destituiría. Me hizo una seña tranquilizante y le di paso. Ya en la mesa de la reunión informó que faltaban las bisagras en algunas puertas de las colmenas y los candados de las puertas principales del mercado, además, había un buen número de detalles de albañilería y en las instalaciones eléctricas, pero que todos eran fácil y rápidamente solucionables.

El gobernador propuso que diéramos unos días para tener la seguridad de que todos los detalles se corregirían. Yo hice ver los riesgos de acercarnos a la fecha de las elecciones y pedí que fuera cuando ya estuviera de regreso el Contralmirante Uribe Peláez. Convinimos en fijar la nueva fecha para el domingo 22 de enero a las siete de la mañana.

Un tropezón por un pañuelo

El cinco de enero tuve un tropezón taurino que hubiera podido generar un grave problema para el traslado del mercado.

Como alcalde de Cartagena me tocó vivir la grata e interesante pero a la vez estresante experiencia de ser presidente de las corridas de toros. Las de 1978 se programaron entre el 3 y el 8 de enero en la nueva plaza “Cartagena de Indias” que se inauguró en 1974 y se debe al empeño de Joaquín Franco Burgos que atendió la solicitud del taurófilo Roberto Arrázola Juliao como Secretario General del alcalde Juan C. Arango, según relato en “Cartagena Taurina 20 años” de Alberto Borda Martelo y Armando González Crismatt.

Mis dos excelentes asesores de presidencia fueron Jaime de la Vega Gerlein y mi amigo de infancia Alfonso Martínez Pareja, dos grandes conocedores de la fiesta taurina que insistieron en acompañarme al tiempo por lo que tuve unos asesores “al alimón” como lo comentó, lógicamente en términos de toros, otro gran profesional y experto taurino, Licho Sebá, el médico Luis Carlos Sebá Obregón. A veces no coincidían en el reconocimiento de trofeos lo que para mí se convertía en un dilema difícil. Decidí atenderlos alternativamente cuando discrepaban.

En la novillada del día anterior encontré difícil el manejo de los finos pañuelos de diferentes colores con que, de acuerdo con el estricto reglamento taurino, se deben dar las órdenes. Eran de seda pesada, se resbalaban con

facilidad y difíciles de mantener en orden en la mesita dispuesta en el balcón. Mandé ponerles unas pequeñas argollas para ensartarlos en una cuerda que se fijó en el borde interior de la baranda del balcón para mantenerlos organizados y a la mano, y siempre disponibles y a prueba de caídas dentro o fuera del balcón. El primero era el blanco, que es el más usado,

El cartel del cinco eran Palomo Linares, José Mari Manzanares y el colombiano Jairo Antonio Castro. Con mucho orgullo les mostré durante el paseillo los pañuelos ensartados a Jaime y Alfonso, que no pusieron objeción pero me hicieron ver que el sistema no era muy ortodoxo y no le gustaría al inspector de plaza que era nada menos que el insigne modelo de rectitud, el jurisconsulto, catedrático y cronista taurino, el doctor Augusto Tinoco Pérez.

Me arriesgué. La corrida y los pañuelos funcionaban sin tropiezos. Alcanzamos a concederle, con el pañuelo blanco, una oreja del segundo toro a Palomo Linares que comenzó la vuelta al ruedo con su trofeo. En ese momento se me acerca alguien a preguntarme cómo se manejaban los pañuelos. Por mostrarle, moví un poco el pañuelo blanco que alcanzó a asomarse fuera de la baranda. Instantáneamente sonaron los clarines para ordenar la salida del siguiente toro. Palomo se para, se voltea y me increpa a grito herido con los brazos extendidos mientras el público al unísono me insultaba a voces y yo de pie me desgañitaba gritando no, no, no. Bajé de inmediato a ofrecerle excusas al diestro que las recibió fríamente como era de esperarse. Durante

el resto de la corrida seguí preocupado acordándome que sólo un año y medio antes siendo gerente de las Empresas Públicas, el concejo me había declarado persona no grata a raíz de problemas para regar el ruedo por falta de suficiente agua.

Afortunadamente, al día siguiente los periódicos no mencionaron el incidente. El doctor Tinoco tampoco, pero el Palomo no asistió al acto de entrega a Manzanares del trofeo como triunfador de la temporada.

El cierre definitivo del viejo mercado público

La tarde del viernes 20 de enero, Juancho Vélez me trae, ya pulido, el decreto número 19 de 1978 que ordenaba el cierre definitivo del mercado público. Yo lo había redactado esa mañana y le había pedido como muchas veces: Juancho, por favor, quítale lo ilegal. Lo leí y lo releí mientras se me agolpaban en la mente casi setenta y cinco años de estar funcionando y más de cien de ser parte de la historia de Cartagena desde cuando propuso su construcción don Juan Mainero Trucco, el pariente lejano del Director Seccional de Salud que ayudaba a cerrarlo.

En la penumbra del ocaso, y desde la soledad de mi despacho, me sentí culpable de que desaparecieran esos caserones que veía desde las ventanas y que habían sido rasgo principal de la fisonomía y elemento vital de Cartagena. Me asomé a contemplar el mercado que aún bullía con las últimas actividades del día, y las goletas atracadas en el muelle de la Bodeguita donde se iniciaba la actividad nocturna.

Sentí en mis hombros todo el peso y la nostalgia de esa historia y de la responsabilidad que asumía. Lo aliviaron los pensamientos de lo que el fin del mercado y el Centro de Convenciones significarían para el futuro de la ciudad y para el gran cambio que traerían. Yo mismo lo había imaginado en varios documentos, entre ellos un artículo en *El Cartagenero*, la revista que publicaba el entusiasmo juvenil de David Turbay Turbay.

Sobrecogido y con un nudo en la garganta, pero decidido por la convicción de que era lo mejor para la ciudad y la salvación del Centro y Getsemaní, firmé el decreto. Era la última página de una historia pero también la primera de otras tres, la de Bazarro, la del plan de desarrollo y la del centro de convenciones. Con lágrimas en los ojos firmé el decreto y le pedí a Juancho que hiciera una amplia divulgación de inmediato. Al día siguiente apareció en carteles públicos.



Enero 20, Decreto 19: Cierre Mercado. Fotografía de Francisco Angulo.

El decreto 19 autorizaba a los comercios diferentes a víveres a permanecer en Getsemaní mientras se habilitaban locales en Bazurto pero sólo hasta el 31 de marzo. Se complementó con el decreto 46 del 9 de febrero que reglamentó con más detalle los comercios remanentes.

Unas fotos irrepetibles y una noche de apuestas

En la mañana del sábado 21, quise ir temprano al mercado y a Bazurto a ver como andaba todo. En el mercado a cerciorarme de que todo transcurriera normalmente como habíamos previsto y en Bazurto, a dar la última mirada a ver si todo estaba listo.

Les pedí entonces a Carmencita y a nuestros tres hijos, Mercedes Amelia, José Henríque y Santiago que se alistaran y les dije: ¡Prepárense que nos vamos a tomar unas fotos en dos sitios que mas nunca se van a ver como están hoy, el mercado público y el nuevo mercado de Bazurto!

Llegamos a la alcaldía de donde nos fuimos a pie hasta el mercado para llegar sin que fuera muy notoria nuestra visita. Nos acompañaba un amiguito de mi hijo, Santiago, Juan Carlos Varela, el hijo menor de nuestros amigos el capitán retirado de la Armada Rafael Varela y su señora Edith Rodríguez de Varela, que había ido a pasar el día en nuestra casa. Recorrimos por todos lados el mercado como cualquier parroquiano, pero tomando fotografías como todo turista, sin que nadie nos molestara, a pesar de que me reconocían y saludaban. Muchos de los vendedores nos manifestaron su alegría

por estrenar nueva casa y su esperanza de que les fuera al menos igual que donde estaban mientras que algunos compradores me expresaban sus dudas de que la mudanza se fuera a poder producir y me preguntaban si la habría. Algunos me preguntaron por María Carmenza Arenas, con quien había hecho el mismo recorrido tres semanas antes. Uno pocos, precavidamente habían comenzado a prepararse para el día siguiente.

Hacia las diez de la mañana, a quienes comenzaron a invitarme a brindar con toda diversidad de licores les pedía que lo dejaran para el día siguiente. A esa hora, nos trasladamos a Bazurto en el carro de la alcaldía para bajarnos en la avenida Pedro de Heredia y llegar también a pié. Esa tarde volví con el columnista de El Espectador Hernando Giraldo, Víctor Nieto y otras personalidades cartageneras.



1978. Enero 21. Último día en Getsemaní.



1978. Enero 21. En la entrada de Bazarito. Tras la valla perimetral del mercado, el vestíbulo del edificio donde el 21 de diciembre se firmó el acta de constitución de APCIC con el presidente Alfonso López Michelsen.

Por la noche atendí con Carmencita la invitación a una comida para Rodolfo Segovia Salas, de los amigos Rodolfo Porto Rodríguez y Norah Méndez de Porto, en la que se suscitó una animada discusión entre quienes confiaban en que el traslado del mercado se produciría y los escépticos. Alguno me preguntó con toda la seriedad del caso: ¿Tú sí crees que mañana vas a trasladar el mercado? Deja que amanezca y verás, fue mi respuesta.

La desratización

La noche anterior a la mudanza acometimos algo indispensable para evitar un grave mal a Cartagena, que se dispersaran por la ciudad las ratas que pululaban en el mercado así como las miríadas de cucarachas del pabellón de carnes. Las cucarachas eran tantas que el ruido que producían al tratar de escapar durante los lavados periódicos del pabellón y la aplicación de insecticidas sonaba como si se estuviera arrugando una gran cantidad de papel de envolver.

Fue una gran ayuda la que nos prestó el Servicio Seccional de Salud de Bolívar a cuyo frente se encontraba el doctor Jaime Trucco Lemaitre. Con él habíamos comentado la necesidad de la desratización. Me ofreció ayuda y productos para el procedimiento y el personal entrenado para la fumigación. Convinimos en aprovechar la ausencia de público y de vendedores la noche anterior y en la madrugada del traslado y en divulgar, con la ayuda de las trabajadoras sociales, información con instrucciones para que facilitaran el procedimiento y precauciones para proteger los alimentos y demás productos y a ellos mismos. El 16 de enero, el Servicio Seccional de Salud de Bolívar emite la resolución que ordena el cierre del mercado el día 21 a las 18 horas para la desratización.

Efectivamente, el sábado 21 después de que se cerró por última vez la jornada del mercado y con tiempo suficiente para que se produjera el efecto del raticida, los fumigadores del Servicio de Salud lo aplicaron en todos los sitios posibles. A la madrugada se hizo la recolección de ratas muertas que se llevaban a un gran hoyo que se excavó entre el pabellón principal y el de granos, de donde se cargaban para llevarlas a incinerar. Alguien calculó que se habían eliminado cuatrocientas mil ratas, una por cada habitante de Cartagena.

A las siete de la mañana se permitió la entrada a los puesteros y vendedores para prepararse para el traslado. más de uno llevó hasta el hueco una rata inánime o moribunda, agarrada por la cola.

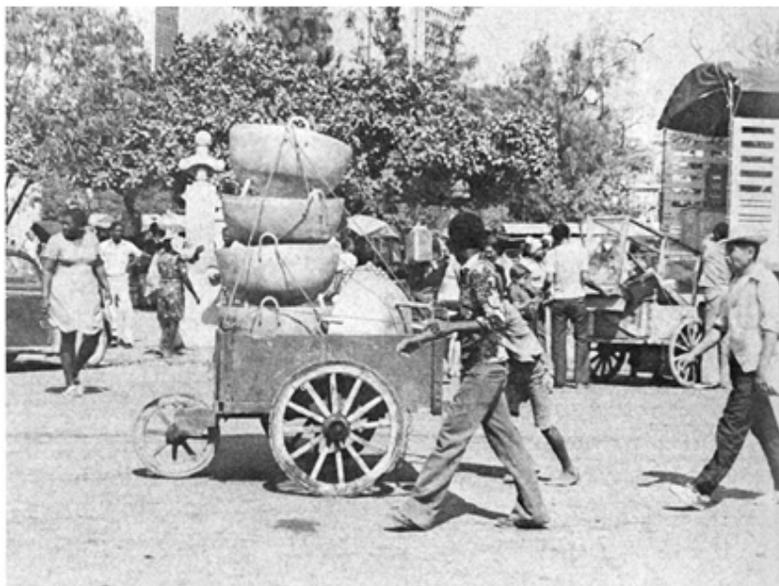
Al fin el traslado

Y con música, como lo prometí con Carmencita el día de la posesión del gobernador Calvo Núñez, comenzó a las doce del día del domingo 22 de enero de 1978 el traslado del mercado de Getsemaní a Bazurto.

A las siete de la mañana, cuando cerramos el mercado para acceso al público, pusimos frente al pabellón principal una “papayera”, como llamamos en Cartagena a las bandas populares de viento, que animó el cargue de camiones, volquetas y demás vehículos de las Empresas, y mantuvo el ambiente de alegría para despedirlos, en buena parte animados por el clarinete del gran músico Michi Sarmiento hasta caer la tarde, cuando el traslado se había vuelto un carnaval con baile y hasta harina.



Domingo 22 de Enero de 1978, 12:00 m. comienza el traslado.



Cada cual en lo que tiene. Foto de Jorge Delgado, Revista Diners, mayo 1980.



1978 Enero 22, 2:15 p.m. ¡A Bazurto! Foto de Álvaro Delgado.



*1978. Enero 22, 1 p.m.
Mudanza con lo que se pueda
pero con alegría.
Foto de Álvaro Delgado.*



1978. La mudanza en la atiborrada calle del Mercado. Foto de Álvaro Delgado.



¡Chau, Getsemani! Foto de Jorge Delgado, Revista Diners, mayo 1980.



1978, Enero 22, 4 p.m. Festejo, Michi Sarmiento, su clarinete, harina y amigos.



Celebración a la cartagenera, más que justificada. Foto de Álvaro Delgado.

En Bazurto los saludaba otra papayera en la entrada principal que alegró el estreno de la nueva casa también hasta cuando hubo luz del día. Ese día se mudó el cuarenta por ciento de los puesteros de víveres y abarrotes. Los demás se mudaron durante el resto de la semana. Al final, sólo quedaron los puestos que vendían cualquier otra cosa menos alimentos y elementos de uso doméstico, así como los diversos talleres, depósitos y viviendas y, con ellos, los mayoristas y grandes depósitos de madera que ocupaban las viejas casonas sobre el Arsenal.

La despedida de los carniceros

Los carniceros debían mudarse también durante la semana pero se me acercaron a pedirme que los dejara hasta el sábado para hacerle una despedida a la Carnicería. Accedí y les ofrecí acompañarlos.

A las nueve de la mañana del sábado 28 me visitaban en el despacho Guillermo Liévano, alcalde de Neiva, y Matilde Bonilla de Perdomo, gerente de las Empresas Públicas de Neiva, que planeaban mudar el mercado y habían venido expresamente a ver como era el proceso de Cartagena. Los invité a que me acompañaran y salimos a pie hacia el pabellón de carnes.

Había mucha gente en la calle de acceso y en la puerta del pabellón esperaba un grupo grande. Nos abrimos paso y al momento de entrar, todos los carniceros se pusieron de pie sobre sus mesas y chocaron sus champetas formando una sonora bóveda de honor como se acostumbra en la Armada con las espadas. ¡Lo van a matar! gritó Liévano mientras se agachaba, pero seguí con la cabeza en alto, mirándolos a todos, y pasé resueltamente bajo las champetas mientras daban vivas y otros aplaudían.

Al final, yo también aplaudí llorando de la emoción mientras recibía uno, tras otro, muchos y efusivos abrazos. Con las manchas, la guayabera más parecía un delantal de matarife. Fue una bella despedida.

A la media tarde, la Carnicería había quedado vacía.



*Sábado 28 de enero, 9 a.m.,
despedida de los carniceros
con arco de champetas.
Cromos N° 3133, 1 de febrero
de 1978.*

Ni el remolino chupa manchas

Entre el domingo 22 y el sábado 28 de enero, se terminaron de mudar a Bazurto los puestos y las colmenas de víveres y abarrotos. Muchos aprovecharon esos días para liquidar buena parte de su mercancía. En el viejo pabellón principal del mercado quedaron los puestos que vendían otras cosas o donde se desarrollaban otras actividades como talleres de orfebrería, de hojalatería y de zapatería, marqueterías y carpinterías.

A lo largo del Arsenal, seguían los depósitos de los mayoristas y de madera, y sobre el borde de la bahía, comercios de carbón, actividades de carpintería de rivera y hasta 62 viviendas diseminadas de entre uno y 19 ocupantes, en más de una como casa de citas. El 9 de

febrero firmé el decreto número 46 que reglamentó el tipo de comercios que podían permanecer temporalmente en el mercado. Tarde o temprano, todos tuvieron que salir. A fines de julio el área estaba prácticamente despejada. Se había cumplido lo que un escéptico miembro de la junta directiva de las Empresas, el recordado alcalde Juancho Arango, había comentado haciendo alusión a una propaganda en boga en esos días sobre un jabón para lavar ropa: ¡al mercado no lo muda ni el remolino chupa manchas!

Y ahora, los vendedores callejeros

Uno de los problemas que me decidí atender ya como alcalde fue el de los vendedores callejeros, ambulantes y fijos, que habían invadido las áreas turísticas, algunas calles del centro y La Matuna e incluso el parque del Centenario y se acercaban a lo largo del muelle de los Pegasos hacia la avenida Blas de Lezo.

El 8 de septiembre, a los tres días de posesionado, suspendí los permisos de funcionamiento para nuevos vendedores en el Centro, Bocagrande y las áreas turísticas y con las trabajadoras sociales de la oficina de Planeación, dirigidas por la arquitecta Nancy Ariza, levantamos un censo con identificación de los vendedores, tipo de productos y localización.

El día 29 sostuve una larga reunión con José Cabarcas, Presidente del Sindicato de Vendedores Ambulantes. Se comprometió a colaborar para tratar de evitar nuevos vendedores y en no ocupar nuevas áreas.

El en ese entonces teniente coronel Octavio Vargas Silva, comandante de la policía de Bolívar, que años después fue comandante general, me dio todo su respaldo. Entre septiembre y diciembre hubo reuniones con diferentes grupos, como loteros, emboladores, voceadores de prensa y varias con la policía para un control efectivo.

Yo me había guardado las intenciones de desalojar a los vendedores ambulantes de las vías y los espacios públicos para un momento propicio. Con el traslado del mercado habíamos logrado acomodar holgadamente, en las áreas descubiertas que había entre el edificio y la valla de cerramiento, a los vendedores callejeros que pululaban cerca al mercado en Getsemaní. Para el efecto se habían demarcado espacios de 1,0 por 1,5 metros y con suficiente separación entre ellos, organizados en filas ordenadas en arcos paralelos a la fachada. Quedaba entonces cupo. También lo encontramos en Santa Rita pero decidí esperar para después de las elecciones de febrero.

El 16 de febrero firmé el decreto número 53 con una completa reglamentación de las ventas ambulantes. Se permitía permanecer en el centro y La Matuna a puesto de prensa y lotería, de cocteles de mariscos y chazas de dulces y cigarrillos, pero estratégicamente situados y con localización definida y, a los demás vendedores con carnet; 280 escogieron Bazurto y 95 Santa Rita. En marzo quedaron despejadas las vías y aceras del centro, La Matuna, el Parque del Centenario y Bocagrande.

Algunas observaciones y aportes para el futuro de Bazarto

A pesar de las precauciones que se tomaron con reglamentos muy completos de operación y mantenimiento para la organización del mercado en Bazarto, y con decretos específicos para el ordenamiento urbanístico de las áreas de Getsemaní y Bazarto, como quedó plasmado en el Plan de Desarrollo con previsiones al menos hasta 1990, en pocos años Bazarto se convirtió en el problema que afecta el paso por las avenidas que lo circundan, y cuya congestión atribuyen exclusivamente a su localización.

Un análisis objetivo de cómo se escogió el sitio, cómo fue el proceso del traslado del mercado y cómo se hizo lo necesario para que no se repitiera la historia del mercado en Getsemaní, demuestra que el problema se debe a que no se respetaron ni conservaron las medidas que se adoptaron para Bazarto. Es evidente que nos faltó una medida final que garantizara la permanencia de lo realizado y que las decisiones y medidas tomadas no pudieran ser alteradas o modificadas posteriormente, lo que en administración pública es difícil. Al menos se hubiera frenado el desborde desaforado que ocurrió, incluso más rápido que en Getsemaní.

Una realidad es que, en nuestro país una cosa es lo que se planea, y otra lo que se ejecuta, en gran parte por la presión de los intereses económico y políticos y la tendencia de la gente a evadir cambios si implican esfuerzos personales y económicos, pero también por la

forma como se cumple, cada cuatro años, la obligación constitucional para gobernantes a nivel nacional, departamental y local de elaborar su propio plan de desarrollo en lo que poco se tienen en cuenta lo ya hecho.

Es lamentable que en vez de analizar y evaluar el proceso de Cartagena, que debe ser base inevitable para poder encontrar la solución, se acudió sólo a las experiencias en otros países o a decisiones judiciales totalmente carentes de los análisis técnicos, sociales y económicos que se requieren. Esta circunstancia amerita el repaso del proceso que vivió la ciudad desde su fundación con relación al sistema de suministro de víveres, y de lo acaecido en el último medio siglo.

Hicimos un repaso similar para preparar el paso de Getsemaní a Bazurto. Esta experiencia y la que personalmente adquirí con las visitas a los mercados de las ciudades en 1977 y 1978 así como la de averiguar qué había ocurrido en otras ciudades del país, la complementé con observaciones e informaciones de los mercados durante viajes posteriores y con documentación compilada durante varios años.

Este bagaje me permite exponer algunos puntos de vista y hacer algunos aportes que espero sean útiles para el futuro del sistema de suministro de víveres a Cartagena. Ayuda a comprender la razón de estos comentarios unas imágenes que ilustran las similitudes y diferencias en los procesos del mercado en Getsemaní y en Bazurto y que, como en toda imagen, ilustran más que mil palabras.



1976. El Mercado Público de Getsemaní. Es evidente el estrechamiento de la vía por el avance de los puestos hacia el Camellón de los Mártires y, a lo largo del muelle de los Pegasos, hacia el Centro.



Bazurto en 1986, fotografía de Jaime Borda. Ocupada toda el área exterior y obstruido el acceso principal al edificio. Se mantienen la valla, parte de un parqueadero y la vía perimetral aún despejada.

Historia del Centro de Convenciones de Cartagena. Gestación y nacimiento.



Bazurto 2008. Los puestos de ventas y locales prácticamente obstruyeron el acceso al pabellón del mercado y la vía perimetral.



Bazurto 2008, Avenida Pedro de Heredia semi obstruida por puestos y vendedores, congestión de tráfico.



Getsemaní 1976, Calle del Mercado prácticamente ocupada por puesteros y compradores.



1976, Avenida del Arsenal, totalmente obstruida por puestos y compradores. Al fondo las ventanas de la alcaldía.

Entrada principal de Bazurto antes y ahora. Fotografías tomadas desde el vestíbulo del edificio hacia la cima de La Popa, como punto de referencia. En 1977, se observa la valla de cerramiento de Bazurto.



*21 de Diciembre de 1977, 5 p.m.
Constitución de APCIC, entran el
Presidente López y el Gobernador
Calvo, con sus señoras.*



*2 de Junio de 2008, 1 p.m.
Espacio totalmente ocupado,
salvo estrecho pasadizo.*

Sin pretender ahondar en el tema de la disponibilidad y los precios de los alimentos, aún más complejo por las incidencias de la economía mundial y el cambio climático, se puede considerar que, en los países industrializados, los mercados públicos de víveres son la mejor respuesta para encontrar, en un solo sitio la cantidad, la calidad y la variedad de productos que exigen el afán consumista y la capacidad de pago. En los países en desarrollo tienen, además, una función social por los menores precios y el poder aprovechar lo que otros desechan.

Para el sistema general de mercadeo y suministros de Cartagena, Bazurto es un elemento muy importante, pero no el único, y menos con el gran auge de los negocios privados, y por la existencia de las tiendas de barrio, que siguen manteniendo sus características de gran ayuda para quienes tienen bajos ingresos o no los reciben en forma regular.

Los mercados sectoriales son necesarios para el abastecimiento de una ciudad mucho más extensa que la de 1978, sobre todo con la incorporación de grandes áreas como la Zona Norte, las de las islas de Barú y Tierrabomba y las de expansión creciente hacia Turbaco y Turbana, además de la industrial hacia el sur. Esos mercados requieren de un sistema de suministro en igualdad de condiciones para todos, lo que implica una organización central de acopio y almacenamiento, pero con oportunidad de entregas, características, y precios iguales para todos los puntos de venta.

Aún con esa igualdad de condiciones, es previsible que uno de los mercados sectoriales vaya teniendo más

afluencia de compradores por sus facilidades de acceso lo que motiva mayor oferta de productos en calidad y cantidades que permiten mejores precios, con lo que se crea el círculo virtuoso de más compradores porque hay mejores productos y viceversa que, a la larga, lo convierte en un mercado principal. Esto habría ocurrido con Bazurto en el caso hipotético de que se hubiera podido poner en marcha como un mercado sectorial similar a los demás.

Cartagena tiene unas particularidades que no se pueden dejar de tener en cuenta. La morfología y la conformación urbana necesariamente crean facilidades muy diferentes para el acceso vial y la movilidad entre los diferentes sitios de la ciudad actual y futura. Por otra parte, las tiendas de barrio y un mercado central, serán necesarios mientras subsista un porcentaje apreciable de esa población de muy escasos recursos que vive cerca del sitio de suministro por no poder gastar en transporte, o que encuentra, además de menores precios, fuentes de empleo y trabajo y sitio de encuentro y de correo para quienes no tienen otros medios para comunicarse como ocurre en Bazurto.

Ciertamente, quienes tanto se quejan de Bazurto no lo necesitan como fuente de suministros ni de trabajo, en cambio, quienes sí lo necesitan, guardan silencio.

Las nuevas prioridades

La responsabilidad primordial cuando asumí la gerencia de las Empresas en 1976 fue la prestación

de los servicios públicos cuya demanda aumentaba día a día por el “boom” de construcción que desató el sistema UPAC del presidente Misael Pastrana y que en Cartagena estimuló el desarrollo hotelero. Además era imprescindible continuar su ensanche ya en marcha, con una nueva planta de tratamiento del acueducto ya en construcción y realizar las gestiones con la banca internacional asegurar su mejoramiento y sus ensanches futuros.

Pero cuando conocí el alcance y la magnitud del problema en que se había convertido el mercado público para la ciudad y para la imagen y la estabilidad económica de las Empresas, asumí su solución con una prioridad igual a la de los servicios públicos. Esta decisión se reforzó cuando me enteré del proceso que se venía desarrollando y que había promovido Gustavo Lemaitre Román desde los años 1960 e iniciado en firme cuando el gobernador Donaldo Badel Buelvas lo nombró alcalde de Cartagena en octubre de 1966. Por eso en los meses de 1976 y de 1977 en que fui gerente de las Empresas, dediqué mucha atención a la preparación de Bazaruto y el traslado del mercado sin descuidar las otras obligaciones.

Ya con el mercado trasladado y despejado el centro de los vendedores ambulantes, podía dedicar mucho más tiempo a dos temas que debían quedar listos para el cambio de gobierno del 7 de agosto: la consolidación del proyecto del Centro de Convenciones y la formulación del plan de desarrollo.

El jurado para el diseño del Centro de Convenciones

Para celebrar la fiesta de la Epifanía a la usanza italiana, cuando la bruja Befana, antes de ser desplazada por Santa Claus, entregaba los regalos a los niños, Humberto Schiappa, miembro de una familia de empresarios italianos que había emigrado a Colombia, y gran amigo de Rafael Gama, ofreció el 6 de enero de 1978 un almuerzo en su honor en su finca de Turbaco. Para mí era muy importante asistir, pero también a la corrida de esa tarde por el incidente de la tarde anterior. Me puse de acuerdo con Gama para llegar temprano y darme tiempo de salir antes de las cuatro hacia la plaza de toros.

Como siempre que nos veíamos, de lo primero que hablábamos era de nuestro plan del centro de convenciones. Le conté el lio de los pañuelos en la corrida del 5 y le comenté las incidencias sobre la fijación definitiva de la fecha para el traslado del mercado y comentamos que era ya tiempo de poner a marchar la Asociación y pensar en el diseño del centro de convenciones y convinimos en que debíamos escoger entre las firmas más reconocidas. Yo sugerí que fueran de Cartagena. Podíamos hacerlo por el carácter privado de la APCIC, pero por tratarse de una obra costosa y, sobre todo, que debía ser importante internacionalmente, convinimos en que era más conveniente escoger el diseñador por medio de un concurso arquitectónico público.

Le hice ver a Rafael que era necesario prever un jurado calificador muy representativo. Rafael insistía

en que deberían ser personas con conocimientos arquitectónicos. Le comenté que no deberían ser los arquitectos más conocidos porque les impediríamos participar en el concurso y que no era apropiado que fueran de los menos reconocidos. Le comenté que así como las señoras escogían un proyecto para sus casas sin saber de arquitectura, podríamos escoger tres personas con buen criterio y representativas de Cartagena. Propuse entonces al historiador Eduardo Lemaitre, al humanista Ramón de Zubiría y al alcalde de Cartagena. Así lo convinimos.

Meses más tarde, cuando íbamos a abrir el concurso arquitectónico, me comentó Gama que si Proexpo financiaba el proyecto, era necesario que nombrara uno de los jurados. Le recordé que el jurado no podía ser de cuatro miembros para evitar empates y que ya los doctores Lemaitre y Zubiría estaban notificados por lo que habría que agregar dos jurados para completar cinco con el alcalde.

Ya para cuando debía reunirse el jurado, en noviembre, Proexpo nombró de jurados a Manuel José Cárdenas, su director, y a Raymundo Angulo, el gerente de la CNT.

El arranque de la APCIC

Además del tema del jurado, tuvimos tiempo en el almuerzo de Schiappa de hablar Rafael y yo del arranque en firme de APCIC y de las actividades para llegar al Centro de Convenciones. Lógicamente había que comenzar por organizar unas oficinas, y realizar

el concurso arquitectónico para seguir con los diseños y acometer las obras. Decidimos ocuparnos de estos detalles al día siguiente para darme tiempo de salir para la plaza de toros.

La mañana siguiente continuamos nuestra conversación en el apartamento de Rafael. Convinimos en designar un gerente para manejar la Asociación. Debía ser de confianza, con experiencia administrativa, conocido en Cartagena, y una verdadera ayuda para nuestro proyecto. Rafael ofreció personal de confianza para colaborarle en todo. Propuse entonces a un amigo de infancia, con gran experiencia administrativa y excelente ingeniero, Javier Martínez Ibarra. Rafael Gama no sólo lo conocía, conocía mucho a Ramiro, su padre, que había hecho toda una carrera en el Banco de la República hasta llegar a gerente en Cartagena. De inmediato nos pusimos de acuerdo. Sería Javier.

Con relación al concurso arquitectónico, convinimos también que para preparar las bases, deberíamos conocer mucho mejor cómo debía ser un centro de convenciones, cómo debía funcionar y con qué condiciones externas debía contar. Para el efecto, Rafael encargaría a un grupo de profesionales de Proexpo o contratados. Aunque ya contábamos con lo que habían investigado Cepeda con Barón y Macchi, como le recordé, él prefería que Proexpo, que a la larga sería el propietario del centro, acopiara su propia información.

Yo le sugerí ir a conocer los existentes, primero en el área del Caribe que podrían ser la competencia directa

del de Cartagena y, de ser posible, otros de sitios más lejanos. Ello significaba investigar donde había centros de convenciones.

Nos dimos cuenta de que estas actividades y la redacción de las bases del concurso arquitectónico tomaría varios meses. Convinimos entonces en posponer para abril o mayo la apertura de la oficina de Cartagena.

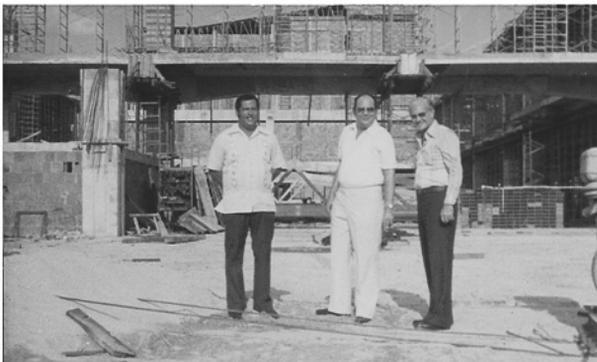
Yo le comenté que aún tenía pendientes el traslado para el 22 de ese mes de enero, las elecciones de febrero 26 y la organización inicial de Bazurto. Además, aunque contaba con Óscar Gómez para el plan de desarrollo, mi apoyo como alcalde era importante para la promoción y la organización del mismo.

La OICI y el *tour* promocional por Centroamérica

Como si no hubiera bastante actividad pendiente, adquirí dos compromisos que me ocuparon buena parte de febrero y marzo. Por una parte, invitado por un importante grupo de hoteleros, a acompañarles a una gira por toda Centroamérica para promover el turismo hacia Cartagena y, por otra, realizar el congreso de la OICI, la Organización Iberoamericana de Cooperación Intermunicipal, y evitar que Cartagena quedara mal, como estuvo a punto de ocurrir. Además, no podía dejar que fuera a perder esas oportunidades, y mucho menos una de carácter internacional, una ciudad que estaba en pleno “boom” hotelero y pretendía tener un centro de convenciones para poder recibir muchos turistas centroamericanos y muchas OICIS.

El 4 de marzo iniciamos el *tour* de dos semanas por Centroamérica. Durante mi ausencia, el gobernador Calvo Núñez nombró como alcalde encargado a Guillermo Vergara López, su Secretario de Fomento. El viaje comenzó en Panamá. Allí aproveché para conocer el sitio donde se encontraba ya en construcción Atlapa, el centro de convenciones financiado por el BID. Seguimos por las capitales de los demás países salvo Nicaragua y Honduras para terminar en México. Como alcalde me tocaba saludar a nombre de Cartagena y del grupo hotelero en la recepción oficial que nos prepararon en todas las capitales e invitar a visitarnos. En las conversaciones personales aprovechaba para hablar de mercados y de convenciones. No tuvimos tiempo de visitar ninguno. En México, sólo el mercado turístico con una escapada al de San Juan.

El grupo hotelero estaba encabezado por Alberto Araújo y Ricardo Segovia del hotel Capilla del Mar, Eduardo Monroy del hotel El Dorado, Ramon Peñaranda del Playa, Carlos Zubiría del Bahía. Todos íbamos con nuestras señoras.



Visita con Alberto Araújo a la construcción de Atlapa, el centro de convenciones de Panamá.

A mediados de febrero, llegó a la alcaldía una carta de la secretaría de la OICI. Informaba que por no haberse ocupado oportunamente Cartagena en organizar para marzo el congreso para el que había sido elegida como sede hacía dos años, el evento se pasaría a otra ciudad. No podía permitir que Cartagena quedara tan mal. De inmediato escribí ofreciendo excusas y asegurando que el congreso se realizaría si daban un plazo prudente. Lo dieron para mayo. El congreso se realizó entre el 17 y el 20 de mayo.

Traje de Medellín a Jaime Tatis Delvalle, experto organizador de congresos. Trabajando intensamente, logramos reunir algo menos de trescientos alcaldes de varias capitales y principales ciudades latinoamericanas. El congreso duró tres días. Muchos alcaldes trajeron regalos. El de Madrid trajo una interesantísima exposición bibliográfica organizada por el Instituto de Estudios de Administración Local, ILEAL, con preciosos libros que les donamos a la biblioteca Bartolomé C. Calvo. Me tocó recibirle la presidencia a Patricio Meckis, alcalde de Santiago de Chile y muy poco tiempo después firme candidato a la presidencia de su país, pero murió un año después en un infortunado accidente en su casa de campo en las montañas chilenas.

El congreso fue por demás interesante con temas como el desarrollo urbano y económico, el transporte urbano, los vendedores ambulantes, y el turismo individual y de convenciones. En la clausura elegimos a Montevideo para el siguiente congreso.

La organización de la Asociación, el primer gerente

El 27 de marzo me llama Gama a insistirme en que el gerente de APCIC debía ser yo cuando saliera de la alcaldía, y que contando con eso, estaban conformando la junta directiva, que la primera reunión sería el 29 en el despacho del ministro Moreno Jaramillo.

A esa primera reunión asistieron Diego Moreno Jaramillo, Germán Botero de los Ríos, Raymundo Angulo Pizarro, Rafael Gama Quijano y un delegado del presidente de ANIF, Ernesto Samper. Nombraron a Javier Martínez Ibarra, gerente de APCIC.

El lunes 10 de abril, tuvimos Javier y yo un almuerzo de trabajo con Gama, Alberto Herrera y Guillermo Arévalo, de Proexpo, comisionados para ayudar en los preparativos para la organización de APCIC. A las tres de la tarde se posesionó Javier en la gerencia del Banco de la República y comenzó a trabajar activamente.

Tomó una cómoda oficina en el piso 18 del edificio América Latina, hoy Banco del Estado, en La Matuna, con una espléndida vista sobre el centro amurallado y el mar. Era un amplio salón en el que se acomodaron los escritorios del gerente, la secretaria, el contador y una mesa de reuniones. La primera secretaria fue Gladys Arbeláez de Morales, muy conocida por Javier y gran apoyo para él.

El 18 de abril llegaron dos funcionarios de Proexpo designados por Rafael Gama para colaborar desde

Bogotá en las gestiones de APCIC, el economista Carlos París, para asuntos económicos, legales y administrativos, y un joven arquitecto, Francisco Bohórquez Riveros. Ambos fueron de gran ayuda para la gerencia de la Asociación y frecuentemente asistían a las reuniones de la junta directiva de APCIC para informar detalles de las actividades a su cargo y aportar ideas sobre el proyecto.

Primeras actividades de APCIC

La semana siguiente al 10 de abril, día de su posesión, fui con Javier para presentarlo como gerente de APCIC a las principales autoridades, entidades y gremios y pedir apoyo y colaboración para el proyecto del centro de convenciones. Visitamos al gobernador, a los gerentes y directivos de las Empresas Públicas, Electrificadora de Bolívar, Compañía Telefónica de Cartagena, al director de Tránsito así como a los comandantes de la Fuerza Naval del Atlántico y de la Policía y otros altos funcionarios de la alcaldía y las Empresas.

Uno de los primeros actos de Javier Martínez fue protocolizar en la Notaría Segunda de Cartagena como representante legal de APCIC, el acta de constitución del 21 de diciembre de 1977 con todos sus documentos de soporte y el mismo decreto 1743 de 1977, así como los estatutos aprobados ese día y los nombramientos realizados de junta directiva y revisor fiscal. Todo quedó registrado en la escritura número 522 del 24 de abril de 1978.

Las primeras actividades de APCIC se relacionaron con dos temas fundamentales, ligados entre sí y absolutamente indispensables para poder realizar el proyecto y, por lo tanto, para tener en cuenta en las condiciones para el concurso arquitectónico. Por un lado, las normas urbanas de Cartagena y las específicas de Getsemaní para adecuarlas, si era necesario, a lo que requería el proyecto del centro de convenciones y como información básica indispensable. Por otro, el terreno que se dispondría para el proyecto, lo que implicaba su plena identificación y aclarar su situación legal y de propiedad.

Lo primero estaba ya previsto en la labor que se estaba adelantando para el plan de desarrollo bajo la dirección de Óscar Gómez. Para lo segundo, encargamos a Luis Bustamante del Valle, Director Administrativo de las Empresas, con el apoyo de Julio Varela, el Secretario General y de Igapé que también tuvieron a su cargo, con la participación del coronel Orlando Arévalo, el nuevo reglamento general de administración y operación de los mercados y de Bazaruto. Un gran soporte para ambos temas fue Juancho Vélez, es decir Juan Vélez Racero.

El terreno

Fue necesario realizar una intensa búsqueda de información suficiente para poder formalizar el traspaso de los terrenos para el centro de convenciones. Logramos identificar tres predios cuyas referencias catastrales eran 01-1-218-002, 01-1-221-001 y 01-1-222-001 con un área total de 9.967 metros cuadrados

y cuyo avalúo catastral era de \$4.293.000. Los predios solo cubrían el área que ocupaba el pabellón principal del mercado con el de granos y el de carnes, pero toda el área entre la calle del Arsenal y el borde de la bahía, y desde los pabellones hasta el baluarte de El Reducto, que se conocía como “playa del Arsenal”, había estado ocupada durante años por toda clase de puestos y ventas y usada por la actividad del mercado.

Recurrimos entonces a un expediente, la denominada ley Tocaima o ley 137 de 1959, que cedía a los municipios como baldíos los predios que eran de la nación, como lo son los terrenos de bajamar. Preparamos una escritura de englobe y aclaración de linderos de los tres predios y del resto del área, con base en los argumentos de que se incluían áreas de bajamar con naturaleza de playa y destinación permanente de uso público con el mercado público, que era una zona aún bajo el dominio de la Nación, es decir un bien baldío transferible al municipio.

Solicitamos entonces al Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC, por intermedio del personero municipal, César Arrieta Vásquez, a quien le correspondía de acuerdo con la ley, la inscripción en el registro catastral incluyendo los tres predios antes mencionados que el personero y yo como alcalde, protocolizamos ante el Notario Público Segundo de Cartagena, don Rafael H. de Lavallo, en la escritura número 141 del 17 de febrero de 1978.

En cierta forma, todo lo anterior se realizó, en parte, para lograr que el Ministerio de Desarrollo pagara por los

terrenos para el centro de convenciones, pero también para regularizar la situación jurídica de esos terrenos. Fue la solución que se nos ocurrió para poder obtener los recursos necesarios para concluir las labores de preparación de Bazurto, las demoliciones de Getsemaní y los costos del traslado que, según las cuentas, costaba 35 millones de pesos. Por los créditos ya obtenidos, la capacidad de endeudamiento de las Empresas estaba copada. En iguales condiciones estaba el municipio.

No había tiempo para tramitar algo con la nación. La solución más a la mano era ponerle un precio a los terrenos. El ministro Diego Moreno Jaramillo argüía que el municipio debía aportarlos al proyecto ya que la construcción del centro de convenciones correría por cuenta de los socios de APCIC. Lo convenció mi argumento de que sin recursos para el traslado, no habría centro de convenciones. Me exigió entonces un avalúo oficial del IGAC, el Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Le solicité directamente a su director, Álvaro González Fletcher, un primer avalúo aproximado de toda el área. En pocos días me lo envió: ¡setenta millones de pesos!. Yo sabía que por ese valor no habría acuerdo con el ministro Moreno Jaramillo. Le expliqué al director la situación, la importancia del proyecto, el monto de las necesidades de las Empresas y la urgencia de traspasar el lote, que podría ser como un aporte del municipio y las Empresas a título gratuito, y que el valor de 35 millones tenía un carácter más bien nominal para justificar el desembolso de los recursos de Proexpo que se necesitaba para terminar Bazurto. El avalúo llegó por ese valor.

El 3 de agosto, durante el homenaje que le organicé a Rafael Gama en la alcaldía para entregarle la medalla cívica de Cartagena que no había podido venir a recibir el 24 de julio, firmaron la escritura de traspaso del lote del mercado, él como Director de Proexpo, y Raúl Quintero Lyons como gerente de las Empresas Públicas Municipales de Cartagena. A continuación, Gama le entregó a Quintero un cheque por los 35 millones de pesos del lote del mercado.

La demolición del viejo mercado

Como ya se anotó, una de las preocupaciones derivadas del traslado fue el destino y el uso que tendrían las edificaciones del viejo mercado. El bello y funcional edificio neoclásico de 1904, había dejado de ser eso, bello y funcional. El análisis de las características y, sobre todo, el estado del pabellón principal por los incendios del 52 y el 62 y, más que todo, la explosión de 1965 que afectó seriamente la estructura, hizo descartar la posibilidad de reconstruirlo para destinarlo a otros usos, pues ninguna opción competía con la de un centro de convenciones.

Por otra parte, reconstruirlo implicaba comenzar desde cero un proceso cuya iniciación para arrancar en firme tomaría un tiempo del que no se disponía, y nada garantizaba que ese nuevo proceso seguiría. Existía el riesgo de que se prolongara como ya había ocurrido con el proyecto de Bazarro y, otro riesgo peor, que retornara el mercado o se regenerara uno nuevo, como había sucedido en el de Guayaquil en Medellín.

Y algo más, no se contaría con el respaldo del presidente López ni de Proexpo ni del BID, que ya había aceptado en principio la invitación a Cartagena. Todos vislumbraban un centro de convenciones nuevo, moderno y a la altura de lo que se merecía Cartagena.

A pesar de todas estas consideraciones, la decisión de demoler el viejo caserón de Getsemaní y los edificios anexos no fue fácil. Recibí fuertes presiones y hasta amenazas de los comerciantes, grandes y pequeños, que aún pretendían permanecer en Getsemaní y de los propietarios de inmuebles aledaños que temían perder sus inquilinos y sus ingresos. También la recibí, nada menos que de las confederaciones sindicales nacionales.

Igualmente recibí un buen número de súplicas, argumentos y hasta amenazas de ser declarado persona no grata, evidentemente organizadas por asociaciones de arquitectos y urbanistas, colombianas e internacionales.

Por todas estas manifestaciones, que comenzaron a llegar desde septiembre y se intensificaban con el tiempo, decidí realizar la demolición del mercado de manera que se fueran creando hechos cumplidos que debilitaran cada vez más las expresiones de oposición. Para ello, y con base en los procedimientos legales, las Empresas contrataron al mejor demoledor de la ciudad, y hasta de la costa atlántica, como decía el mismo Aníbal Schiffino, propietario de Schiffino Martínez & Cía. Ltda., que se apoyó en otro gran demoledor, Reynaldo Trillos, que se hizo cargo, con su hijo Germán, del pabellón de carnes y todas las construcciones en el Arsenal hasta el Reducto.

Con ellos programamos demoler primero todo lo que fuera exterior a los pabellones para evitar el regreso de vendedores callejeros o la aparición de nuevos y proseguir con los edificios, comenzando por los locales y sitios que quedarán vacíos para seguir a medida que se fueran vaciando y, de inmediato, realizar el cargue y retiro de los escombros. A pesar de esos esfuerzos, el 18 de julio aún quedaban en pie muchas paredes del mercado.

Con un trabajo intenso de ese día y esa noche, el 19, para admiración de quienes llegaban temprano a sus quehaceres, amaneció despejada el área que había sido ocupada durante casi 75 años como parte importante de la actividad y la historia de Cartagena y que de ahí en adelante habría de ocupar el Centro de Convenciones.



Vista aérea del proceso de demolición del mercado.



18 de julio, muros demolidos. Fotos de Álvaro Delgado.

La gran plaza

El 19 de julio de 1978, después de inspeccionar a las siete de la mañana los trabajos de despeje de escombros, subí al despacho y me asomé para apreciarlos mejor desde la ventana.

Fue impactante el espectáculo de aquél enorme rectángulo, remate de la calle Larga y el Arsenal sobre la bahía de las Ánimas. Era un espléndido espacio con vista sobre y desde el cordón amurallado del Centro. Se me vino a la mente, guardadas las proporciones, la Plaza de San Marcos en Venecia.

Menos mal que el proyecto de la maqueta dejaba despejada la plaza, pero... ¿no sería mejor que quedara totalmente libre? El Centro de Convenciones podría desplazarse hacia la gran área que también quedaría despejada a lo largo de la calle del Arsenal y aún así,



La gran plaza. Foto de Álvaro Delgado.

quedaría suficiente espacio para parqueaderos en el Arsenal, incluso para la gran marina que Consulcar, diseñó para la Corporación Nacional de Turismo en 1974 y quedó incluida en el Plan de Desarrollo de Cartagena 1978-1990. Esa idea tentadora me quedó veladamente en el trasfondo de la mente.

Por lo pronto, lo importante era poner la primera piedra como arranque efectivo del proyecto y reforzar el concepto de que ese sería el sitio para el Centro de Convenciones.

La primera piedra

Y el 24 de julio, día de la Armada Nacional, a las 10:3 de la mañana, el señor arzobispo de Cartagena, monseñor Rubén Isaza Restrepo, bendijo la primera piedra del Centro de Convenciones con la presencia del presidente López, el ministro de Gobierno Alfredo Araújo Grau, el Ministro de Defensa, general Abraham Varón Valencia, el ministro Moreno Jaramillo, el ministro Jorge Mario Eastman, el gobernador de Bolívar, Haroldo Calvo Núñez, el comandante de la Armada Nacional,

almirante José Alfonso Díaz, el almirante Guillermo Uribe Peláez, comandante de la Fuerza Naval del Atlántico, el comandante de la Policía Departamento de Bolívar, Coronel Octavio Vargas Silva, Carlos del Castillo Restrepo, quien como secretario general del presidente López había sido con su hermano Ramón el gran apoyo ante el presidente y para las gestiones del Centro de Convenciones.

Estuvieron también presentes, Jaime Trucco Lemaitre, Director Seccional de Salud, el presidente del Concejo municipal Raúl Guerrero Porras, muchos concejales, Raúl Quintero Lyons, nuevo gerente de las Empresas Públicas, los directores de las Empresas Públicas, Luis Bustamante del Valle, Administrativo, Eduardo Yabrudy, Financiero, Eduardo Merlano, Técnico, y funcionarios y el personal de éstas; el director de Planeación de Cartagena, Óscar Gómez Caycedo, el director de Tránsito Fabio Rueda Gómez, el administrador de los mercados coronel Orlando Arévalo, invitados especiales y muchos de los que, en una u otra forma, habían participado en la preparación y ejecución del traslado del mercado, en la consolidación de las gestiones por el Centro de Convenciones y en la elaboración de las normas administrativas y urbanísticas municipales que le dieran piso legal a todas las actuaciones.

El acto fue engalanado con la asistencia de la niña Ceci, doña Amelia de Calvo, Carmencita de Rizo y de las esposas de muchos de los asistentes. Por razones de salud, Rafael Gama no pudo viajar para asistir.

Ese día, agradecí con la Medalla Cívica de Cartagena a quienes intervinieron de manera realmente directa y efectiva en la gestión para el centro de convenciones: Diego Moreno Jaramillo, Germán Botero de los Ríos, Contralmirante Guillermo Uribe Peláez, Carlos del Castillo Restrepo y Ramón del Castillo Restrepo. La de Rafael Gama Quijano se la impuse en homenaje especial que le organicé el 2 de agosto en el Palacio de la Inquisición.



24 de Julio de 1978. Instalación de la Primera Piedra del Centro de Convenciones. Fotos de Álvaro Delgado.



El presidente Alfonso López devela la Primera Piedra en presencia del gobernador Calvo Núñez y el alcalde Rizo Pombo



Monseñor Rubén Isaza Restrepo, arzobispo de Cartagena, bendice la Primera Piedra. Fotos de Álvaro Delgado.



*La primera piedra del Centro de Convenciones de Cartagena.
Foto de Álvaro Delgado.*

La primera piedra, con la leyenda conmemorativa que envió Proexpo, fue labrada por el escultor y pintor español residiendo en Cartagena Eladio Gil, autor de interesantes obras entre ellas la estatua de la India Catalina.

Relevos

Con el cambio del gobierno nacional del presidente Alfonso López al presidente Julio César Turbay el 7 de agosto, se produjeron también importantes relevos que tuvieron significativa incidencia en el devenir del proyecto del centro de convenciones.

La nueva gobernadora de Bolívar era Elvira Faciolince de Espinosa. Ella nombró de alcalde de Cartagena a Roberto Gedeón Ghisays, que se posesionó el viernes 8 de septiembre a las cinco de la tarde. Durante ese mes siguió siendo alcalde de Cartagena.

En el plano nacional, el nuevo ministro de Desarrollo Económico era Gilberto Echeverri Mejía y Rafael Gama había sido nombrado gerente del Banco de la República. El nuevo gerente de Proexpo era el ex vicepresidente de ANDI, Manuel José Cárdenas.

El lunes 11 me reuní con Javier Martínez para recibirle la gerencia de APCIC. Esa tarde realizamos el empalme con la participación de la secretaria Gladys de Morales y del contador Carlos Galindo U.

El sábado 9 fue un día muy movido. Desde las ocho de la mañana me posesioné formalmente como gerente de APCIC durante la reunión de la junta directiva de APCIC, la primera en Cartagena, con Gilberto Echeverri, y con Rafael Gama, ya como gerente del Banco de la República y los nuevos miembros de la junta, A Álvaro Jaramillo Vengoechea, Rafael Espinosa Gray y Josefina Delvalle Jimeno. Actuó como secretaria Gladys de Morales.

Poco antes de las nueve, salimos Rafael Gama y yo con el ministro Echeverri a mostrarle el Arsenal y toda el área donde había estado el mercado. Al mediodía, fuimos al almuerzo ofrecido por Héctor Trujillo Vélez, gerente del proyecto de la Zona Franca Industrial y Comercial de Cartagena. El sábado 14, atendí de muy buen grado el pedido de Roberto Gedeón de explicarle lo que yo había realizado. En el despacho de la alcaldía le hice verbalmente un pormenorizado informe de los tres procesos principales, el traslado del mercado, la gestión del centro de convenciones y el plan de desarrollo, con

detalles sobre las razones para las decisiones tomadas y con recomendaciones para prevenir en Bazaruto lo que había sucedido en Getsemaní, y la aplicación del plan de desarrollo. Le dejé dos memorandos escritos sobre estos temas. Durante todo el tiempo, Roberto estuvo muy atento e hizo frecuentes e importantes preguntas.

El 9 de octubre, Jenny Viaña, que laboraba en la gerencia del Banco de la República en Cartagena, asumió el cargo de secretaria de la gerencia de APCIC. Fue una eficiente colaboradora y gran ayuda para mí y mientras duró la vigencia de la APCIC. Por razones personales, Gladys de Morales, que también fue una gran ayuda, se había retirado.

El concurso arquitectónico

Desde enero habíamos decidido Rafael Gama y yo que el concurso arquitectónico no sería abierto por la demora y la dificultad que habría en la evaluación y calificación de muchos proyectos. Convinimos en que sería cerrado para cinco proponentes entre las mejores firmas de arquitectura del país, que nos pareció un número suficiente para un proyecto tan importante. Yo sugerí hacerlo entre arquitectos cartageneros. Rafael Gama adujo que la importancia de un proyecto que tenía carácter nacional justificaba recibir propuestas de cualquier parte del país. Al fin convinimos en que dos de las cinco firmas fueran de Cartagena.

Gama había tenido el acierto de escoger por su trayectoria y experiencia y por su capacidad demostrada en el Centro de Convenciones de Bogotá para que se

ocupara de los aspectos técnicos y arquitectónicos del proyecto del centro de convenciones a Francisco Bohórquez Rivero que se convirtió en hombre clave.

Con base en el proyecto de la Corporación Nacional de Turismo que había elaborado Consulcar en 1974 y que se estaba incorporando al plan de desarrollo y en las características del Centro de Convenciones de Bogotá, Bohórquez comenzó a trabajar en el proyecto de Cartagena e informó sobre el proceso en varios documentos, de los que se toman sus propias palabras con un mínimos de ajustes.

“Para lograr las metas se hizo imperativo realizar rápidamente, los estudios que respaldarían con un acierto técnico los propósitos establecidos y para ello, se contó con el gran apoyo institucional del Banco de la Republica, y el Banco Interamericano Desarrollo que facilitó los medios para que en compañía de otros funcionarios de la institución y a través de las oficinas comerciales de Proexpo, se logró obtener pasantías en más de 10 ciudades de Estados Unidos con centros de convenciones y más tarde en ciudades y empresas estatales de turismo en varias ciudades del continente, con proyectos similares, como fue Panamá, México, Guatemala, Lima, Santiago de Chile. El conocimiento adquirido me permitió concretar el programa arquitectónico que se expuso en las bases del concurso. Era entendible y así lo sabíamos que dicho predimensionamiento, se constituía en una guía para adecuar los diseños en ese marco pero nunca, se estableció como camisa de fuerza.

Entre mayo y junio de 1978 elaboré las bases del concurso teniendo en cuenta lo establecido en la ley vigente en los reglamentos para esos concurso por parte de la Sociedad

Colombiana de Arquitectos. Estas condiciones fueron estudiadas en su momento por el Departamento Jurídico de Proexpo y en el Banco de la República. Por último, se expusieron detalladamente en la sociedad promotora y su junta directiva para su aprobación.

Para seleccionar las cinco firmas, entre junio y julio se abrió una amplia convocatoria nacional que se publicó a través de la prensa escrita en todo el país. Se inscribieron cincuenta firmas. Una vez se recibieron, únicamente en Cartagena, todas las hojas de vida y la información de las empresas interesadas y arquitectos interesados, y utilizando parámetros de selección previamente elaborados por el suscrito y aprobados por la APCI y Proexpo, se seleccionaron las cinco firmas que más puntaje obtuvieron para participar en el concurso. Es bueno recordar que recibieron un trato preferencial las firmas de Cartagena y como resultado de ello, participaron cuatro firmas en dos consorcios. La selección la aprobó la Junta de la promotora.”

El 2 de agosto se hizo pública la escogencia de Angulo Benincore y Cía Ltda., Esguerra Sáenz Samper Ltda., Cuellar Serrano Gómez & Cía Ltda., Civilco Ltda. de Cartagena con Barón & Macchi Ltda. de Barranquilla y la firma Arquitectos Asociados Ltda., conformada por los arquitectos cartageneros Hernán Piñeres, Raymundo Delgado, Eduardo Camacho y Manuel Ramón Barbosa con el arquitecto Arturo Robledo de Bogotá.

El concurso arquitectónico para el diseño del centro de convenciones se abrió oficialmente el 17 de agosto de 1978, con un plazo de tres meses.

Cierre del concurso

A comienzos de noviembre viajó Francisco Bohórquez a México donde permaneció entre el 4 y el 12 en busca de información para adoptar un reglamento de un comité asesor del jurado y para la interventoría de los diseños. Con posterioridad comentamos sobre la conveniencia práctica de aprovechar para este comité a los asesores del centro de convenciones de Bogotá.

A las cuatro de la tarde del 17 de noviembre de 1978 se cerró el concurso arquitectónico. Se recibieron anteproyectos de las firmas Angulo Benincore y Cía. Ltda., Esguerra Sáenz Samper Ltda., Cuellar Serrano Gómez & Cía. Ltda., Civilco Ltda.-Barón & Macchi Ltda. y Arquitectos Asociados Ltda. que fue constituida especialmente para este proyecto por los arquitectos cartageneros Hernán Piñeres, Raymundo Delgado, Eduardo Camacho, Manuel Ramón Barbosa y Rafael Tono, con Arturo Robledo de Bogotá.

Las maquetas con los planos descriptivos de las propuestas se organizaron en el salón Martínez Martelo de la alcaldía donde comenzaron a ser revisados por Óscar Gómez Caycedo que había sido el director de la Oficina de Planeación durante mi alcaldía, Francisco Bohórquez, que habían preparado las condiciones del concurso y los términos de referencia, para comprobar si habían cumplido las especificaciones del concurso y con las normas urbanas del municipio de acuerdo con las disposiciones del Plan de Desarrollo. No hubo observaciones de importancia.

Para el día 25, las maquetas fueron trasladadas a un salón del segundo piso del edificio del Banco de la República donde se instaló el jurado calificador para evaluar los anteproyectos con el apoyo de un comité asesor que estuvo conformado por Francisco Bohórquez y el arquitecto Augusto Sánchez del departamento de Construcciones del Banco, a los que se sumó el arquitecto Hernán Téllez, que había sido invitado por Raymundo Angulo para que lo asesorara en el juzgamiento.

La decisión del jurado

A las 10 de la mañana del 25 de noviembre se reunió el jurado calificador para ser instalado formalmente. Asistieron Roberto Gedeón, Ramón de Zubiría, Eduardo Lemaitre y Manuel José Cárdenas. Raymundo Angulo llegó de Santa Marta a las 2:30 pm. También asistieron Rafael Gama, Haroldo Calvo, José Enrique Rizo y el comité asesor.

Tras unas palabras de Rafael Gama de saludo y recuento de lo ocurrido desde la constitución de APCIC y de cortas intervenciones de Cárdenas, Calvo y Rizo, Francisco Bohórquez hizo una explicación de los proyectos.

Ese día el jurado trabajó hasta las cuatro de la tarde. Se reunió el domingo 26 entre 10 de la mañana y una de la tarde y, por último, el martes 28 de 4 a 7 de la noche, para producir su fallo: primer puesto, Esguerra Sáenz y Samper Ltda., segundo, Angulo Benincore & Cía. Ltda. y tercero, Civilco Ltda. - Barón & Macchi Ltda.

Concluida la labor del jurado, los anteproyectos regresaron al salón Martínez Martelo de la alcaldía para ser presentados al público, pero después de la premiación. Las cinco maquetas se distribuyeron convenientemente para fijar en paneles verticales cerca de cada una, los planos, las perspectivas y representaciones gráficas y las leyendas explicativas de cada proyecto.

El acta del jurado quedó redactada el 30 de noviembre y se procedió a pasarla en limpio. El 4 de diciembre la firmó el alcalde Gedeón. Yo me responsabilicé de hacérselas llegar a los demás jurados para sus firmas. El 11 de diciembre la trajo de Bogotá Manuel José Cárdenas con las firmas de Ramón de Zubiría y Raymundo Angulo. Tras conciliar las agendas de los jurados, logramos definir el acto de entrega de los premios para el miércoles 13 de diciembre a las cinco de la tarde. Por dificultades de horario, no comenzó a las cinco como estaba previsto.

Fue un acto muy breve que duró entre casi las seis y las seis y treinta, pues los viajeros tenían que devolverse enseguida a Bogotá. Rafael Gama no pudo venir por una reunión importante de la Junta Monetaria. En la mesa principal se sentaron Gilberto Echeverri Mejía, Ministro de Desarrollo, César Gaviria Trujillo, Vice-ministro, el director de Proexpo Manuel José Cárdenas, el gobernador Haroldo Calvo Núñez, el alcalde Roberto Gedeón Ghisays, el Comandante de la Fuerza Naval de Atlántico, Contralmirante Guillermo Uribe Peláez, el Comandante Encargado de la Base Naval, Capitán de Navío Luis Cotes, y yo.

La localización del proyecto

En mi corto discurso para anunciar los resultados del concurso arquitectónico, hice un comentario sobre la opción que se tenía de mantener despejada el área donde había estado el mercado para convertirla en una bellísima plaza con una espléndida vista y de proponer que el centro de convenciones se localizara en el centro del gran tramo de la playa del Arsenal donde había estado lo que se conocía como la “bodega de Ganem”. El comentario causó revuelo y protestas de los ganadores del primer puesto.

Muchas personas a quienes expuse mis argumentos y, sobre todo después de apreciar el entorno y las ventajas para la ciudad del gran espacio que había quedado disponible, se mostraron estar de acuerdo, entre ellas nada menos que el presidente Turbay durante su visita al terreno del 28 de octubre y, el 10 de diciembre, durante el paseo en lancha donde, además del sitio del mercado, le mostramos al presidente y a su comitiva el nuevo sitio de Bazurto y el plan que se podría realizar con los caños y lagos con una entrada a la laguna de San Lázaro.

El tema fue analizado durante reuniones del 20 de diciembre en la dirección de Proexpo en Bogotá y del 10 de enero en el despacho del alcalde en Cartagena. En esta última convinimos en definir la localización en reunión que se programó para el primero de febrero en la sede de Proexpo en Bogotá, en la que los diseñadores presentarían su anteproyecto y una alternativa en el Arsenal.

A la reunión, que duró de 3 a 6 y 40 de la noche, asistieron Luis Prieto Ocampo, Director del BID por Colombia y Perú, Manuel José Cárdenas, los arquitectos del Banco de la República Francisco Baracaldo, Álvaro Cárdenas y Augusto Sánchez, Germán Samper y Eduardo Campo de Esguerra Sáenz y Samper, Francisco Bohórquez, arquitecto de Proexpo, y el arquitecto Germán Téllez como asesor de la Corporación Nacional de Turismo. Prieto manifiesta inquietud pues en el BID se tiene a Colombia para 1980. Yo expreso mi complacencia e informo de las gestiones con Jorge Hazera para 1981. Samper presenta un esquema en la esquina donde estuvo el baluarte de Barahona y otro en el sitio de la bodega de Ganem en el Arsenal donde había estado el baluarte de Santa Isabel. Samper informa que los diseños tomarían más tiempo si cambiaban la localización.

Tras amplia discusión, escogen a Barahona pero con una concesión. El proyecto se hizo retroceder lo suficiente para que el gran patio de armas del frente permitiera el paso de la visual de la calle Larga hacia el centro en la que se destaca la torre de la Catedral. Para ello se rellenaron varios metros en el sector donde había quedado el pabellón de granos. Samper informó que con las decisiones tomadas, los diseños podrían entregarse para noviembre de 1979.

Cambios en Proexpo y en APCIC

El relevo en el gobierno y en Proexpo había generado un cambio en APCIC, no sólo de quienes lo dirigían. Rafael Gama había querido darle a la Asociación mucha

importancia y representatividad. Incluso alcanzó a darle automóvil al gerente. Con su paso a la gerencia del Banco de la República, el nuevo director de Proexpo, Manuel José Cárdenas, aplicó un criterio más austero para el funcionamiento de APCIC con decisiones más controladas desde Bogotá.

Más que para el manejo de APCIC, mi creciente percepción, derivada de mis conversaciones con Rafael Gama y con los funcionarios de Proexpo, era un cambio de apreciación y actitud ante el mismo proyecto del Centro de Convenciones. Pudieron influir el saber que Manuel José Cárdenas venía de ser vicepresidente de la ANDI y los insistentes comentarios de que nuevamente los industriales estaban exigiendo más atención de Proexpo a las exportaciones manufactureras, como me lo había advertido José Vicente Mogollón en enero de 1977, al salir de la visita a Germán Botero en el Banco de la República.

Pero lo que sí me confirmó que algo de fondo había, fue la noticia de que en la junta directiva de Proexpo un miembro había opinado que primero se debía construir el centro de convenciones de su ciudad que el de Cartagena. Se me corroboró el 20 de diciembre en Bogotá cuando el nuevo director de Proexpo en su despacho me pregunta ¿Qué pasa si no se hace el centro de convenciones de Cartagena? Que armo el paro cívico más grande que se haya conocido, fue lo que se me vino a la cabeza.

Ese mismo día, Rafael Gama me comentó la conveniencia de reducir gastos de APCIC. Hablamos de pasar

las oficinas al edificio del Banco de la República y de prescindir del vehículo y su conductor. Me comentó que se podría prescindir de la gerencia para nombrar un administrador. Yo podría quedar como un asesor gerencial. Mi respuesta fue que mi interés era que se construyera el centro de convenciones y de que incluso aceptaría la gerencia *ad honorem*.

Los meses de enero y parte de febrero transcurrieron con las reuniones en Cartagena y Bogotá con los arquitectos y con los directivos de APCIC sobre el cambio de localización del proyecto. Mientras tanto, se mantenían las noticias y la tensión sobre las aspiraciones de otras ciudades para el centro de convenciones.

Aunque no tuviera relación con la situación, la sensación de tirantez se acentuaba por las dificultades que se estaban presentando con las entidades socias de APCIC para que hicieran oportunamente los aportes a que se habían comprometido, a pesar de los constantes requerimientos para lograrlo.

Más de una vez asistí con Rafael Gama a reuniones en Cartagena y Bogotá con otras entidades para que se asociaran al proyecto. Algunas ofrecieron incluso restaurar las viejas casonas del Arsenal. A la larga, el gran peso de la financiación recayó en Proexpo apoyado por el Banco de la República. Afortunadamente el interés y la decisión, también.

Adicional a todo lo anterior, desde el momento en que se hizo público el resultado del concurso arquitectónico,

se desató en Cartagena el debate que con frecuencia se produce ante todo nuevo proyecto. No faltaron las consabidas críticas y la diversidad de opiniones, hasta el punto de que alguien pagó un costoso aviso en primera página de un diario local solicitando expertos en explosivos para volar el centro si se construía, lo que causó gran preocupación en las esferas bogotanas.

La crisis

Mi gran preocupación era que esa acumulación de circunstancias hiciera mella en el ánimo de los directivos de APCIC y de Proexpo e inclinara la balanza hacia quienes pretendían conseguir en su ciudad un centro de convenciones, en vez de Cartagena. Comencé a madurar la idea de generar una crisis y, para eso, el mayor impacto era que yo renunciara públicamente a la gerencia de APCIC.

El jueves 8 de marzo me llama Rafael Gama, para comentarme sobre el proyecto de residencia en Cartagena para el presidente de la república, teniendo en cuenta las frecuentes visitas de los presidentes a la ciudad, y me anunció que el fin de semana vendría a Cartagena. Ese sábado diez de marzo, al caer la tarde, tuvimos una larga entrevista en su apartamento. Hablamos de la conveniencia de reorganizar APCIC con disminución de gastos y traslado de las oficinas al edificio del Banco de la República, del cambio de revisor fiscal y de la reducción de personal, comenzando por el asesor económico y el chofer. Al día siguiente, al mediodía, reanudamos la conversación.

Me presenté con un primer presupuesto de \$42 millones de pesos para la restauración del Teatro Heredia que había elaborado Óscar Gómez con la ayuda de Ana Luisa Mendoza. Me reconoció que con su paso a la gerencia del Banco, se había producido también un cambio en Proexpo con relación a los proyectos de carácter cultural que habíamos estado considerando y que su continuación dependía de su nuevo director. Ya no podía ocuparse personalmente con la misma intensidad, pero afortunadamente seguía contando con Ana Luisa Mendoza, directora del Fondo de Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano.

Aunque yo seguía madurando la idea de generar una crisis para asegurar la construcción del Centro de Convenciones, no le comenté nada a Gama, pero si le pedí confirmar que también continuarían los diferentes proyectos en que habíamos venido trabajando, pues me preocupó que la Casa de Huéspedes Ilustres, como al fin se denominó, copara toda su atención. Me dijo que con Ana Luisa Mendoza podríamos seguir trabajando en el Teatro Heredia y los demás proyectos.

El jueves 15 por la mañana le hice una visita de más de dos hora al alcalde en su despacho. Le comenté los cambios en Proexpo. Sin informarle mis intenciones de renunciar, le pedí encarecidamente que, como Alcalde y allegado al presidente, le recomendara el apoyo al centro de convenciones. Me prometió hablarle el fin de semana.

La renuncia

El miércoles 28 converso dos veces por teléfono con Manuel José Cárdenas sobre reunión de la junta directiva. Al fin se fija para el 30. Ni en esas conversaciones ni en la que sostuve con Rafael Gama el 19 cuando me llamó sobre una posible visita el fin de semana, que no se realizó, pude conseguir una afirmación categórica de que se mantendría el proyecto de Cartagena.

No quise correr el riesgo de que no fuera esa la decisión de la junta, por lo que decidí renunciar antes de la reunión e informar a la prensa lo que venía sucediendo como estrategia para alertar a la opinión pública de Cartagena sobre el riesgo, motivar su apoyo al proyecto y conseguir de esa manera que la junta directiva de APCIC y Proexpo lo continuara.

Envié mi carta de renuncia a Gilberto Echeverri Mejía, ministro de Desarrollo Económico y presidente de la junta directiva de APCIC, y a los demás miembros de la junta con una justificación del centro de convenciones, su importancia para Cartagena y el país. Concluía con mi renuncia como una contribución para facilitar que el centro se construyera con los nuevos criterios de Proexpo y con mis agradecimientos por la acogida que le dieron.

Mandé copia a los periódicos de Cartagena y a los corresponsales de la prensa capitalina y llamé a la gobernadora Elvira Faciolince de Espinosa. Estaba en gestiones en Bogotá. Le informé de lo sucedido y le

pedí encarecidamente que hablara con el presidente y le solicitara su respaldo para la construcción del Centro de Convenciones. Me lo prometió.

La alarma

Al día siguiente, jueves 29 de marzo, los primeros titulares de primera página de El Universal y El Diario de la Costa coinciden en reflejar su alarma con: “Peligra el Centro de Convenciones”, lo que fue noticia también en El Tiempo y El Espectador, que en su edición Caribe me destacó como figura del día. Esa noticia era lo que yo buscaba. La noticia pasó a El Heraldó y otros periódicos del país.

En la reunión del viernes 30, que se celebró entre las 4 y las 6:45 pm en las oficinas de APCIC, se hicieron claras manifestaciones de que el proyecto seguiría. Fue aceptada mi renuncia y se nombró de gerente a Haroldo Calvo Stevenson. Cárdenas presentó la minuta del contrato con Esguerra Sáenz y Samper Ltda. para el diseño del centro de convenciones. Era una confirmación de que el proyecto continuaría. Además, presentó, para aprobación de la junta, un comunicado de prensa que esa misma noche ayudé a repartir a periódicos y noticieros.

Con posterioridad, varios periódicos y revistas y programas de televisión publicaron crónicas y realizaron entrevistas sobre el tema.

El respaldo del presidente Turbay

En declaraciones al Diario de la Costa del 31, la gobernadora informa de su reunión del día anterior con el presidente Turbay con quien almorzó en palacio. Turbay le ratificó la decisión del gobierno de continuar las obras y de cumplir el compromiso con el BID para celebrar su asamblea de gobernadores, a comienzos de 1981. El 3 de abril publicó El Diario de la Costa la carta de agradecimiento que le dirigí a la gobernadora y la confianza de la ciudad en que el centro sería una realidad.

En semana santa tuve oportunidad de sentarme al lado del presidente Turbay durante un almuerzo informal en el Club Naval, y agradecerle personalmente su apoyo al centro de convenciones.

El respaldo del presidente Turbay Ayala ratificó la decisión del presidente López Michelsen de construir el centro de convenciones, le dio continuidad al proyecto y mantuvo el entusiasmo y el dinamismo de Rafael Gama.

Haroldo Calvo, gerente de APCIC

Para continuar el proyecto y llevarlo a cabo, Rafael Gama contó con la invaluable participación de Haroldo Calvo Stevenson, que aportó su reconocida seriedad y eficiencia en la gerencia general de la Asociación y la dinámica supervisión y dirección de la ejecución de las obras.

El martes 3 de abril entre 11.30 y 12.15 del día, me reuní con Haroldo para hacerle entrega de las oficinas y de la APCIC. Fue entonces cuando regresé de lleno a mi oficina después de aquel día de abril de 1976, cuando Nicolás del Castillo me llamó para pedirme que me encargara de la gerencia de las Empresas Públicas.

Esa semana asistí a las reuniones de las juntas directivas de las seccionales en Cartagena de Camacol y de Cotelco así como a la de Fundecar, la Fundación para el Desarrollo de Cartagena, a informar lo sucedido y a solicitarles que expresaran ante el Presidente Turbay, el ministro de Desarrollo Económico y Proexpo su apoyo al centro de convenciones.

Si el Centro de Convenciones se pudo inaugurar con la asamblea del BID, se debió a la tesonera, insistente y exigente labor de Haroldo Calvo desde la gerencia de APCIC, a su capacidad de organización y dedicación, y de saber aprovechar aportes como el del arquitecto de Proexpo Francisco Bohórquez que prácticamente se dedicó a la finalización de las obras durante su último año.

Para la etapa final de organización administrativa y operativa del Centro y en especial para la preparación de los eventos de la inauguración, la APCIC encargó de la gerencia a Alvaro Salcedo Muñoz, por su experiencia en organizar eventos internacionales importantes entre ellos la reunión del BID en Bogotá en 1968 y ya para la inauguración nombró de primer gerente general a Manuel Pretelt de la Vega que había sido gerente de

la construcción del Hotel Hilton. A Manuel le tocó la terminación de detalles pendientes, y enfrentar las críticas que nunca faltan en nuestras grandes obras. entre ellas hasta amenazas de explosión con anuncios de prensa en primera plana solicitando expertos, lo que afortunadamente no se cumplió.

Así pudo su primer gerente general dedicarse a iniciar en firme la exitosa y fructífera etapa operativa del Centro. La realidad es que sólo durante los dos primeros años de operación, produjo ingresos en el país y la ciudad por una suma mayor que lo que había costado. Según algunos cálculos, mas de dos mil setecientos millones de pesos.

Ajustes de última hora

Mi retiro de APCIC no significó que yo me desentendiera del proyecto del Centro de Convenciones. Durante el tiempo en que permaneció despejada el área donde estuvo el pabellón principal del mercado, me mantuve vigilando que se respetara ese espacio. Por eso avisaba a la alcaldía o a la Dirección de Tránsito cuando comenzaban a parquear allí buses y camiones. Era importante impedir que se convirtiera en costumbre que, de afianzarse, podría crearles dificultades a las obras. Afortunadamente, a mediados de 1979 se construyó una gran valla de lámina ondulada de cinc desde el muelle de los Pegasos hasta el Reducto para encerrar toda el área que había ocupado el mercado la que al fin del año se fue removiendo para dar comienzo a las obras.

Apenas llegaron los planos con los diseños, los examiné en compañía de Rafael Cepeda. Me pareció que el escenario no tenía la profundidad y la amplitud ni había camerinos suficientes para grandes orquestas sinfónicas ni presentación importantes de teatro u ópera, ni el auditorio estaría adecuado para los dos eventos cartageneros que, para mí, debían tener su sede permanente en el Centro de Convenciones: el Concurso Nacional de Belleza y el Festival de Cine. Con base en estas observaciones se introdujeron ajustes a la disposición y los corredores de circulación interna del auditorio pero la localización del proyecto y el espacio disponible entre la vía y la bahía obligaron a disponer los camerinos y las áreas auxiliares detrás de escenario y en dos pisos.

Cuando ya se había iniciado la construcción de la estructura del Centro e iniciada la etapa de muros y acabados, me pidió Rafael Cepeda, a nombre de Rafael Gama, que le ayudara con las instalaciones hidráulicas del Centro de Convenciones y de la Casa de Huéspedes Ilustres de Cartagena, que ya había comenzado a construir en la isla de Manzanillo. Quería algo de primera calidad para ambos. No podía negarme.

Y avanzada la construcción me propusieron que nos responsabilizáramos del montaje del sistema completo de manejo y suministro de alimentos y bebidas, lo que realizamos asociados con la firma Fabio Mejía & Cía. con quien trabajábamos en el proyecto del hotel Hilton.

Yo había logrado organizar desde 1972, además de mi oficina consultora de ingeniería, una compañía con un excelente grupo de ingenieros, dibujantes, algunos extranjeros, y un personal de campo muy seleccionado, para diseñar y construir instalaciones hidráulico-sanitarias con toda la técnica, lo que antes no se hacía en Cartagena, pues ya vislumbraba la demanda de edificios altos que generaba el “boom” de la construcción producida por las UPAC. De esta manera volví a vincularme al Centro de Convenciones.

Primeros pasos

Sólo cuatro meses después de la asamblea del BID, el 7 de agosto de 1982, el presidente Turbay le entregó la presidencia al presidente Belisario Betancourt Cuartas, que nombró, a Hugo Palacios gerente del Banco de la República en reemplazo de Rafael Gama y a José Vicente Mogollón gerente de Proexpo y a Manuel Pretelt, Superintendente de Subsidio Familiar.

En su campaña, el presidente Betancourt no había muy de acuerdo con la inversión en el Centro de Convenciones y en la Casa de Huéspedes Ilustres. Opinaba que la nación debía dedicar sus recursos a obras que atendieran las necesidades de la población como acueducto, alcantarillado, salud, educación y en especial la vivienda con su programa sin cuota inicial.

En los últimos meses de su campaña, Manuel Pretelt, que colaboraba en la campaña, le expuso suficientes razones al doctor Betancourt de aprovechar las ventajas

competitivas de Cartagena para apoyar el turismo como actividad económica tan importante para el desarrollo como la industrial y, por lo tanto al Centro. de Convenciones para promover un turismo de congresos y eventos colectivos, que permitiría aprovechar mejor la infraestructura hotelera y turística de la ciudad pues normalmente se realizan fuera de las temporadas tradicionales de vacaciones.

Ya posesionado de la presidencia, el doctor Betancourt recibió de la dirigencia de Cartagenera, preocupada por el futuro de esas dos obras monumentales, una bien argumentada defensa, casi un memorial de agravios. Lo cierto es que el presidente apoyó a José Vicente en la creación de la Corporación de Centros de Convenciones de Colombia, para manejar los de Bogotá, Cartagena y de Paipa y atendió la propuesta de Mogollón y Hugo Palacio de nombrar de gerente a Manuel Pretelt con el especial encargo de atender la Casa de Huéspedes.

De esta manera se inició la intensa actividad que indujo la creación de centros de convenciones en todo hotel que se respete y la promoción de centros de exposiciones lo que fue la base para la consolidación de Cartagena como centro internacional de congresos.

Balance de una amistad por Cartagena

Quizás por el entusiasmo de ambos por el proyecto del Centro de Convenciones, quizás por la similitud de estilo para pensar y actuar, lo cierto es que desde el

primer momento se produjo entre Rafael Gama y yo una empatía que de inmediato se convirtió en una amistad, fuente de ideas y proyectos, varios de los cuales se convirtieron en realidad, comenzando por el propio Centro de Convenciones. En pocas horas, el doctor Gama ya era para mí, Rafa.

Fueron numerosas las visitas que realicé a la dirección de Proexpo y luego a la gerencia del Banco de la República y numerosas las que le hice, primero al apartamento de su amigo Humberto Schiappa y luego al apartamento que compró en el mismo edificio de El Laguito. Fueron varias las veces que estuve en su apartamento de Bogotá y las que él con Gilma su señora y sus hijos, Claudia y Juan Carlos, estuvieron en “Las Rejas de la Guadalupe”, mi casa de Loma de Piedra, Turbaco, y en mi apartamento de Castillogrande. Y fueron numerosísimas nuestras conversaciones telefónicas de larga distancia.

Lo cierto es que de esa amistad surgieron proyectos, unos propuestos por mí como la restauración del teatro Heredia, pero la mayoría de Gama, como los últimos y más importantes, la Casa de Huéspedes Ilustres y el Museo del Oro. Recuerdo el atardecer de comienzos de junio del 78 cuando llevé a Rafael a ver los terrenos del mercado ya demolido, y lo que estaba en ese proceso en el Arsenal, y luego a los sitios de los diversos proyectos en el centro.

Al pasar por el teatro Heredia, el sol doraba maravillosamente la fachada. Paré y se la mostré. ¿Eso qué es?, me dijo. Lo describí y le explique la historia y el abandono de varios años por falta de

recursos del municipio y de la Corporación Nacional de Turismo. De inmediato me dijo que, apenas regresara a Bogotá, iniciaría gestiones para su restauración. En conversaciones posteriores planteé la posibilidad de crear una fundación para restaurar el teatro. Gama prefirió hacerlo con la Fundación para la Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural Colombiano que dirigía Ana Luisa Mendoza.

Ana Luisa fue una diligente colaboradora de Rafael Gama. Con ella hice también una gran amistad que nos ayudó, ella en Bogotá y yo en Cartagena, a agilizar trámites y gestiones para los proyectos, entre los que merecen mención la Biblioteca Bartolomé C. Calvo, que le había solicitado el gobernador Haroldo Calvo Núñez, y los que se comenzaban a esbozar, el Museo del Oro y la Casa de Huéspedes Ilustres, así como la restauración del tejado de la iglesia de la Tercera Orden que se ejecutó para la inauguración del Centro de Convenciones, y el gran parque de la Marina que inauguró el alcalde Antonio Pretelt Emiliani para la celebración del trisesquicentenario de la independencia de Cartagena en 1983.

Con Rafael Gama ideamos muchos proyectos que pudieron haber sido y no fueron. Son de mencionar: la restauración del parque del Centenario y, en un rincón, un centro de acuñación de monedas, ya que no podríamos ponerlo en los terrenos del Centro de Convenciones. Enfrente, la adecuación del bello edificio del Club Cartagena para museo y escuela de bellas artes. La restauración de la Casa de la Moneda,

a la sazón del Ministerio de Salud, para instalar un gran museo de Numismática cuya compra intentamos negociar con el ministro Alfonso Jaramillo. La restauración del convento de Santa Clara para crear en él una gran Facultad de Restauración y Conservación Arquitectónica y Monumental para el área del Caribe y para cuya compra, de acuerdo con Gama, le ofrecí personalmente cuarenta millones de pesos a Luis Arraut Esquivel, rector de la Universidad de Cartagena, que no aceptó porque “ya tenía otros proyectos”, era ya la idea del hotel Santa Clara.

Para mí, y para Cartagena, el resultado más importante de esa amistad ha sido la carambola a tres bandas del traslado del mercado con la puesta en marcha de Bazurto, el plan de desarrollo y el Centro de Convenciones, y lo más interesante, que ojalá sirva de lección y referencia futura, es el fuerte contraste entre lo que sucedió con el plan de desarrollo y el mercado, y la evolución y los efectos benéficos del Centro que, a no dudarlo, se multiplicarán por haber sido encomendado al Grupo Heroica de entusiastas y recursivos empresarios colombianos que tuvo el acierto de nombrar de gerente a una mujer joven, bella, inteligente, activa, con gran personalidad y ejemplar ejecutiva, Juliana López Bermúdez.

Reacciones y contrastes

Como toda obra de importancia en Cartagena, el Centro de Convenciones causó debates y críticas. No ocurrió, o al menos no fue notorio, durante las gestiones que

se adelantaron entre enero de 1977 y septiembre de 1978, porque estas se realizaron con la discreción que se requería para garantizar el éxito y porque las inevitablemente públicas, como el traslado del mercado, la demolición de los pabellones de Getsemaní o la postura de la primera piedra del Centro, fueron profusamente destacadas como noticia pero nunca utilizadas para propaganda de la administración.

Las manifestaciones de oposición, como el comentario sobre el remolino chupamanchas o la carta de las confederaciones sindicales y las que enviaron asociaciones de arquitectos y otros profesionales para abogar porque se conservara los viejos caserones de Getsemaní, se produjeron también dentro de la discreción, y las que quisieron llamar la atención como el aviso de primera página para buscar expertos en voladuras, no lo lograron, quizás porque se pudo generar conciencia de lo importantes que eran para Cartagena los cambios que se producirían.

Era de esperarse, eso sí, que esos cambios tan radicales despertaran críticas, reminiscencias y añoranzas como las del propio Gabriel García Márquez en su columna de El Espectador del 8 de marzo de 1981, *“Un domingo de delirio”*.

Dando un paseo por la ciudad con un editor barcelonés que lo visitaba, el escritor lamentaba que el *“rincón más nostálgico de Cartagena”*... *“el muelle de la bahía de las Ánimas, donde estuvo hasta hace poco el fragoroso mercado central”* que era durante el día *“una fiesta*

de gritos y colores, una parranda multitudinaria como recuerdo pocas en el ámbito del Caribe” y de noche “el mejor comedero de borrachos y periodistas...” había sido demolido y el muelle desmantelado...” y en su lugar se construye un esperpento descomunal –el Centro Internacional de Convenciones– que será todo lo contrario de la ciudad: el edificio más feo del mundo” y comentaba que “los promotores locales se empeñaron en hacerlo con un argumento magistral: ‘La ciudad lo necesita para coronar todos los años a la reina de belleza’.”

Quién le hubiera dicho a García Márquez que el Centro de Convenciones se promovió también para alojar el Festival de Cine que el tanto ayudó y servir de escenario, no sólo para coronar reinas de belleza, sino para coronarlo a él, como lo fue la exaltación de su obra y su nombre y el apoteósico homenaje que le rindió el mundo literario para festejarle su cumpleaños número 80 durante el Congreso de la Lengua que se celebró en Cartagena en 2007.

Qué gran casualidad que el Congreso comenzó a celebrarse el 26 de marzo y duró cuatro días, al igual que otra asamblea, la de gobernadores del BID en 1982, pero exactamente 25 años después.

19 de marzo de 1982

El 19 de marzo de 1982, el Centro de Convenciones fue inaugurado solemnemente por el presidente Turbay con la presencia del presidente López y de don Antonio

Ortiz Mena, gerente general del BID, y ante altos funcionarios civiles y militares y numerosos invitados. Asistieron también en la mesa principal, el Ministro de Hacienda Eduardo Wiesner, Rafael Gama, el Ministro de Desarrollo Jorge Mario Eastman, Diana Turbay, Cecilia Caballero de López, el nuevo gobernador de Bolívar Roberto Gedeón Ghisays y el alcalde de Cartagena Augusto Martínez Martínez.

En la inauguración hablaron Manuel José Cárdenas, Rafael Gama y el presidente Turbay. Cárdenas resaltó el esfuerzo realizado por Proexpo con el apoyo del Banco de la República y Gama, que agradeció el apoyo de los presidentes López y Turbay y reconoció la importancia de la gestión de quien fuera gerente de las Empresas Públicas, alcalde de Cartagena y gerente de la Asociación para la selección de los diseñadores. El presidente Turbay hizo en su discurso un merecido elogio a Rafael Gama y expresó su complacencia por inaugurar esta obra de su gobierno con un gallardo reconocimiento de que el Centro de Convenciones se debía al esfuerzo iniciado durante la administración del presidente López con las siguientes palabras, reproducidas en El Tiempo del 21 de marzo:

“...Yo pienso que la mejor de todas las políticas es la de la continuidad en los esfuerzos y en los propósitos del Estado, cuando ellos se identifican con el bienestar del país. Durante mucho tiempo, la costumbre de los mandatarios a cualquier nivel: ministros, alcaldes, presidente de la República, era la de mostrar su originalidad, tratando de hacer cosas diferentes a las que sus antecesores habían concebido como buenas.”

A mí me ha parecido que la buena política es la de no dilapidar esfuerzos ni energías; la de tener un sentido de la responsabilidad con que se debe ejercer el gobierno, y no de la originalidad que quieran presentar los dirigentes públicos. Por eso muchas de las obras de mi mismo gobierno no puedo presentarlas como el sólo esfuerzo de mi administración -el de mis colaboradores y el mío mismo- sino como la continuación de esfuerzos iniciados -muchos de ellos, la mayoría tal vez- en la administración de mi antecesor, el doctor López Michelsen. Desde luego, esto no debilita de ninguna manera el esfuerzo que se ha hecho, sino que prueba bien que si se procede sin egoísmo, desde la presidencia de la Republica, se puede servir al país con gran economía de recursos y gran rendimiento en los resultados...”

Pocos días después de la inauguración, se realizó entre el 26 y el 30 de abril la XXIII Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo. Se había cumplido lo que le había propuesto al presidente Alfonso López Michelsen la tarde del 22 de mayo de 1978 en casa del gobernador Augusto Pombo.

Normalmente, los grandes proyectos se realizan tras un proceso lógico de cuidadosa maduración y estructuración pero hay otros en que el gran motor es el esfuerzo indeclinable de alguien que se empeña en convertir un sueño en realidad con tal convicción que suscita la credibilidad y la confianza de quienes deben tomar las decisiones definitivas. El Centro de Convenciones es uno de esos sueños.

A Juliana López le debo haberme decidido a completar esta historia, que había comenzado hace cinco años, y cuya primera parte concluyó en 1982 para que el Centro de Convenciones iniciara otra etapa, la de su cadena de beneficios para la ciudad y el país, y de convertirse en ejemplo y acicate para impulsar el desarrollo hotelero y de sitios para reuniones, conferencias y congresos con las grandes cumbres internacionales que permanentemente confirman la gran función de Cartagena de ser la jefe de relaciones públicas de Colombia.

A guisa de coda y reconocimientos

Muchas veces se ha afirmado que el viejo mercado público de Cartagena se trasladó para construir el Centro de Convenciones. No fue así, pero no se debe perder de vista que éste no habría existido si el mercado no se hubiera trasladado y sin la guía del Plan de Desarrollo del Municipio de Cartagena 1978-1990, que son parte integral de esta historia. En realidad, el Centro de Convenciones fue la solución providencial que permitió darle al lote que ocupaba el mercado un uso adecuado a su condición privilegiada y de acuerdo con la vocación turística de Cartagena, para complementar su infraestructura hotelera lo que ha promovido su desarrollo y su figuración hasta ponerla en la mira del interés internacional para beneficio de la misma ciudad y del país.

Cartagena y el Centro de Convenciones deben mucho a un numeroso grupo de personas que por sus funciones, su experiencia personal y su interés de servirle a la ciudad fueron factores decisivos en las gestiones realizadas

entre mayo de 1976 y septiembre de 1978: en el municipio, los concejales y los funcionarios municipales ya mencionados y en las Empresas Públicas, los miembros de su junta directiva y sus funcionarios.

Un buen número de esas personas ayudaron motivadas por la amistad que nos unía. Entre estas, fueron clave Ramón del Castillo Restrepo y su hermano Carlos, con quienes nos conocíamos desde niños. La amistad con Ramón se hizo más estrecha por nuestra vecindad cuando vivimos, en la década de los 70, en las cercanías de Turbaco, al igual que un buen número de amigos comunes. Varios se acostumbraron a participar de las tertulias que inmancablemente se reunía todos los días, entre 7 y 10 de la noche, en nuestra gran terraza con una espléndida vista sobre Cartagena, incluso cuando no estuve yo presente durante el tiempo que fui gerente de las Empresas y Alcalde.

Por Ramón, conocimos e intimamos con el doctor Alfonso López Michelsen durante los múltiples fines de año que pasábamos con nuestras familias en las islas del Rosario. Así conocimos también a muchas personas de la vida nacional. Ramón fue mi gran soporte en las Empresas Públicas y respaldo durante la alcaldía. La ayuda de Carlos, desde su importante cargo de Secretario General de la presidencia, fue definitiva para el éxito de las gestiones con Rafael Gama y el doctor Espinosa Valderrama y en las muchísimas ocasiones en que una llamada a él era suficiente para agilizar trámites o conseguir información. También lo fue para el acercamiento con Gama y gestiones financieras y de

importancia en Bogotá, otro gran amigo, el gerente del Banco de Colombia, Eduardo Soto Pombo.

Tres miembros de la junta fueron un especial apoyo para mí por sus calidades personales y, quizás en buena parte, por nuestra amistad personal, además de Ramón del Castillo, Ricardo Segovia Morales y Nabonasar Martínez Martínez. También lo fueron por su liderazgo en el Concejo, Joaquín Franco Burgos y Rafael Escallón Villa y, por su influencia y experiencia política, Juan C. Arango Álvarez, Víctor Camacho Orozco, Fernando Marrugo Pérez, Francisco Camacho Castillo, Acisclo de Ávila Torres y Ricardo Miranda Urueta. Aunque no perteneció a la junta de las Empresas, también lo fue, el inolvidable Perucho, Raúl Guerrero Porras, que desde la presidencia del concejo fue exigente en el control político sobre aspectos administrativos y, junto con todos los líderes políticos, en mantener prudencia en las actividades proselitistas para que las campañas no afectaran el traslado del mercado.

De igual manera fueron factor determinante en las obras de Bazurto y en la preparación de Getsemaní para el Centro Convenciones mientras se atendían las necesidades de toda la ciudad, además de los directores y funcionarios que intervenían en las escuelitas y los que ejercían la interverntoría de las obras, Hernando Sará Domínguez responsable de la planeación de las Empresas, los superintendentes de los servicios, Abed Soleimán Melais en acueducto, Ignacio Rivera Consuegra en alcantarillado, y Haroldo Fortich Baena en los servicios varios y los ingenieros Benjamín Ochoa Bravo y Miguel Pérez Rivero.

Pero hay tres grupos sin cuya participación, el traslado del mercado hubiera sido imposible. Por un lado, quienes de una u otra forma trabajaban directa o indirectamente en el mercado, o derivaban su sustento de la actividad del mismo, por otro los compradores, los ocasionales pero sobre todo los asiduos, y por último, y quizás el más importante, la población cartagenera que conoció, vivió y sintió los cambios que se iban produciendo y presenció sin la menor protesta ni manifestación de inconformidad una transformación tan notoria como la que se producía en Getsemaní y en Bazurto y aún en el resto de la ciudad con el traslado del mercado, y eso que se produjo mientras se organizaban y se efectuaban las elecciones del 26 de febrero de 1978.

Esa confluencia de voluntades y comportamientos que generaron el éxito de esa gestión de sólo veintiocho meses pero con efectos para muchos años se debió al clima de apoyo en que se trocó la indiferencia inicial que pasó a actitud escéptica y luego expectante para llegar al asombro. Esa transformación la crearon los medios de comunicación con las noticias, los comentarios y las críticas, favorables y desfavorables, de sus directores y periodistas liderados por Héctor Hernández Ayazo en la dirección de El Universal, Rafael Escallón Villa en la del Diario de la Costa, Antonio J. Olier en la corresponsalía de El Espectador y Juan B. Fernández Renowitzky de El Heraldo de Barranquilla.

A ellos debo agradecer eternamente haber puesto su atención en mí gestión, como se lo debo a muchos entre quienes menciono, a riesgo de dejar alguno por fuera, a

los comentaristas y columnistas de prensa, Carlotica de Olier, Santiago Colorado, Galo Alfonso López, Samuel Pinedo Brugés, Juan Zapata Olivella, Igapé (Ignacio Amador de la Peña), Meporto (Melanio Porto Ariza), Fulminante (Antonio González de Langlard), Hernando Giraldo de El Espectador, Luchy del Portillo, Crispín (Ricardo Domínguez Zacar), Edgar García Ochoa, a los reporteros Manuel Peralta Pérez y Guillermo Salcedo del Diario de la Costa, Alfredo Pernet de El Universal, Narciso Castro Yánez de El Tiempo, Guillermo Baena de Prensa Norte y Dairo Martínez Madera de El Espectador y a la vez director de Radio Sucesos RCN, y sus colegas de noticieros de radio como Libardo Muñoz de Supernoticias, Alfredo Pomares de Radio Bahía, Fernando Marimón de Radio Reloj, Carlos Mouthon de Noticiero Todelar y Luis de Ávila de Síntesis y, hablando de síntesis, al genial periodista de la caricatura, El Pantí. También aportaron los entrevistadores de los diferentes medios nacionales y locales, entre ellos Darío Hoyos y Alfredo Iriarte y muchos de Barranquilla, como Jorge Cura, Ernesto McCausland, Lola Salcedo y Sandra Devia que se interesaron en el proceso que se había vivido en Cartagena.

Especial mención debo hacer a quien, con tino, personalidad, discreción y eficacia, supo ejercer el delicado encargo de actuar como vocero de las Empresas Públicas para mantener a sus colegas, a los medios de comunicación y a todos los cartageneros informados sobre todo lo que acontecía con relación a los preparativos y la ejecución del traslado del mercado, Manuel de la Rosa.

Los comentarios y críticas, muchas favorables, otras no, de todos ellos fueron la guía para persistir en la intensa y enormemente satisfactoria tarea que nos habíamos impuesto y en estar seguros de que lo hacíamos por la ruta correcta. Los resultados obtenidos en esta gestión y los logrados por quienes quedaron a cargo de mi oficina fueron el mejor motivo de la amplia sonrisa que me acogió cuando regresé casi tres años después de aquella entrevista con el gobernador.

Esa sonrisa fue para mí tan gratificante como los reconocimientos, tanto del sector privado como el público y político, que dos años y cuatro meses como gerente de las Empresas Públicas y alcalde de la ciudad suscitaron en el ánimo de los cartageneros como el nutrido homenaje que los gremios económicos y las entidades cívicas organizaron el 18 de mayo de 1978 y el que rindió el Honorable Concejo el 1 de agosto del mismo año. Lo fueron también el del 12 de agosto de 1983 en el propio Centro de Convenciones a raíz del Premio Nacional de Ingeniería, por la creación del ASAS, el “alcantarillado sin arrastre de sólidos” y, años después, por el ministerio de Transporte y la Bocana.

No se imaginó Nicolás del Castillo, ni yo tampoco, que aquella entrevista del 29 de abril de 1976 produjera un cambio radical en mi vida. Después de los éxitos obtenidos, nunca pude, en mi vida personal y en mi actividad profesional, dejar de estar pendiente de todo lo que tuviera relación con Cartagena. Pero estas son otras historias que algún día contaré.



Esta obra se terminó de imprimir en
Alpha Editores, el día 12 de diciembre de 2012.

Normalmente, los grandes proyectos se realizan tras un proceso lógico de cuidadosa maduración y estructuración pero hay otros en que el gran motor es el esfuerzo indeclinable de alguien que se empeña en convertir un sueño en realidad con tal convicción que suscita la credibilidad y la confianza de quienes deben tomar las decisiones definitivas.

Esta es la historia de cómo el empeño de un alcalde logró impulsar el desarrollo de su ciudad y convencer a un presidente para que autorizara construir y financiar una obra y asumiera un compromiso internacional para acometerla, y a su sucesor para continuar el proceso hasta inaugurar hace treinta años el Centro de Convenciones de Cartagena, desde 2010 en concesión al emprendedor Grupo Heroica y el diligente manejo de su gerente.

La generosidad y el entusiasmo del Grupo Heroica y de TECNAR permiten conocer el relato de primera mano de esta interesante e importante parte de la historia reciente de Cartagena.

